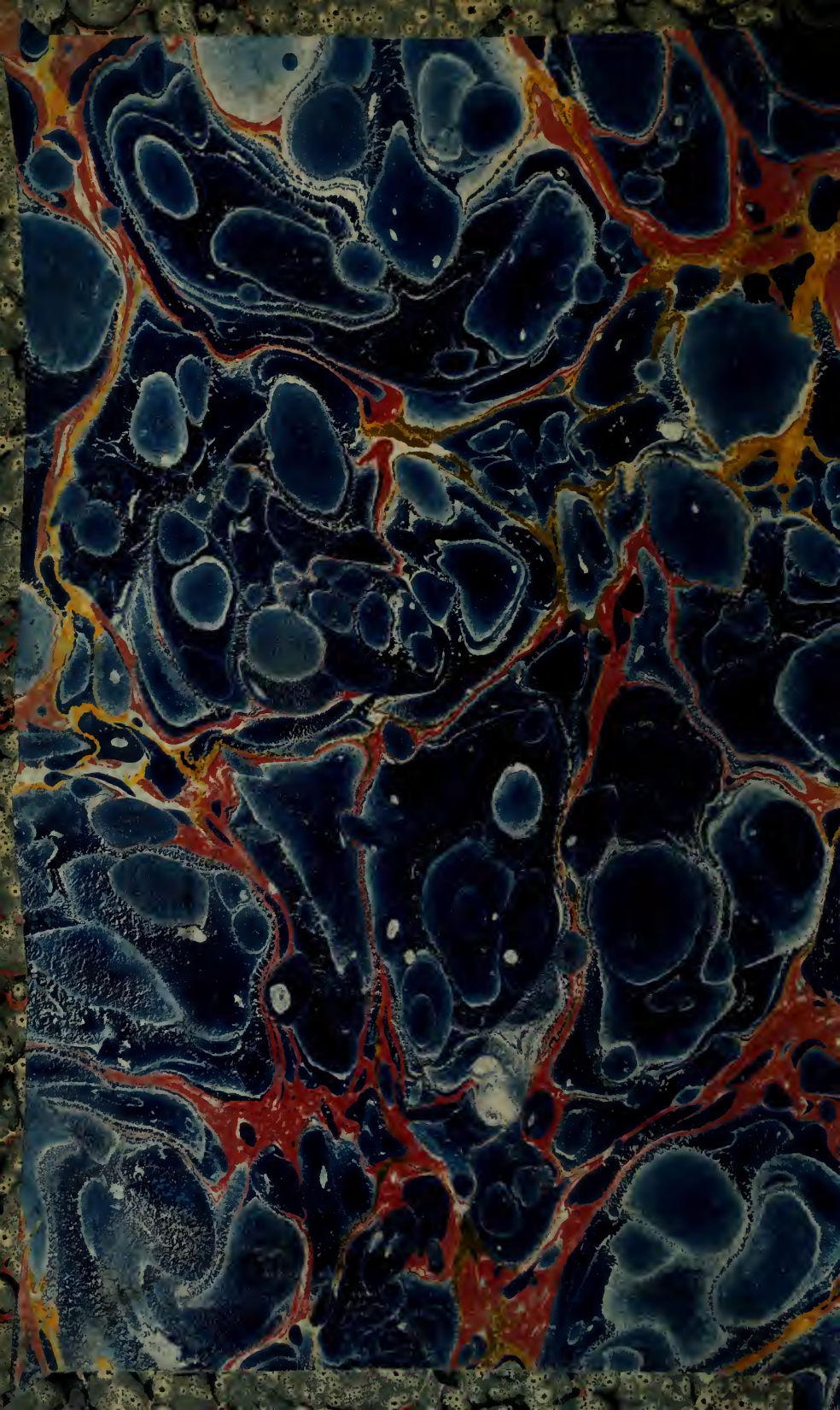
3 1761 08695646 3



GALERIA DRAMATICA GADITANA.

52Gs

SAINETES
DE D. JUAN DEL CASTILLO.

CON UN DISCURSO

sobre este género de composiciones

POR ADOLFO DE CASTRO.

162470.
31.5.21.

CADIZ.

IMPRENTA, LIBRERIA I LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA,
á cargo de D. Vicente Caruana,
PLAZA DE LA CONSTITUCION NUMERO 11.
1846.

LOS LITERATOS.

PERSONAS.

D. Pantaleon, boticario.
D. Toribio, abate pedante.
D. Blas, médico.
D. Benito, médico.
D. Juanito, currutaco.
Mariquita, maja.
D.ª Beatriz, devota.
D. Pedro, miserable.
D. Mateo, embrollador y rufian.
D. Lorenzo, padre indolente.
D. Jacinto, literato.
Un juez.
Majas.
Currutacos.
Alguaciles que no hablan.

Nuestro amigo el laborioso i entendido jóven D. Adolfo de Castro acaba de prestar un servicio mas á la literatura gaditana con la nueva edicion de los sainetes de nuestro compatriota D. Juan Gonzalez del Castillo, i con el discurso que la precede. En él ha hecho felicísima gala de su erudicion conocida, subiendo hasta el orígen de aquellas piezas que con el nombre de *entremeses* se representaban de antiguo en los entreactos de las comedias, i que ensanchando modernamente su plan, i presentando algun mayor artificio en la trama han ve-

nido á ser los sainetes de hoi, género un tanto desdeñado en la actualidad, i que á fé no lo merece, cuando pueden escogerse entre tantos los que en rigor carezcan de la nota de inmoralidad con que algunos han sido anatematizados por rígidos censores.

Para que se vea cómo nuestros sainetes han sido juzgados i apreciados por escritores estrangeros de gran cuenta, copiaremos aqui lo que de ellos dice Mr. Sismondi en su *Literatura del mediodia de Europa*.

«Estos últimos (los sainetes) parece como que han conservado toda la antigua alegria nacional; el poeta se complace pintando en estas piececitas las costumbres del pueblo, i saca á la escena castañeras, carpinteros i toda clase de artesanos. La vivacidad de los habitantes del mediodia, sus apasionados sentimientos, su imaginacion, i su pintoresco lenguage, conservan algo de poesía aun entre el populacho mismo, i por ella se ennoblecen los caracteres que de él se toman.»

Esta opinion, nada recusable por visos de parcial, es la misma que la espresada por el Sr. Martinez de la Rosa en su *Apéndice sobre la*

comedia española, en cuyo escrito prueba ademas que el objeto de nuestros sainetes «está lèjos de ser inútil ni perjudicial, i no deberia desestimarse como de poco valor porque se elijan comunmente para esos breves dramas asuntos mas sencillos i figuras menos nobles que los que reclama para sí la comedia.»

No deja sin embargo de ser notable que ninguno de los estrangeros que sobre las cosas de nuestra literatura han escrito, i lo que es mas estraño, que ningun erudito español se haya ocupado, que sepamos, de los sainetes de D. Juan del Castillo, siendo asi que todos prodigan sus encomios i alabanzas á D. Ramon de la Cruz i Cano, nada superior por cierto á aquel nuestro distinguido compatriota. El mismo señor Martinez de la Rosa, que probablemente se habrá reido mui de corazon con las graciosas producciones de este gaditano, ni aun se digna hacer de él una mencion honorífica, como si la circunstancia de no haber escrito en la corte i para la corte pudiese atenuar su indisputable mérito, ó como si el célebre crítico participase tambien de la ridicula preocupacion de aquellos que imaginan que los habi-

tantes de las provincias estamos dispensados de tener sentido comun.

Deseoso pues de volver por las glorias de su patria en la persona de un benemérito hijo de ella, el señor de Castro ha emprendido el dar de sus obras una edicion completa, conociendo con su buen juicio que el mejor medio de celebrar dignamente á un buen escritor es publicar sus escritos. A los sainetes seguirán otras composiciones dramáticas mas graves i apenas conocidas, coronando su trabajo con la vida del autor, para la que su esquisita diligencia tiene reunidos los necesarios materiales.

Acerca del erudito discurso que precede á esta edicion solo diremos en loor suyo que ha salido de la envidiable pluma del autor de las historias de Cádiz i Xerez. Aquel lenguaje tan puro, tan castizo, solo pertenece al señor de Castro, que en escribir castellano pocos quizá le igualan hoi en España (1). F. F. A.

(1) Este artículo que sirve de prólogo al II tomo de los sainetes de D. Juan del Castillo, vió la luz pública en el número 181 del periódico La Moda.

LOS LITERATOS.

N° 2
2°

La escena representa la botica de D. Pantaleon con algunas sillas delante del mostrador. Aparecen Don Benito y Don Blas sentados, i sale D. Pantaleon de adentro en cuerpo.

Pant. Señores, de qué se trata?
Blas. Estábamos disputando
sobre un punto interesante.
Pant. Pero que es ello, sepamos?
Blas. El alcali mineral.
Pant. Sì señor, alias el natro.
I qué dice usted D. Blas?
Blas. Que debe el género humano
labrar en medio del mundo
un monumento de marmol
con esta inscripcion: *Potenti;*
salubri abtatoque natro
quod, salutem reparavit
maximus orbis terrarum
cam columnam, D, P, Q, R,
y todo el abecedario.
Ben. Usted delira.
Blas. Por qué?
Ben. Porqué quiere que creamos
que puede haber un remedio
universal.

Blas. Buen reparo!
No sabe usted que ha mil siglos
que andamos todos buscando
el elixir de la vida?
Ben. En cada ciencia hay desbarros.
Los médicos i alquimistas
en otros siglos buscaron
unos vida, y otros oro,
pero ya desengañados
saben que naturaleza
jamas podrà revelarnos
secretos que inutilicen
sus leyes y sus conatos.
Ademas que ese remedio
tiene de fecha mas años
que lo que usted quiere darle.
Blas. I quien dice lo contrario?
Ya he dicho yo que Noé,
para bien de los humanos,
dió la receta á sus hijos:
que todos ellos la usaron,
y que por eso vivieron
setecientos i mas años;
pero que despues quizà
por sus culpas y pecados
se perdiò tan gran secreto,
i se fué acortando el plazo
de nuestra vida, hasta que
nuevamente se ha logrado
descubrir este secreto,
i en su virtud confiado
los convido á merendar
de aqui à tres siglos un pavo
en casa de Langostini
con tres botellas al canto.
Pant. Yo por mi parte lo aprecio.
Blas. Sin cortedad.
Benit. Lo estimamos

Sal. D. Tor. Que esto suceda en el mundo?
que un pedanton, un menguado
tenga valor de morder
las obras de un literato
como yo!
Benit. Que es esto amigo?
Blas. de que nace tanto enfado?
Pant. Que tiene?
Tor. Que he de tener?
que Don Jacinto ó Don Diablo
me ha criticado una obra
que en escribirla he gastado
toda mi vida.
Blas. Que sonámbulo!
I que título? Sepamos.
Tor. Proyecto crítico-químico,
económico-didáctico
para viajar por el mundo
sin gastar siquiera un cuarto.
Pant. Será un libro mui curioso.
Tor. Como que enseño los varios
disfraces que debe usar
un viajante. En unos casos
aconsejo la esclavina,
en otros un pie de palo,
mas lo seguro es llevar
una demanda en un asno.
Despues esplico las reglas
para fundir en las manos
los metales, y romper
el hierro de los candados.
En fin, es obra admirable,
y sobre todo, el tratado
de falsificar las firmas
descubre mi talentazo.
Blas. Usted es hombre de pró.
Tor. I que se atreva un naranjo
á criticarme!

Benit. Veremos
la contracrisis.
Tor. Yo à un asno
responderle? ciertamente
que luciera mi trabajo.
Benit. Pues que pretende uste hacer?
Tor. Qué pretendo? Soterrarlo
en un calabozo.
Todos. I como?
Tor. Si Señor: he presentado
tres testigos, que aseguran
haberle visto en un cuarto
varias pinturas obcenas.
Pant. Mui bien hecho.
Benit. Su criado
me ha dicho que tiene libros,
ocultos en un armario:
con que no es menester mas.
Blas. I sino por corolario
introducirle un papel
entre los suyos, hablando
contra las leyes.
Pant. Famoso
ardid!
Tor. Ya lo he proyectado.
Fuera de eso, ustedes saben
que ese idiota diò al teatro
una comedia en que pinta
los vicios con negros rasgos.
Pues yo para hacerlo odioso
señalé á cada retrato
su original; i ya tengo
medio pueblo sublevado,
de manera que à estas horas
habrán presentado un saco
de querellas contra él.
Blas. Tiene usted talento raro
para estas cosas.

Tor. Que venga
con critiquitas el guapo.
Pant. Callad que llega.
Tor. Que llegue:
yo me precio de hablar claro.
Sal. Jacint. De que se trata, Señores?
Tor. Tratamos de sus desbarros.
Jacint. Muchos tendré, pues los hombres
de la perfeccion distamos
largo trecho.
Tor. Usted será
el imperfecto, Don Asno,
porque yo tengo una borla
que me ha llenado los cascos
de sabiduria, i puedo
presentarme en cualquier acto
con mi muzeta, mis guantes
i un bonete como un plato.
I si usted me apura mucho.....
Jacint. No se sofoque usted tanto;
i advierta que no es la borla
quien hace á los hombres sabios.
Benit. Còmo es eso?
Blas. (*Se levanta.*) Que habla usted?
Tor. Dejen que yo solo basto:
Señor alcornoque, nego
propositionem.
Jacint. No trato
de charlar.
Tor. Nego antecedens.
Jacint. No me deis esos gritazos.
Tor. Probo minorem sub sumpta
Jacint. Qué gerigonza!
Tor. Lo ataco
de firme?
Blas. Tírale duro.
Tor. Distingo mayorem.
Todos. Bravo!

Substancialiter, concedo
ideliatér; negavo,
ham Averroes, Avicena,
rapsis, omnes.

Jacint. Sosegaos.

Sale D. Lorenzo.

Lor. Quien es aquí un D. Jacinto
Poeta de tres al cuarto?

Todos. El señor.

Loren. Con que usté, amigo
sin piedad me ha criticado
en su maldita comedia?

Jacint. Yo, cómo?

Loren. No hai que negarlo,
usted me ha pintado en ella
como un padre descuidado.
I porqué? Porque permito
que carguen tanto la mano
mis niñas en el afeite,
que hai dia que sino saco
los espejuelos no puedo
conocerlas: porque pago
un maestro de boleras
para que á fuerza de saltos
se libren de opilaciones;
porque parece mi estrado
siempre un café, donde pasan
las inocentes el rato
en medio de una caterva
de *incroyables* conversando
sobre materias de honor
en un nuevo castellano.
Ea pues, digame usted
si hai en esto algo de malo?
Si las dejo que visiten
damas de todos estrados,
es porque no sean Quijotas;
en fin si van á saraos,

si por las mañanas corren
como toros desmandados
todas las calles i plazas
con mantones estrellados,
sayas de tres baterias
haciendo alarde del garbo,
son muchachas i desean
pescar un marido al paso;
pues el padre que no quiera
ver en su casa un retablo
de doncellas pollanconas,
ha de hacer lo que yo hago.

Tor. Dice usted bien: si este hombre
debiera estar enjaulado.

Jacint. De manera....

Lor. Será vana
toda disculpa. Yo parto
á querellarme de usted.

Sal. D. Mat. Yo tambien, pues me ha tratado
en las tablas de rufian
i estafador.

Jacint. Yo no hablo
de nadie mas que del vicio.

Mat. Es usted un mentecato:
pues llama vicio á la industria.
Yo, Señores, soi casado,
i en seis años mi muger
me ha dado doce muchachos.
¿Con que como podré dar
todos los dias abasto
á este escuadron de quijadas
si de arbitrios no me valgo?
Mi padre no me dió oficio,
porque aunque pobre, era hermano
de una Abadesa, i no quiso
hacer á su sangre agravio.
Por esta causa mi casa
es el terrero de cuantos

pisaverdes hacen cocos
á las mocitas del barrio.
Alli escriben sus billetes,
alli reciben recados,
i cuando quieren los niños
hablarse sin sobresalto
me dan dinero, i al punto
armo en mi sala un fandango.
Entonces vienen las ninfas,
i aunque las madres sean Argos,
en empezando á cenar,
à todos los espantajos
que incomodan, se les dà
opio en el vino, i bailamos
al compas de los ronquidos
de las viejas i pelmazos.
Por estos i otros favores
me quieren, me hacen regalos,
i asi cuando mi muger
suele fingir un mal parto,
un tabardillo, un insulto,
entra por mi puerta tanto,
que hai chocolate i gallinas
para hartarse todo el año.

Todos. Famoso arbitrio!

Mat. Tambien
solicito aficionados
que hagan alguna comedia
en mi casa: i como tantos
gustan de la mescolanza
hai quien me ponga en la mano
media onza por entrar
á oler faldas en el patio.

Tor. Bien: usted busca su vida.
Si digo que es un malvado
este hombre.

Mat. Yo he de hacer
que se acuerde el bribonazo
de su crítica.

Sale D. Ped. Lo mismo
yo juro por San Macario.
Tor. Bueno! con eso irá à ver
los birretes colorados.
Jac. Yo, porqué?
Ped. Porque me pone
de miserable i avaro.
Jac. Lo será usted.
Ped. No hai tal cosa,
que yo solamente guardo
una esacta economía,
por eso el peso que agarro
lo sepulto donde nunca
vuelve á verse en otras manos.
Tor. I que come usted?
Ped. Mui bien,
i sin que me cueste un cuarto.
Yo me voi todos los dias
á la plaza, i á dos manos
voi recogiendo tronchitos,
hojitas de colinabos
i otras verduras que arroja
quien lo gana sin trabajo.
Me vuelvo á casa, allí enciendo
unas astillitas, hago
una ensalada cocida
con agua i sal que es un pasmo.
Luz yo no necesito,
pues como no hai en mi cuarto
en que tropezar, á oscuras
ando con desembarazo.
Yo jamas rompo la ropa:
este vestido ha diez años
que en Galicia lo heredé,
i como tengo el cuidado
de surcirlo, espero en Dios
ir con él amortajado.
Asi vivo como un Duque.

Todos los dias feriados
entro en la comedia, luego
que el cobrador ha marchado.
Cuando hai toros, siempre soi
el primero que me planto
en la plaza, i el postrero
á quien echan los soldados;
de modo que aunque los tiempos
estén caros ó baratos,
yo me divierto, yo como
i siempre lo mismo gasto.

Tor. Mui bien hecho, porque usted
no tendrá algun mayorazgo.

Ped. Ya se vé, pues solo tengo
repartidas por los barrios
cien casitas, que me rentan
treinta mil pesos al año.

Jacin. Cien casas i comer tronchos
como un cerdo! Cielos santos!
qué hombre es este! I que se pique
porque le llamen tacaño!

Ped. Ya he dicho, que es solamente
economia, i en dando
en criticarme, iré á un juez
á quejarme del agravio.

Jacin. Por tal que gaste en el pleito
algunos pesos, me allano
á sufrir una prision.

Ped. Ola! que es eso de gasto?
con que cuestan las querellas?

Tor. Mucha plata i muchos pasos.

Ped. Eso tenemos? Pues ya
de lo dicho me retracto.
Satirízeme á su gusto,
i nómbreme en el teatro
si le dá gana, que yo
me contento con citarlo
en el tribunal de Dios
donde no cuesta un ochavo.

Tor. Es posible que tal diga
un hombre rico i honrado?
Ped. I lo afirmo: si usted compra
papel i tinta; San Marcos
de mi vida, yo gastar!
Jesus, no me tiente el diablo.
Dígame usted miserable,
perro, judio, bellaco,
i aun ladron, como à mi costa
no se alimente un gusano.

Sale Doña *Beatriz con manto i saya.*

Beat. Ese gusano soi yo,
pero el Señor me ha criado
para ser sobre las tablas
la risa de los profanos.
Tor. Mire usted las consecuencias
de sus dichos i sarcasmos.
Jac. Pues qué delito es el mio?
Beat. Haber dicho en el teatro
que es tan solo hipocresía
mi virtud. Dios mio, cuando
respetaràn à los justos!
Diga usted en qué he faltado?
Yo en verano i en invierno
á las once me levanto,
para ecsaminar mejor
mi conciencia con descanso:
dejo al muchacho en la cuna
dando chillidos, i salgo
á sepultàrme en la Iglesia:
allí sentada en mi banco
pido á Dios por la que entra
con su Rodrigon al lado;
por la que lleva manton
con parchecitos, zapatos
de color, saya con flecos,
i el semblante embarnizado.
A las dos me vuelvo á casa,

i me encuentro renegando
á mi marido, ¿i por qué?
porque quiere el mal cristiano
que deje mis devociones
para asistirlo i cuidarlo:
no es posible convertirlo;
reniega, rompe los platos,
tira las sillas, i al fin
Satanás que está atizando,
mete la pata: soi débil:
le respondo al bribonazo,
él se emperra, yo me emperro,
i termina en arañarnos.
Entonces me encierro: como
dos pichoncitos, i acabo
dàndome una disciplina:
el demas tiempo lo paso
en casa de unas beatas
refiriendo los desbarros
de las vecinas, i así
sacamos fruto del trato.

Blas. Vida ejemplar! Pobre zote!
Confúndase al escucharlo.

Torib. Si ese hombre está ya ardiendo.

Beat. Yo lo he visto condenado
en una vision que tuve
á noche. Estaba espulgando
la perrita, i me quedé
sumergida en un letargo.
Entonces se me aparece
un espectro, monstruo ó diablo,
arrojando horrendas llamas
por los ojos de Leopardo.
Válgame Dios, que horroroso!
Tenia los pies de gallo,
boca i narices de mico,
los cabellos encrespados,
i unos cuernos retorcidos

de cinco palmos de largo.
El era corto de vista,
porque traia en la mano
un monoculo mayor
que una sarten. A los lados
llevaba abiertas dos alas
de avestruz, i con el rabo
desollinaba las vigas
al tenderlo i enroscarlo.
Yo con valòr le pregunto
dí quien eres, ó te amarro
con la correa, él entonces
me respondió ceceando:
no se asuste usted señora,
que soi poeta: le amago,
cruje los dientes, le pego
cuatro ó cinco correazos,
i dando un fuerte estallido
desapareció, dejando
por tres dias un olor
como de almizcle en el barrio.

Jac. Señora, por Diòs le ruego
que no venga aquì á contarnos
sandeces.

Beat. Còmo sandeces?
calvinista, luterano,
incrédulo, el cielo envie
sobre su cabeza un rayo,
una vìvora le muerda,
un toro le haga pedazos.....
Qué digo? Jesus! El zelo
me cegó..... Dios lo haga un santo.

Salen D. Juanito i otros currutacos.

Juan. A donde está ese bribon
que se atreve á criticarnos
la máquina calzonaria?

Sale Mariquita i otras Majas.

Mar. Quien es ese deslenguado

i endinote que se atreve
á tomar en boca al barrio
de la Viña?

Tor. Linda gresca!
Señores, ese es el guapo
que ustedes buscan.

Maja 1.ª Seor mona,
salga usted fuera.

Curr. 1.º Este palo
que usted critica, ha de ser
el que le rompa los cascos.

Curr. 2.º Si sale, con las correas
del calzon, tengo de ahorcarlo.

Majas. So endino salga usted fuera.

Curr. Hable usted señor poetastro.

Jac. Señores, que mi comedia
á ninguno le hace agravio.
La estravagancia i el vicio
se introduce en los mas altos
institutos, i corrompe
las costumbres de un estado.
Entonces es cuando vibra
sus inecsorables dardos
la sátira, sin tirar
á objeto determinado.
Si alguno se siente herido
no debe culpar el brazo
que dispara, culpe solo
sus errores, i sensato
busque remedio en la enmienda,
i ponga un sello en sus labios.

Lor. Sea lo que fuere, yo digo
que es usté un desvergonzado.

Mat. Un hombre que me moteja,
i no me dá para el plato.

Beat. Un mal alma.

Ped. Un hombrecillo
gastador, estrafalario.

Mar. Usted ha emporcado la viña
con sus versos.
Juan. Ha insultado
el currutaquismo.
Lor. Al punto
vamos todos á quejarnos.
Todos. Vamos á un juez.
Sale la Justicia.
Juez. La justicia.
Pant. Señor juez tiene usted algo
que mandarme?
Juez. Vengo aquí
por un sugeto.
Tor. Ya estamos.
Ese caballero es
al que viene usted buscando.
Ped. Ya las pagará usted juntas.
Beat. Aunque mala hago milagros.
Juez. Afianzen al señor.
Jac. Pero señor juez, sepamos
porque es esta tropelía?
Juez. No estoi ahora en el caso
de satisfacer à usted.
D. Toribio.
Jac. Yo me llamo
Jacinto.
Juez. Como? Pues quien
es D. Toribio Lagarto?
Jac. El Señor.
Juez. Pues que lo amarren:
i usted perdone este chasco.
Tor. Yo preso? Por qué delito?
Juez. Por haber falsificado
algunas firmas.
Tor. Señor,
si fueron unos ensayos
para escribir mi proyecto
de ver Cortes sin un cuarto.

Juez. Pues póngale en una nota
ese bello resultado.
Lor. Nosotros de ese poeta
ante usted nos querellamos.
Juez. Por qué causa?
Lor. Porque ha puesto
una pieza en el teatro
en que me trata de padre
indolente.
Ped. A mí de avaro,
porque encierro los doblones
para que no causen daño.
Mat. I á mi de rufian, que es
alcahuete en castellano.
Beat. Que diré yo? Pues me llama
hipòcrita el temerario,
cuando un ciego está escribiendo
toda mi vida i milagros
en seguidillas boleras.
Juan. Qué mucho, si de sus manos
no ha podido libertarse
el gremio de currutacos.
Mar. Ni la Viña, con tener
por su patron al Dios Baco.
Todos. Todos pedimos justicia.
Juez. Señores, vamos despacio.
Yo he visto representar
esa comedia, i no hallo
cosa digna de notarse.
Sus pinceladas i rasgos
ridiculizan el vicio
sin formar algun retrato
particular: con que asi
no crean á los menguados
que por denigrar las obras
de un autor, digno de aplauso,
procuran hallar motivo
de interrumpir sus trabajos.

Tor. Eso es lo que hacen conmigo.
Juez. Por eso quiero premiarlo.
Ped. Yo me voi à recoger
mi alimento acostumbrado.
Mat. Las cinco son, i esta noche
tengo en mi casa fandango.
Beat. La carne á todos nos pierde.
Yo quisiera ser de palo.
Todos. I aquí dá fin el sainete,
perdonad defectos tantos.

FIN.

EL APRENDIZ DE TORERO.

PERSONAS.

Olalla Maritornes, *novia de...*
El Alcalde, *padre de...*
Gil Cascarranas, *novio de...*
Teresona.
Doña Marta, *madrina.*
Curro, *torero.*
Tomas, *torero.*
Peligrifo, *alguacil.*
Andres, *barbero.*
Vejarruco, *tabernero.*
Un Sacristan.

EL APRENDIZ DE TORERO.

Casa pobre que figure ser la taberna, con todos los avios necesarios de ella, i salen Vejarruco i Peligrifo.

Peli. Vejarruco?
Veja. Qué se ofrece?
Peli. Hai vino bastante en casa?
Veja. Nunca falta en las tabernas,
mientras que no falte el agua.
Pero porqué lo preguntas?
Peli. Porque los Novios acaban
de echarse las bendiciones,
i toda la garullada
salió de la Iglesia, i viene
á refrescar las gargantas
en tu taberna.
Veja. Què dices?
Hoi se beben dos tinajas.
Con que dime, ha estado buena
la funcion?
Peli. Ni el dia de Pascua
hai mas ruido en la Iglesia.
Mira: Perico Semana
repicaba el esquilon,
i su hermano la campana.

El enterrador tambien
voleaba la matraca,
i el barbero sobre el coro
punteaba la guitarra;
de modo que era una gloria
el ruido i la algazara
que se armó.

Veja. Va: si el Alcalde
i su hijo se casaban,
no habia de haber holgorio?
Pero dime, hai luminarias?

Peli. No las ha de haber? I toros.

Veja. Toros tambien?

Peli. De Jarama,
como que mandó el Alcalde
por dos toreros de fama.

Veja. De donde son?

Peli. De Sevilla.
Ya veras qué par de capas.

Dent. voc. Viva el Alcalde.

Peli. Ya vienen.

Veja. Pues yo prevengo las tazas.

Sale el Alcalde con Olalla de la mano, Cascarranas con Teresona, el Sacristan i tio Andres que traen en medio á Doña Marta en trage de Señora ridícula con una lata al cuello, i todos los Payos i Payas.

Alcal. Señores, tomen asientos,
i tú tabernero, saca
del pellejo reservado.

Mart. Ahijado ya que se trata
de emborracharse, no fuera
mejor hacerlo en mi casa,
que por fin es un palacio
fundado por Doña Urraca
mi tatarabuela, i tiene
sobre las puertas las armas
de los Grajos i Berracos?

Alcal. Madrina, si es una jaula

segun se claréan los techos:
qué, quiere usted que se caigan
sobre nosotros, i quede
hecha la boda una plasta?

Mart. Pero qué diràn de mí
si en la Gaceta se estampa
que Doña Marta Rimblombos
en las tabernas entraba?

Alcal. Dirán que tiene buen gusto.

Mart. La gente de mi prosapia
el primer voto que hace
sobre la cruz de la espada,
es de no entrar en tabernas,
bodegones, ni cobachas.

Alcal. Qué, no hai señores borrachos?

Mart. Mi padre tuvo esa falta;
mas era tan recatado,
que debajo de la cama
ocultaba los barriles,
i asi, cuando se acostába,
con un vaso entre los brazos
su Señoría roncaba.

Gil. Pues Madrina, la gentuza
de paño burdo i polainas,
siempre gusta de beber
la leche al pie de la vaca;
conque deje usted los dengues,
i alegrémonos en gracia
de Dios.

Todos. Que vivan los novios!

Mart. Mi ejecutoria se empaña,
sino la saco de aquí:
Sacristan?

Sacris. Qué es lo que mandas?

Mart. Ponte de ropillas, toma
con reverencia esta lata,
i colócala en un nicho
hasta que á la calle salga.

Sacris. Son reliquias?
Mart. No, salvage,
que es la ejecutoria rancia
de mi familia, en la cual,
han florecido, à Dios gracias,
hombres que con la cabeza
un castillo derribaban.
Sacris. Mui bien, yo la llevaré
con mucho tiento. (*váse.*)
Alcal. Pues vaya.
Sientese uste aqui madrina. (*lo hacen.*)
Avejarruco despacha.
Gil. Siéntate con tu conejo,
conejita.
Mart. Qué bestiaza!
Gil. Toma! si soi aprendiz
de novio, i quereis que haga
las cosas como mi padre,
que ha treinta años que arrastra
la carreta?
Alcal. Si tú hicieras
por imitarme, no erráras.
Peli. Copla mi Alcalde.
Todos. Silencio.
Mar. El dirá una borricada.
Peli. Las cañas echan canutos,
peras todos los perales,
i asi de los animales
es fuerza que salgan brutos:
un racimo de estos frutos
vuestro matrimonio os dé,
i tanto se aumente, que
lleguen todos á pensar,
que hai diluvio, i que el lugar
es el Arca de Noé.
Todos. Viva, viva.
Alcal. Qué cacumen!
llénale otra vez la taza.

Gil. Brindémos por la madrina.
Todos. Mucha salud, doña Marta.
Sal. Sacr. Señor Alcalde, que gusto!
Ahora mismísimo acaban
de llegar los dos toreros.
Alcal. Formemonos en dos alas,
i vamos à recibirlos.
Sacris. No es menester que usted salga,
porque los dos Peregrinos
iban buscando con ansia
este Santuario, i yo
les dije que uste aquí estaba.
Salen Curro i Tomas.
Curr. Dios guarde la gente buena.
Cual de ustedes, camaradas,
es quien gobierna el cotarro?
Alcal. La respuesta es esta vara.
Curr. Lo celebro; pues señor,
los sugetos que le hablan,
son los dos facultativos
que han de matar en la plaza.
Alcal. Ya estaba yo con cuidado:
Avejarruco, despacha,
chocolate á estos señores.
Veja. Tomen ustedes.
Tom. Pues vaya,
señor Alcalde á que Dios
lo libre de una estocada
de las mias.
Alcal. Buen provecho.
Curr. Brindo á que quiera Santa Ana,
que los toros i los novios
queden lucidos.
Alcal. Canastas;
otra vez ponga uste un punto,
cuatro comas, i seis rayas
entre los toros i novios,
que tengo miedo á las astas.

Curro. Usted miedo? No lo crean:
sobre que tiene mas facha
de torero que de burro.

Mart. Esa es una verdad clara;
i por lo tanto me atrevo
á suplicarle me haga
el favor de capear
un toro por la mañana.

Alcal. Señora, yo torear?
si en viendo á cincuenta varas
una carreta, me subo
al instante á las ventanas.
Torear? Mas fácil fuera
el que á mi me torearan.
Carambola, i que capricho!

Gil. Padre salga uste á la plaza,
que yo se lo pido á usted.

Alcal. Tú me lo pides, canalla?
con que quieres heredarme
antes de tiempo?

Olalla. ¡Qué bragas
tiene mi novio! sal hijo,
veremos como te plantas.

Alcal. Tú tambien? Muger ó diablo,
todavia no se acaba
el pan de la boda, i ya
me quieres ver en las astas
del toro.

Teres. Pues es preciso,
suegro mio.

Mart. Doña Marta
de Rimblombos se lo pide,
i no debe desairarla.

Todos. Un par de lances, mi Alcalde.

Alcal. Esta gente está borracha.
¿I qué dirán si un Alcalde
de Paterná, con polainas
i montera, como un chulo,
anda saltando las ballas?

Mart. Eso que importa? mi abuelo
Don Gerundio, que Dios haya,
en una fiesta salió
montado sobre una jaca
berberisca. El Rei D. Sancho
mandò al punto que soltaran
diez toros pintos; entonces
Don Gerundio se afianza
en los estribos, le abren
el toril, sale la sarta
de animales, le acometen:
él con valor los aguarda,
i en un momento quedaron
los diez toros de Xarama,
como si fueran zorzales,
ensartados en la lanza.

Alcal. Pues yo no quiero que el toro
me ensarte á mí.

Gil. ¡Qué panarra
que es mi padre!

Olalla. Pues es fuerza,
que salgas hoi á la plaza.

Alcal. Si yo no sé torear.

Curr. Señor alcalde, palabra,
¿quiere usted salir con garbo
del empeño?

Alcal. Me alegrara.

Curr. Pues con una leccioncita
i no mas, usted se traga
todos los toros.

Alcal. Es burla?

Curr. Diga usted, tengo yo cara
de burlarme? quiere usted
dejar fama en toda España?

Alcal. Como el toro me despanze,
no habrá ciego que no salga
con un romance.

Curr. No es eso:

de la habilidad se trata.
¿Quiere usted ser un torero
de los de mano pesada?

Alcal. Pues ya se ve que quisiera.

Curr. Pues agarre usted la capa
con las manos.

Alcal. Yo estoi lelo!
si en lugar de estar mañana
de tornaboda, estaré
de cuerpo presente.

Curr. Vaya,
plántese usted de este modo.

Alcal. Que tal?

Curr. Merece una estampa.

Mart. Ahijado, parece usted
sayon de semana santa.

Alcal. En un bodegon he visto
retratada una fantasma
del modo que estoi ahora.

Tom. Levante usted mas la capa.

Alcal. Cuando me levante el toro,
será fuerza levantarla.

Curr. Estando en esta postura,
mientras que el toro no parta
columpie usted las caderas.

Alcal. I para que es columpiarlas?
voi yo à bailar con el toro
el zorongo, ó la pabana?

Curr. Hágalo usted, porque asi
se torea con mas gracia.

Alcal. Con que primero me planto,
despues muevo la culata
hasta que resuelva el toro
el venir á visitarla.

Curr. Vaya que lo ha comprendido:
dé usted una patada,
i dígale al toro ha indino,
¡ah berraco!

Alcal. I si se enfada,
viendo que me desvergüenzo,
i por una hijar me ensarta?
Curr. Si él no lo entiende.
Alcal. Está bien.
Curr. Al embestir se repara
qué oreja es la que ha movído:
i si es la izquierda, la capa
se saca por la derecha;
i si acaso es la contraria,
la capa va al otro lado,
i está la fiesta acabada.
Alcal. Una preguntita suelta:
si al toro le dá la gana
de mover las dos orejas,
à que lado vá la capa?
Curr. Entonces se echa por alto.
Alcal. Eso es dejarle la panza
descubierta. Caracoles!
me he metido en buena danza.
Curr. No tenga miedo, di vertirse.
Mart. Valor
abijado, que asi se gana
reputacion: fuera de eso
si acaso el toro lo mata,
morirá usted con el gusto
de vernos dar carcajadas.
Alcal. Con que la muerte de un hombre
es diversion?
Mart. Cosa es clara:
rómpase aqui la cabeza,
verá usted cuantas palmadas
le dan todos.
Alcal. Un demonio;
antes no sería mala
providencia entapizar
con los colchones la plaza.
Olalla. Hombre no seas cobarde.

Tom. Señor Alcaide usted haga
todo lo que se le ha dicho,
que el toro no le hará nada.
Alcal. ¿Conque la oreja es la seña?
Curr. Si Señor.
Alcal. Esta es la planta,
este es tambien el columpio,
ahora le digo una sarta
de desvergüenzas, i ahora
me patea las entrañas.
Curr. No tema que aquí està Curro.
Tom. Yo irè siempre con la capa
à su lado.
Alcal. Mejor fuera
con un mortero de á placa.
¿Conque en fin no me harà daño?
Curr. Que daño ni calabaza!
le prometo à usted que el toro
no le hablará una palabra
Alcal. Vamos al toro de prueba.
Mart. Ahijaditas, à la plaza.
Todos. Viva el alcalde.
Alcal. Decid
que muera, por si me agarra.
Vanse todos menos Peligrifo i Vejarruco.
Peli. Dame vino Avejarruco
que á bien que el Alcalde paga.
Aveja. ¿Si el toro lo desmondonga,
à quien le pido la plata?
Peli. Quies callarte: con que el toro
se atreveria á las Nalgas
de un Alcalde de Paterna!
ea llename la taza.
Veja. Chiflatela, i buen provecho.
Peli. Pues Jesus i haz una raya.
Aveja. ¿Cuantas te he de hacer.
Peli. Veremos,
cuanto me cabe en el arca;
llénala pronto i van dos.

Aveja. Parece que no lo mascas
Peli. Atízamela i van tres.
Aveja. Que buche
Peli. Es una tinaja:
van cuatro.
Aveja. I aun no te llenas?
Peli. Ya me llega à la garganta.
Acabose. Avejarruco
di que traigan la palanca.
Aveja. Ya vas borracho.
Peli. Es mentira:
di que me ha crecido el alma
dos tantos mas: con efleuto
cuarenta mil luminarias
tengo en los ojos. Hoi prendo
á todo el mundo, zarazas,
que tú has de ser el primero.
Dame la mano.

Sacando un cordel, i queriendo amarrarlo, el otro huye, i Peligrifo anda tras él dando traspieses.

Aveja. Canastas,
vete á prender al demonio.
Peli. Te he de llevar á la casa
del poco pan.
Aveja. Yo no quiero.
Peli. Resistencia
Aveja. Diablo calla.
Peli. Date al Rei, tengan á ese
picaron, si no se escapa. (*vanse.*)

Plaza de lugar con andamios para sentarse, i en ellos toda la gente que se pueda. Entran en la plaza el Alcalde, *Gil, Marta,* Maritornes, *Teresona,* Curro, *Tomas, el Sacristan con la lata, i tio* Andres, *los que estan sentados gritan i silvan.*

Todos. Que viva el Alcalde, viva.
Alcal. Siéntese usted Doña Marta.
Mart. Primero le pondré al cuello
para defensa la lata
de mi ejecutoria.

Alcal. Diga,
querrá el Toro respetarla?
Mart. Seguro está que se acerque:
porque como en toda España
mis nobles antecesores
han tenido la contrata
del vinagre i el aceite,
sus altos nombres exhalan
un olor que hasta los diablos
vuelven al punto la espalda.
Alcal. Qué sabemos? puede ser
que à este toro le dé gana
de gazpacho, i me lo saque
del ombligo con el asta.
Mart. Vamos al andamio.
Olalla. Esposo;
que le tiendas bien la capa.
Alcal. Mira no me tienda el toro
i se vuelva la medalla.
Gil. Cuidado con los fondillos,
padre mio.
Alcal. Bruto marcha,
que como salga con bien
te he de torear mañana.

Se sientan todos en los andamios, i quedan en la plaza el Alcalde, Curro, Tomas, el tio Andres i el Sacristan.

Alcal. El barbero á donde està?
And. Señor Alcalde qué manda?
Alcal. Prevenga usted las estopas,
el ungüento i las tenazas
de curar, por si se ofrece
remendarme alguna nalga.
And. Ya lo tengo todo pronto. (*se sube.*)
Alc. Tú no faltes de la plaza
por si tienes que doblar.
Sacris. Toma, si hasta la mortaja
le he prevenido.

Alcal. De oirlo
solamente me dan bascas.
Tom. Mi alcalde no tema usted
que Tomas Pincho, lo ampara.
Curr. Verá usted como le saco
el toro, si es que lo agarra.
Alcal. Mira no me saque antes
las tripas entre las astas.
Sal. Pelig. i Avejar. Señor Alcalde favor.
Alcal. Que ha sucedido?
Peli. No es nada.
Alcal. Ya estas borracho?
Peli. Un poquito,
no mas cuanto se me anda
la cabeza.
Alcal. Picaron
subete á un andamio; marcha.
Peli. Mire usted, si acaso el toro
por casualidad lo agarra,
llàmeme usted.
Alcal. (*se suben Vejar. i Peli.*) Ve à dormir.
Mart. Ahijado, que el toro salga.
Todos. Que salga el toro.
Alcal. Primero
que los picadores salgan.
Salen los Picadores, hacen su cortesia, la gente grita i silba.
Alcal. Que se toque la trompeta
mientras me arrimo á la balla.
Sale el Toro, lo pica i revuelca á los picadores.
Curr. Señor Alcalde, ahora es tiempo.
Alcal. Como tiemblo! Santa Olalla!
Donde me pongo?
Curr. Aqui en medio.
Alcal. Cuidado que no se vayan
Tom. Aquí estámos.
Alcal. Ai que feo!
que malditísima cara.

Gil. Padre las obligaciones.
Alcal. Hijo del demonio, calla.
El toro siempre corriendo.
Curr. Llámaselo Tomasillo.
Tom. Ea plántese usted con gracia.
Alcal. Ah toro indino: ah borracho,
que me pillò, que me mata.
Lo coge i le echa las tripas fuera.
Gil. Que el toro cogiò á mi padre.
Ai que gusto! (*bajan todos.*)
Alcal. Que me traigan
la botica, el cirujano
no se hielen las entrañas.
Lo entran Curro i Payos.
Curr. Cirujano, baja pronto.
And. Voi á surcirle la panza.
Alcal. Amigos á la taberna,
que el vino todo lo sana.
Curr. A la taberna con él... (*lo llevan.*)
Baja Peligrifo, i se vá al toro, este escarba, i él le presenta la vara.
Peli. Abejorro, date preso.
Mira, respeta la vara...
No vienes? A que te amarro?
Todos. Que lo coge.
Peli. (*embiste i lo coge.*) A mí con chanzas?
Den favor á la justicia.
Mart. Abran ustedes la plaza
para que salga ese toro.
Tom. Deja le echaré la capa.
Peligrifo siempre gritando, Tomas se lleva el toro i bajan todos.
Aveja. Te hizo mal?
Peli. Hombre, si el vino
me ha servido de muralla.
Aveja. Como rodabas!
Peli. El toro
es un traicionero, vaya

sobre que yo no lo ví
cuando me dió la trompada.

Mart. Vamos á ver si mi ahijado
ha dado las boqueadas.

Olalla. Como se muera mi novio,
me vuelvo á casar mañana,
i será usted mi madrina.

Salen el *Alcalde. Curro, los payos i el tio Andres.*

Alcal. No te casarás, bellaca,
porque ya gracias á Dios,
i al barbero, tengo cada
intestino en su lugar.

Todos. Sea enhorabuena.

Gil. Qué brava
cornada le pegò á usted!
vaya, si yo reventaba
de risa, viéndolo dar
volteretas en la plaza.

Alcal. No es posible que tú seas
hijo mio; me alegrara
que ahora viviese tu madre
para que nos declarara,
si algun diablo te engendró
cuando estuvo endemoniada.

Olalla. No hagas caso de ese bruto.

Mart. Ahijado mio me espanta
una cura semejante.

And. Pues todavia no es nada,
cuando era albeitar, mataron
á Perdiguero con rabia,
i al punto con un emplasto
hice que resucitara.

Alcal. Es gran hombre; en un instante
me ha hilvanado las entrañas.
Mas sabe usted que reparo?
que ahora no está donde estaba
el corazon.

And. Como no?

Alcal. Si no me late. Zarazas;
si acaso mientras que usted
los ungüentos preparaba
se los comeria el perro
de presa?

And. Usted se engaña,
que lo envolví en el redaño
para que no se enfriara.

Alcal. Pues no le encuentro. Tentadme
á ver si está en las espaldas.

Mart. Por aqui no está.

Alcal. Esperad
que lo tengo en una nalga.
Hombre del diablo que ha hecho?
Como he de decirle á Olalla
hija de mi corazon,
teniéndolo en la peana?

And. Eso pronto se remedia.

Alcal. De que manera bestiaza?

And. Saliendo usted à torear
otra vez.

Alcal. Como? ni en chanza.
Peligrifo ve al toril
i di á los toros que salgan
dentro de treinta minutos
del lugar.

Peli. Si no se marchan
les saco veinte ducados
de multa.

Mart. Conque se agua
la funcion?

Olalla. Esposo mio.

Alcal. Ninguno me hable palabra.

Curr. Pero señor es posible?
Ahora que usted se empezaba
á adiestrar, quita los toros?

Alcal. Qué toros ni pataratas;
no quiero yo diversion

donde se arriesga la panza:
vengan todos á beber
i comer, que al fin se saca
mas provecho, que de ver
rodar gente por la plaza.

Mart. Dice bien mi ahijado; yo,
aunque soi por mi prosapia
una dama de alta clase,
soi dama de la montaña,
i asi mucho mas me gustan
los tragos que las tajadas.

Alcal. Pues vamos, pidiendo todos
el perdon de nuestras faltas.

FIN.

LOS MAJOS ENVIDIOSOS.

PERSONAS.

Lora.	Perico.
Curra.	Lorenzo.
Carmen.	Juanillo.
Nicolasa.	Chamorro.
Mariana.	Mateo.
Tia Pepa.	Estevan.
Nicudemus.	Miguelillo, el vicho.
Pepe Lombrijon.	Un gallego.

LOS MAJOS ENVIDIOSOS.

Casa pobre, y aparece en medio una mesa chica con un belon encendido, y en sillas de paja cosiendo junto á la mesa tia Pepa y Carmen, y junto á ella Pepe Lombrijon con capa y sombrero gacho; al lado de tia Pepa el tio Nicudemus con su pipa en la boca.

Cármen. Se me ha rompido la aguja;
deme usted el alfiletero.
Tia. Cuenta que valen mui caras.
Pepe. Vaya tio Nicudemus,
veamos si ese tabaco
sale fuerte.
Nicu. (*le da la bolsa*) El es muy bueno;
siempre que voy á comprarlo
me lo escoge el estanquero.
Carm. No me moleste usted mas
con ese humo del infierno:
aparte usted.
Pepe. No me ha gana.
Carm. Hable usted bien, ó le pego.

Pepe. A quien? à mi? Ya se ve,
à lo que estaba yo hecho.
Cárm. (*le pega.*) Tome usted, so baladron.
Nicu. Ya basta niña de juego,
que todavia no eres
su muger.
Tia. Serálo presto.
Nicu. Mui bien; entonces si quiere,
tírele de los cabellos.
Pepe. Si viera usted como rabio
por quitar eso del medio!
Ya tengo en el rinconcito
de mi caja treinta pesos
en plata, que no los toco,
aunque no tenga dinero
para ver una corrida
de toros.
Nicu. Eso es bien hecho:
porque en semejantes casos
lo primero es lo primero.
Tia. Y tiene usted ya vestido
para la boda?
Pepe. Y mui bueno:
los calzones de estameña
llevan un galon, haciendo
ringorangos en figura
de camarones, y luego
unos cordones con borlas
que tendràn lo menos menos
su libra y media de seda:
el chalequito es de lienzo,
bordado por la solapa
de caracoles de fleco
azul y verde: la chupa
de indiana, como diez dedos
me tapará el espinazo:
ella tendrà sus doscientos
botoncitos de metal,

i luego de cordon negro
una escama en cada uno,
que estaré, tio Nicudemus,
lo mismo que un peje-rey.
No digo nada el enredo
que lleva la tal chupita
en los hombros; vaya, es eso
hablar de la mar; ya ustedes
verán cual sale su yerno.

Carm. Para que es la vaniá,
si yo estaré casi en cueros?

Pepe. Eso corre por mi cuenta:
porque á la muger de Alejo
le he pedido ya un vestido
de tafetan, con rebuelos
de lama de plata falsa,
i un relicario de aquellos
en que se puede freir
media docena de huevos.

Tia. Pobrecito; pero quiere
que salgas con lucimiento.

Sal. Peric. Tengan ustees buenas noches:
Pepillo, escucha un secreto,
con licencia de la casa.

Carm. No se lo lleve à bureo,
señor Perico.

Peric. Señora,
son cosas de mucho tiento
las que tenemos que hablar.

Tia. Perdone usted, señor Pedro,
que como es novia...

Nicud. Muchacha,
ya te he dicho que no quiero
te metas en los asuntos
de los hombres.

Pepe. Ya está bueno;
esto no vale la pena.
Vamos, qué me traes de nuevo?

Peric. Hazte un poco mas acá.
Pepe. Al despacho, y que sea presto.
Peric. Sabes el jollin que está
para esta noche dispuesto
en la calle del Molino?
Pepe. Yo no sé náa: y que sujetos
levantan alli figura?
Peric. Nicolas el peluquero;
el hijo del tio vigotes.
Pepe. Pues ese no estaba preso,
porque le llamò tunante
al hijo del tio Conejo?
Peric. Luego se compuso todo.
Pepe. Es buen muchacho por cierto,
Peric. Pues tambien va Majagranzas,
Sebastian el guitarrero,
i Tomasillo Barriga.
Pepe. Ese baila el zapateo
tal cual, si no se sacara
de rabadilla seis dedos
mas, de lo que es regular.
Peric. Pero es alegre de genio;
en fin tienen una cena,
que el mismo rei de Marruecos
se chuparia las uñas.
Mira, hai un lomo de puerco,
un buen plato de arencones,
otro tambien de pimientos
i habichuelas encurtidas:
i por remate del cuento
unas anchoas, que piden
á cada bocado un riego
de manzanilla.
Pepe. Pues hombre,
ya les costará dinero:
Peric. Lo menos à peso duro
por cabeza.
Carm. Yo me quemo!

Ustedes quieren crecer?
por qué no toman asiento?

Pepe. Carmencita, ya acabamos.
Y van mozas?

Peric. Como cielos;
ya sabes tú que son todos
hombres de gusto.

Pepe. Ya veo.

Peric. No vienes á divertirte?

Pepe. La verdad yo no me atrevo.
Desde que pensé en casarme
vivo como un recoleto;
de manera, que en dejando
el trabajo, me divierto
con mi novia, mis chiquitas,
cuatro fumaas, y laus Deo.

Peric. De suerte que si lo haces
porque no tienes dinero,
amigos hay que te sirvan.

Pepe. No es por eso, amigo Pedro,
porque à Dios gracias, me sobran
en el dia treinta pesos.

Peric. Pues préstame un peso duro.

Pepe. En la bolsa solo tengo
media onza de plata: sirve?

Peric. Algo es algo.

Pepe. Toma.

Carm. Bueno!
el secreto parò en chasco.

Peric. Qué es lo que está usted diciendo?
A quién he estafado yo?
Vaya que levante el deo.

Nic. Muchacha, calla la boca.

Tia. Si hablàmos de otro sugeto.

Pepe. Dime, y tú que moza llevas?

Peric. Ahorita pensaba en ello.

Pepe. Lleva á Rosa la Peláa.

Peric. Si ahora tiene en el pescuezo

seis ventanicas la pobre.
Pepe. Pues lleva à Juana Regüeldos.
Peric. Esa tiene un peluquilla
que le arria muchos pesos;
pero la cela de moo,
que aun alli escribe el correo.
Pepe. Pues hombre...
Peric. Si tu quisieras,
estaba todo compuesto.
Pepe. Y de qué modo?
Peric. Tú conoces
cuantas mozas tiene el pueblo;
si convidaras á dos,
se formaria un cuarteto
que atronara la funcion.
Pepe. Cabalmente ahora me acuerdo
de dos mozas, que si fueran
pareceria un basurero
la asamblea.
Peric. Pues andares
Pepe. No me tientes, que no quiero;
si ya yo estoy recogido
á buen vivir.
Peric. Por lo mesmo.
Pepe. Apuramente, ha venido
de Màlaga paño nuevo.
Mas no quiero dar de hocicos:
anda que ya nos veremos,
y me dirás lo que hubo.
Petic. Conque no vienes?
Pepe. No entro
ya en bromas.
Peric Pues míra,
como hay San, que mas lo siento
por ti, que por mi.
Pepe. Porqué?
Peric. Ya sabes tú que Mateo

y Blasillo son fachendas
hasta no mas.

Pepe. Yo me acuerdo
cuando delante de mi
no chistaban.

Peric. Por lo mesmo
queria yo que tú fueras,
y porque estaban diciendo
en casa de la Currilla
Cien-pesos...

Pepe. Dí que dijeron?

Peric. Que te casabas, porque
todas las mozas del pueblo
ya te iban dando esquinazo:

Pepe. Eso han dicho los trastuelos?
A mi esquinazo, y hay moza
que ha hecho ya su testamento
para espichar al instante,
que me case? A que si quiero
se mueren todos de envidia?

Peric. Hazlo Pepino.

Pepe. Esto es hecho.
Carmencita, hasta mañana.

Carm. No dije yo que el secreto
tendria mal fin? Mi mantilla,
que quiero tomar el fresco,

Pepe. Muger, si tengo que hacer.

Carm. Si he de saber el misterio
de la salida.

Nicu. Muchacha,
quien te ha dao atrevimiento
para seguir á los hombres?

Carm. Quiero celarlo, que dentro
de un mes será mi marido,
y puede dar un tropiezo.

Tia. Hace muy bien la muchacha.

Nicu. Yo digo que no es bien hecho.

Carm. Caracoles con mi padre.

Nicu. Ah perra, tú dices eso?
Pepe. No haya mas, y echarle á todo
tierra, señor Nicudemus.
Cárm. La culpa tiene el demonio
que vino de los infiernos
á meter la pata.
Peric. Còmo?
tambien me roe usted los huesos?
Agradezca uste á las naguas,
que sino yo le prometo
que esta noche geeria
la casa.
Pepe. Te callas Pedro?
Peric. Por callao: ya tu sabes
que yo en mi via me meto
con gente de cara lisa
Adios, que en la esquina espero (*vas*)
Pepe. Pues yo me voi.
Carm. Mire usted
que si se marcha à bureo,
no le vuelvo á hablar jamas.
Pepe. Nadita menos que eso:
sobre que estoi recogido
como un nacoreta.
Carm. Fuego
en cuantos se santifican.
Nicu. Quita la mesa, i entremos
á cenar.
Pepe. Hasta mañana.
Tia. Señor Pepe, entendimiento.
Pepe. Por Dios, no me digan naa.
que á esa muger mas la quiero
que á mi madre; créalo usted
que lo digo yo: hasta luego. (*vase.*)
Carm. Por usted lo dejo ir.
Nicu. Vamos á dentro y cenemos...
Tia. Que gran bestia que es tu padre!
Carm. Por su merced me contengo.

No sé como á usted gustó
un señor tan majadero. (*vanse.*)

Sala con cornucopias: Lorenzo poniendo las velas, encendiéndolas, y Juanillo arrimando sillas.

Juan. Habrá bastantes silletas?
Loren. Si acaso nos sobra tiempo
haré traer los sillones
de Periquillo el barbero,
que darán ser à la sala.

Sale Chamorro con una servilleta debajo de la capa, y un gallego con tres frascos de vino.

Cham. Adonde se pone esto?
Loren. Que traes Chamorrillo?
Cham. El pan,
i los frascos el gallego.
Loren. Juanillo, velos llevando
í ponlos con mucho tiento
sobre la mesa.
Juan. Galicia,
dame esos dos.
Gall. I el tercciro
para mi?
Juan. Una majaa... (*vase.*)
Loren. Le has pagado al mandadero?
Cham. Yo no.
Loren. Pues toma el mandado. (*le paga*)
Sal. Juan. Dame el otro.
Gall. Por san Pedro
déiseme que me despida,
pegándole cuatro besos. (*v. Gall.*)
Juan. Márchate de aqui tunante:
Cham. Has gastao mucho, Lorenzo?
Loren. Hombre, si estoi aturdido:
lo menos sus nueve pesos
he consumio.
Cham. Despues
recogerás tu dinero.
Lo que has de hacer, es cargar

la cuenta, y asi podremos
jamar de gorra.

Loren. Cabal:
piensas que me mamo el deo?

Salen Mateo y Curra de majos.

Mat. Buenas noches, Lorenzillo.

Loren. Entra, i siéntate, Mateo.

Curr. Lo ves?

Mat. Qué?

Curr. Que en todas partes
hemos de ser los primeros.

Mat. Asi no te aguardarán,
i elegiras el asiento
que te dé la gana.

Curr. En tanto
tendré el entretenimiento
de ver si acaban las vigas
en oro, en plata, ó en hierro.

Mat. Que cuidao te se dá
de estar sola?

Curr. I á que efecto
salgo yo, sino á que vean
esta cara i este cuerpo?

Mat. Pues mira, mañana mismo
en el balcon te presento
con tu gorro, i tu botarga,
i te verá medio pueblo.

Curr. Ea que estas como sueles.

Mat. Poco á poco: ¿cómo suelo
estar yo?

Curr. Como un vinagre.

Mat. Pues najeza sino peto,
que no hai fruta mas de sobra
que hombres como caramelos.

Salen Perico i Nicolasa de majos.

Peric. Entre usted sin cortea
señora, porque aqui semos
todos unos: á sentarse;

buenas noches, caballeros.
Loren. Periquillo, bien venio,
i la compaña.
Nicol. Qué fresco
está este baile! Oiga usted,
casi, casi ya me siento
baldada de solo entrar.
Peric. No tema usted que mui presto
sudará.
Nicol. Me alegraré,
que tengo pasmo en los huesos.
Curr. Oyes, quién es esa?
Mat. Calla.
Curr. No lo dicas?
Mat. Empezemos
con preguntas. Ya te he dicho
que en hablando me mareo.

Salen Mariana peinada, i Estevan de peluquero.

Estev. Estoi á los pies de ustedes,
Madamas.
Mar. Señoras, beso
á ustedes las manos.
Loren. Bravo.
Peri. Cla que esto va subiendo
de punto.
Nicol. Miren que trapo!
relumbrones en el cuerpo,
i en su casa hai tres silletas
desfondadas.
Estev. Qué estás viendo?
Mar. El mal pelage que tienen
esas mugeres.
Estev. En eso
verás lo que vale ser
amiga de un peluquero.
Mar. Se me ha descompuesto algo
con el aire?
Estev. Está perfecto:

supongo que con ninguna
de las señoras que peino,
aunque me lo pagan mucho,
i me regalan, me esmero
como contigo... Perdona,
que hai un alfiler mal puesto.
De qué se rien pichona?

Mar. Qué bufonada!

Estev. Que pelo
tan rubio i tan abundante!

Nicol. Asi fuera todo nuestro.

Mar. Pues de quien es?

Nicol. Mui de usted.
señora, yo asi lo creo,
pues al fin le habrà costado
su regalado dinero.

Mar. O no.

Estev. Si todo es envidia;
que se mueran i callemos.

Sale Miguelillo el vicho con capoton i montera mui embozado: atraviesa el teatro como reconociendo á las mugeres, i se para en la puerta de la izquierda.

Peric. Quién será este mono?

Nicol. Sobre
que quiere reconocernos.

Mat. Habrase visto figura...

Curr. A que le pego al trastuelo
un sopapo en la montera?

Mar. Qué impolítico!

Estev. El muñeco
me ha hecho gracia.

Loren. Miguelillo
á que son estos misterios?

Mig. No me hables que esta noche
me importa estar encubierto.

Cham. I que santo es el tapujo?

Mig. Eso, yo me sé mi cuento,

Loren. Ven á tocar la guitarra.

Mig. Déjame quieto, Lorenzo.
Cham. Larga el capoton.
Le quita el capoton i le trae la guitarra.
Mig. Chamorro,
no me muelas.
Cham. Pues yo quiero.
Mig. Que sangre tienen ustedes!
Loren. Vaya, toma el instrumento, (*se sienta*)
Salen Pepe, i Lora de maja.
Dent. Pepe. Lorenzillo?
Loren. Quién me llama?
Dent. Pepe. Sácate aunque sea un deo
encendido con mil diantres.
Toma una luz i vase.
Mat. Es Pepillo el zapatero?
Estev. El es.
Nicol. Si traerà à la novia?
Estev. Puede ser, ya lo veremos.
Sale Pepe. Salú i pesetas à cuantos
matrimonios i solteros
honran el cónclave. Amen.
Lora. Dios guarde todo lo bueno.
Estev. Me ha gustado la entradilla.
Pepe. Elige á tu gusto asiento,
que aqui nadie representa
mas que un duro.
Lora. Aqui me quedo.
Que séria que está la gente!
Pepe. En unos es el respeto
que a mi me tienen, i en otros
es el deslumbramiento
que les causò de repente
la luz de ese firmamento.
Lora. Diga usted aquella señora
es hija de algun platero?
Pepe. No.
Lora. Pues sin duda ha bajado
la plata i oro de precio,

porque la madama trae
como una píldora el cuerpo.

Peric. Miguelillo, una palabra;
ven á este lado Mateo,
i hagamos corro.

Los dos. Qué hai?

Peric. No veis que nuevo salero
se ha encontrado el aguilucho
de Pepillo el zapatero?

Mig. Por cierto que es brava moza.

Mat. I nosotros sufriremos
que estando aqui la sustancia
de la majeza, ese feo
tenga la mejor pareja?

Mig. Dices bien.

Peric. Pero que haremos?

Mat. Peguémosle un chasco.

Peric. Cómo?

Mat. Vereis que buen pensamiento.

Nicol. Qué conversacion es esa?

Peric. No te importa á ti.

Nicol. Me alegro:
si tú no me la pagares
pierda yo el nombre que tengo.

Pepe. Se empieza usted á divertir
salada mia?

Lora. Agradezco
la ternura.

Pepe. Si es asi,
ya lo mas tenemos hecho.

Lora. Para divertirme mas,
esplíqueme usted primero
quienes son estas señoras.

Pepe. Con mucho gusto, mi dueño.
Esa niña tan peinada,
sirviò tres años i medio
á Juanilla la Virloca;
hasta que cierto sugeto

le armó una tienda de seda,
i se entroncò en el comercio.

Lora. Ya sé quien es. Esta tiene
los almacenes adentro:
porque solo hai en la tienda,
dos madejas de hilo negro,
cuatro botes sin pomada,
i cinco velas de sebo.

Maj. Que tal, es buena humorada?

Peric. Es un grande pensamiento;
embromarlo, mientras yo
voi con el soplo.

Nicol. Qué es eso?
qué inquietud es esta?

Peric. Nada.

Nicol. Pues á donde vas?

Peric. Ya vulelvo. (*vase*)

Nicol. Anda con Dios que quizá
no me hallarás en volviendo.

Lora. Ya; con que aquella señora
padece males añejos,
i ha venido á esta ciudad
á mudar temperamento?

Pepe. I la que está en este lado,
ahora poco estuvo haciendo
ejercicios en la iglesia
de santa Elena.

Lora. Mui bueno;
i como sea devota
nunca serán los postreros.

Llega Mateo, i se sienta al lado de Lora.

Pepe. Alabo la confianza.

Mat. Si vengo á darte un consejo;
mira Pepe, cada dia
mas i mas estàs gediendo
á boda, i asi no debes
engañar á los sugetos.

Lora. Qué es eso? Con que el señor

está tratando himeneo
en otra parte?

Mat. Muchito.

Lora. I qué responde uste á esto?

Pepe. Que es una pura mentira,
porque en toito este pueblo
no hai moza que me dé golpe
sino usted.

Mig. Si sé de cierto
que mañana han de tomarte
los dichos.

Pepe. Mira, fideo,
vé á hablar tú con los de pico
redondo.

Curr. Señor Mateo,
ya me canso de sufrir;
qué significa este empeño?

Mat. Vete otra vez à tu sitio.

Curr. La que quiera tener perros
de orejas, que se levante,
i se vaya al matadero.

Lora. Oiga usted, señora mia,
llévese al suyo al momento,
que acà no necesitamos
de pachones.

Estev. Perdiguero
lo tiene uste aqui, si gusta.

Mar. Quién te mete á ti en enredos
con esa gente?

Lora. So dama
de corralon, tenga freno,
si no pretende que barra
con el erizon el suelo.

Pepe. Caballeros, safarrancho,
que ya me voi yo poniendo
templaito.

Loren. Poco à poco,
i en mi casa no haya estruendo.

Cham. En empezando à bailar
calma todo.
Loren. Pues qué hacemos?
pronto el chandé.
Estev. No señor,
eso está mui mal dispuesto,
que habiendo aqui una señora
peinada, es justo empezemos
los dos con un minuét.
Mat. Dejad los arrastraderos
de piés, i bailen fandango.
Pepe. El zorongo es lo primero.
Mag. Las boleras.
Mat. El fandango.
Pepe. Que haya zorongo, ó me duermo.
Sal. Perico. Que bulla es esta? Ya viene
ahí esa gente.
Mat. Me alegro.
Salen tio Nicudemus, Carmen i tia Pepa.
Carm. Negará usted, señor Pepe,
lo mismo que estoi yo viendo?
Es usté un falso, un indigno.
Lora. Señor Pepe, qué aguacero
es este que se descuelga?
Pepe. No se asuste usted por eso,
que pasada la tormenta
se queda el cielo sereno.
Carm. Qué fresco que se ha quedado
el tunante! estos, estos
son los hombres de hoi en dia.
Nic. Primero le daré á un negro
mi hija.
Tia. Vaya, señor Pepe,
que no sabe uste el mal tercio
que nos ha hecho.
Carm. I la puerca
que me lo está entreteniendo
debiera mirar...

Lora. Chitito,
i hable usted con mas respeto:
sino quiere que à su novio
ninguna le dé un asiento,
¿por qué no le estampa encima
de las quijadas el jierro
como se hace con los potros?
Carm. Si, pero usted me lo engrie.
Lora. Yo engreirlo? Si rebiento
de risa! Mire usted, mi alma;
si quiere no perder tiempo,
dele usied cuatro dobleces
á su larguirucho cuerpo,
i métaselo en la bolsa,
que nosotros pagaremos
por ver un juego de manos
rídículo, pero bueno.
Pepe. Seña Lorita, por Dios
no hai que ajarme, que yo vengo
con uste, i ninguna tiene
mando sobre mi pellejo.
Carm. Con que no tengo dominio?
Pepe. I en lo dicho me mantengo:
nos ha dao el señor cura
la manotáa?
Carm. Que gran perro!
Pepe. Acabóse: seña Lora
vámonos à tomar viento.
Lora. Si quiere tomarlo, vaya
à darle en la cara un beso
al Hèrcules, que en mi casa
me abren siempre que yo llego.
Adios señores.
Mig. Mi vida,
quiere le vaya sirviendo?
Mat. Yo estoi aqui.
Lora. Nadie salga
de la sala; pues no quiero

que por mi se quede manca
la contradanza de feos.

Pepe. Téngase usted, seña lora,
que uste ha venido al festejo
conmigo, i no es regular
se vaya sola.

Lora. Mi dueño,
satisfaga usted, esa niña;
dígale que deje el miedo,
que nadie le envidia el novio,
i si acaso en algun tiempo
se le perdiere, que vaya
recorriendo los fonderos,
i lo hallará con su cuadro
colgado de algun testero. (*vase*)

Todos. Ha, ha, ha, que lindo queda!

Pepe. Simplonazos, si son celos
los que lleva esa muger:
un par de duros apuesto
á que á la pobre esta noche
le casca un flato de aquellos
que llaman todas dolor
Nifritico,

Todos. Qué embustero!

Nicu Vàmonos hija.

Pepe. Despacio:
tráete al instante, Lorenzo,
un poco de chimisturri.

Loren. Voi por él.

Carm. Sino bebemos.

Pepe. Chitito.

Tia No hai que cansarse.

Sale Lorenzo con un vaso i un frasco.

Loren. Toma.

Pepe. Tio Nicudemus,
Usté es hombre de razon:
vaya un trago.

Nicu. Es mui bueno (*lo prueba*)

i abocadito.

Pepe. Hasta ver
el fondo.

Carm. Vámonos presto.

Pepe. Dígale usted que se quede
á cenar.

Nicu. Yo lo deseo,
porque el vino es mui suave.
Vaya Cármen cenaremos
con señor Pepe.

Carm. Un demonio
para él.

Loren. Dejen los celos,
que en la mesa pueden darse
satisfacciones.

Pepe. No demos
que decir.

Nicu. Mira muchacha
que te lo suplico.

Todos. Entremos
á cenar.

Pepe. Vaya monita *(de rodillas)*
de todos mis pensamientos,
perdona.

Todos. Perdon, perdon.

Carm. A bien que dentro hablaremos.

Loren. Señores, que las anchoas
se enfrian.

Pepe. Pues vamos presto...

Todos. Pidiendo todos rendidos
el perdon de nuestros yerros.

FIN.

LA CASA DE VECINDAD.

PERSONAS.

D. Simeon, casero.
D. José, administrador de la casa.
Doña Blasa, casera.
Doña Clelia.
Pepa, muger de Curro.
Juana, hija de tia Maria.
Teresa, muger de Andres.
Tia Maria.
Curro.
Andres, ciego.
Pablo, ciego.
Jorge, ciego.
Nicolas, zapatero.
Montañes.
Rondin.
Dos disfrazados.

LA CASA DE VECINDAD.

La escena es en el patio de una casa de vecindad, en medio un brocal de algibe; el zapatero tendrá su mesilla á un lado, las puertas de los cuartos numeradas. Sale Teresa de su cuarto i llega á la puerta de tia Maria.

Teres. Tia Maria, escuche usted.
Sale tia. Mande usted, seña Teresa?
Teres. Me hace favor de prestarme
por un rato su cubeta?
Tia. Voi por ella. *(se entra)*
Sale Clelia. Buenos dias.
Teres. Dios guarde á usted, doña Clelia.
Sale tia. Tome usté i tenga cuidado (*con la cubeta.*)
no se defonde, que es nueva.
Teres. Está bien.
Clel. Saben Vds.
la fiesta que hoi nos espera?
Teres. Yo no sé nada.
Tia. Tomemos

un polvito. La cajeta.

Teres. El de usté es cucarachero? (*á Clelia.*)

Clel. I mui suave. Pues sepan
que hoi se nombra por casero
á don Simeon de las Cuevas.

Tia. Conque ese gran perdulario
nos ha de mandar?

Teres. La puerca
de su muger, que estirada
se pondrá!

Tia. Ya no se acuerda
de cuando frió pescado
en la puerta de una tienda.

Clel. Cuando vivia mi esposo
el intendente, diversas
veces me encaló la casa
don Simeon.

Tia. I el fachenda...
se imagina un potentado;
porque vende cuatro prendas.
Que entra el administrador.

Sal D. José. Señoras à la obediencia.

Todas. Dios guarde á usted.

José. Doña Blasa?

Sale Blasa. Qué manda usted?

José. Que ahora venga
don Simeon, i con eso
haré aquella diligencia.

Blasa. Está poniéndose el fraque:
Simeon?

Sale Sime. Quién Simeonca?

José. Yo soi.

Sim. Señor don José
entre usted.

José. Vengo de priesa.
Llame usted á los vecinos.

Sim. Vecinos salgan á fuera
que está el administrador

esperando.

Sale Nicol. Quién vocea?

Sale Juana. Qué es esto, madre?

Tia. Que hai
nombramiento de casera.

José. Desde hoi conocerán todos
à don Simeon de Cuevas
por casero; pues en vi ta
de su honradez i prudencia,
no hai duda conservarà
la quietud que se desea.

Sime. Oh! todo andará derecho;
i si no justicia seca.

Tia. Has visto como se ha hinchado?

Juana. El demonio del fachenda.

Sime. Las llaves.

José. En donde están?

Clel. Yo tengo la de la puerta,
tome usted. (*se la dá*)

Sime. La del algibe.

Ter. En sacando esta cubeta
se la daré.

Sime. Venga acá,
que esta ceremonia es fuerza.

Nicol. Yo pensé que era otra cosa (*se sienta*
la llamada. *á trabajar.*)

José. Ustedes tengan (*á Simeon.*)
buen modo con los vecinos,
i cuiden que las viviendas
no se atrasen.

Blas. Yo me encargo
de semejante tarea.

José. Bien: adios don Simeon.

Sime. Si usté un instante se espera
le haremos ahora un pocillo
de chocolate.

José. Se aprecia:
adios, adios.

Tia. Vamos hija,
que se acabó la comedia.
Ter. Yo despues sacaré el agua.
Clel. Adios Nicolas
Nicol. Mi prenda,
sepa usted que la requiero.
Sime. Sácame, Blasa, aqui fuera
el sillon, porque es preciso
ver los que salen i entran.
Blas. Voi por él. (*vase*)
Sim. Los espejuelos
me pondré, porque hai culebras
que se mudan el pellejo,
i en un volver de cabeza
se escurren como una anguila
por las rajas de las puertas.
Sale Blasa. Siéntate, hijito (*con sillon de brazos.*)
Sim. Gran silla!
Me imagino en la eminencia
de la torre de Recaño,
viendo si descubro veïa.
Blas. Llama, si descubres algo,
que yo tambien soi casera. (*vase.*)
Sale de su cuarto Andres, ciego, con libros i papeles.
And. Donde está el casero nuevo?
Sim. Aqui estoi de residencia.
Diga usted que se le ofrece.
And. Dar á usted la enhorabuena.
Por fin gobierna la casa
un sugeto que nos pueda
valer en algo.
Sim. Asi es;
como que tuve una mesa
en las losas de Cabildo,
i mientras duró la guerra
manejaba de la escuadra
toda las correspondencias.
And. Que cosas sabrá usted!

Sim. Yo
confesaba á las solteras,
casadas, i otras mugeres
que no supe lo que eran.
And. Válgame Dios.
Sim. I por fin
que se lleva ahora de venta.
And. La cueva de san Patricio,
el Trisagio, la Gaceta,
la Ordenanza Currutaca,
i otras cuantas frioleras.
Sim. Me alegro.
And. Don Simeon
ordene usted cuanto quiera. (*vase*)
Sim. Vaya usted con Dios.
Sale Ter. Vecino
me echará uste una puntera
en este zapato?
Nicol. Mucho ;
aunque sea una docena;
sobre que quiero labrar
su voluntad.
Ter. Una pera
he de regalarle à usted;
vaya usted luego por ella.
Sim. Niña, no acercarse tanto;
porque el cerote se pega.
Ter. Si vengo á que me remiende
un zapato.
Sim. En hora buena,
pero se debe hablar alto
para que todos lo entiendan.
Que flujo tienen de oler
los resuellos estas hembras,
sin mirar que por las bocas
entran muchas epidemias.
Sale Blasa Qué ha sucedido?
Sim. Esa niña?

que se picó con la lesna,
i la digo que no juegue
con armas punzantes.

Blas. Ea,
retírese uste à su cuarto.

Ter. No le respondo dos frescas
porque no estoi para riñas. (*vase*)

Nicol. Pecho, señora casera,
que ahora empieza uste à vivir
i camina mui de priesa.

Sim. Entrate á fregar los platos.

Blas. Ya sabi é poner enmienda.
cuchicheos? yo les juro
que sueñen con la casera.

Sale Curro. Dios guarde á usted. (*de tuno.*)

Sim. Chis, mocito.

Curr. Qué se le ofrece á usted, prenda?

Sim. A quién busca?

Curr. A usted no es.

Sim. Pues á quién? dé usted respuesta.

Curr. Es usted pesquisior?

Sim. Soi el casero.

Curr. Canela,
que casero tan decente
ha echado la casa esta.

Sim. Se lo estimo, pero al grano.

Curr. Pues, caballero, usted sepa
que soi el novio de Juana
la Choncha.

Sim. S a en hora buena.
Usted pretende ser útil
á la patria. Qué culebra! (*apart.*)
Pues amigo, en esta casa
ya todas son recoletas,
i no reciben visitas.

Curr. De suerte es i de manera
que las casas se han labrado
para entrar gentes en ella,

Sim. Eso es conforme.
Curr. A los hombres
que entramos por cosa buena
no se les pone reparo.
Sim. Yo lo pongo, porque en esta,
i otras casas, las mocitas
en todo el dia no cesan.
daca el novio, toma el novio
i anda la marimorena.
Curr. Mire usted que yo... (*i Juana*)
Sale Tia. Quién grita?
Juana. Currillo, por qué no entras?
Sale Blas. Quién ha de entrar?
Sim. Este mozo
que quiere se le conceda
el pasaporte de novio.
Blas. No hai novios que valga: ea,
i no quiero ver fantasmas,
que me asusto.
Tia. Mi casera,
ya ve usted que las muchachas
no se han de quedar doncellas.
Juana. Canasto con doña Blasa:
á fé que cuando soltera
le gustaria tener
dos dedos de su silleta
al señor don Simeon.
Curr. Eso es regular: cualquiera
que tiene un novio, si puede
cuchichear á la oreja,
jamas se vale de cartas
á riesgo de que se pierdan.
Blas. Yo no entraré por ahì.
Sim. Pensémoslo con prudencia:
considera, doña Blasa
que á cada momento hai guerra,
i que es menester soldados
i marineros.

Blas. Es fuerza,
ya lo veo: mas tambien
no deben no, las mozuelas
estar, mientras no se casan
jugando con las monteras.

Sim. Yo pondré en esto remedio.
Señores, sirva de regla:
desde este dia el brocal
del algibe es la palestra
de los novios: desde alli
hagan gestitos i señas,
porque cosa de pelliscos,
pisaditas, i otras tretas,
no será mientras yo empuñe
la gran llave de la puerta.

Curr. Està bien: poco me importa,
como yo à Juana la vea,
mas que me tengan colgao
del pescante.

Tia. La silleta,
i ponte à coser tambien
delante de tu vivienda.

Juana. Cabal que lo harè: yo soi
testaruda, i si me aprietan
le he de hablar aunque me cueste
salir por una gatera.

Blas. Vaya, Simeon que puedes
gobernar una galera.

Sim. Ya veràs como yo pongo
la casita.

Saca Juana la silla i la costura, i se pone á coser á la puerta de su vivienda, i Curro está echado en el brocal del algibe.

Niña, cuenta
no se le salte á uste un ojo.

Juana. Poco durarà la beda.

Sim. Vaya, vete á tus quehaceres.

Blas. Dame una voz si alguien entra. (*vase.*)

Sale el montañes con un vaso.

Sim. Montañesillo?

Mont. Qué hai?

Sim. Qué es lo que en el vaso llevas? (*toma*

Mont. Champurrao. *el vaso i lo mira*)

Sale Teresa. Vecinito
no viene usted?

Desde la puerta de su cuarto.

Nicol. Ya voi prenda.

Se levanta con recato i entra en el cuarto.

Sim. Aqui habrà medio cuartillo:
donde vas?

Mont. A la vivienda
de alli enfrente.

Sim. Bueno, bueno:
miren la dama intendenta
que latigazos se tira!
Blasita?

Sale Blasa. Qué quieres?

Sim. Llega
i mira los lamedores
que se toma doña Clelia.

Blas. Aver la noble señora;
miren como se calienta
el ilustrísimo vientre.

Sale Clelia. Muchacho, por qué no llegas?

Mont. Si aqui estan mirando el vaso.

Clel. Está buena la insolencia;
el diablo de los fisgones.

Blas. Cuidadito con la lengua,
que aun no puede el champurrado
trastornarle la cabeza

Clel. Eso es decirme borracha.

Sim. No adelantar la materia;
aficionada no mas
al aguardiente i mistela.

Clel. Váyase mui noramala,
i advierta que doña Clelia

no ha sido muger de un pobre
encalador.

Blas. Pues que era
su marido?

Clel. Un intendente.

Sim. Nos conocimos en Ceuta;
por señas que luego fué
cuando obtuvo la intendencia
del boquete, i fomentó
el ramo de las pajuelas.

Clel. Por vida....

Sale Andres, Pablo i Jorge, ciegos con guitarra.

And. No haya camorra,
que viene á casa la fiesta.

Clel. Dame el vaso i luego vuelve. (*vase el Mon.*)

Sim. Qué es esto Andres?

And. Mi Teresa
quiere oir unas coplitas
que hemos sacado ahora nuevas.

Sim. Pues cosa que dure poco,
que no quiero en casa gresca.

Se encaminan hácia el cuarto de Teresa.

Andr. Si señor, pronto acabamos.

Curr. Al que está en la ratonera
que tal le irá?

Juan. Vente dentro
si acaso hubiere pendencia.

Pónense los ciegos á la puerta de Teresa, entra Andres mientras los otros cantan.

Cantan los ciegos.

Los señores currutacos
solicitan que las damas
como ellos son machi-hembras
tambien sean mari-machas.
Ai tira busin

ai tira buson
señor currutaco
estire el calzon
busin, buson
estire el calzon.

Salen del cuarto Teresa i Nicolas huyendo, i Andres detras tirando palos, i los demas ciegos hacen lo mismo.

Ter. Que me mata mi marido.
Nicol. Caramba que palos pega!
And. Hombre dentro de mi casa?
Jor. Llueven palos? pues que lluevan.
Sim. Ola, en casa estos ruidos?
Blas. Don Simeon, no te metas
entre ciegos.
Pabl. Al que coja
le abro un jeme de cabeza.
Juan. Vente Currillo.
Curr. Allá voi
puesto que el mundo se quema.
Sim. Andres, que soi el casero,
no me rompas una pierna.
Ter. Tente, Andres.
Nicol. Voi à tomar
el tranchete.
And. Ah! mala hembra!
Blas. Vecinos, favor, favor.
à la señora casera.
Sim. Ya basta, ó llamo al rondin.
And. Señor casero, esa perra
estaba con un mozuelo
en picos pardos.
Ter. No mientas,
que pensaràn que yo ando
en malos pasos.
And. Quién era
el que hablaba gordo? dí.

Tere. El zapatero, so bestia,
que entró á llevarme un zapato
compuesto.
And. Mira Teresa,
qué mi garrote ha de oler
todas tus picardigüelas.
Sim. Andres, pierda usté cuidado
que yo estoi de centinela:
vecinos, de aqui adelante
salgan todas à sus puertas
à pagar al zapatero,
porque yo no quiero cuentas
á puerta cerrada.
And. Bien,
es famosa providencia.
Ven adentro buena maula,
Ter. Maldita mil veces sea
tu música. (*vase.*)
And. Compañeros
á tomar una epidemia. (*vase al cuarto.*)
Pabl. Vamos á donde quisieres.
Sim. Donde está la buena pieza
de Nicolas? Nicolas? (*llámale.*)
Sale Nicol. Queso fresco? (*con capa i sombrero.*)
Sim. Usté no vuelva
á cobrar jamas trabajo
dentro de alguna vivienda.
Nic. Pues hai en eso algo malo?
Sim. Si señor, porque se enredan,
como hai poca luz, las manos
i suceden mil tragedias.
No señor, á campo raso
donde todo el mundo vea. (*se sienta.*)
Nicol. Que no he de poder buscar
mi vida sin que me vengan
á jurgar. Pues no, conmigo
mui poquitas cuchufletas
porque si largo la capa

ningun santo me menea.

Sim. Siéntese usté á trabajar.

Nicol. Yo me voi á la taberna
porque estoi mui sofocado. (*vase*)

Sale Pepa. Dios guarde la gente buena. (*con saya*
Qué se alquila? *i mantilla.*)

Blas. Una salita
con su alcoba.

Pepa. Puedo verla?

Sim. La verá usted; pero antes
hablemos de la materia.
Arrímame ese sillon. (*se lo arrima*)

Pepa. Es paso de residencia?
Me parece usté Caifas
con las narices mal hechas.

Sim. Niña, que soi el casero,
hable usted con mas decencia.

Pepa. Vaya si quiero reirme;
i qué ceremonia es esta?

Sim. Responda usté i lo sabrá.
Diga usted niña, es soltera?

Pep. No señor, tengo á Dios gracias
marido que me mantenga.

Sim. Està mui bien; tiene niños?

Pep. Hasta ahora está la hacienda
sin heredero: quien sabe:
ya ve usted que no soi vieja,
i si ahora no hai ninguno
mañana habrá una docena.

Sim. Eso es aparte: el que nazca
en virtud de la influencia
de estas paredes, será
bien recibido.

Blas. Se piensa
con juicio en aquesta casa,
como que soi la casera.

Pep. Ya lo dije yo al instante.

Sim. Volvamos á la materia:

tiene usted muchas visitas?

Pep. Un primo mio solo entra
i eso de dos en dos dias
i está tres horas i media.

Sim. Primito? luego lo dije.
Sacaremos la cajeta *(toma un polvo.)*
para tragar á este primo.

Pep. No tenga usted mala lengua,
que un hombre con casacon
ha de pensar con nobleza.

Sim. Tres horas i media, niña?
Cómo tiene usted paciencia
para mirar tanto tiempo
una misma cara?

Pepa. Esas
no son cuentas de caseros.

Sim. Si señora, que son cuentas,
que en infestándose un cuarto
toda la casa se apesta.

Pep. Pues està mui bien: si acaso
me acomoda la vivienda
se acortará la visita.

Sim. Pero es preciso le advierta
que yo debo ver la carta
de casamiento.

Pep. Qué tretas!
de aqui saldrán las vecinas
para la Gloria derechas.

Sim. En mi casa todo es puro.

Pep. No habrá bastante cosecha
de palmas para las niñas
que en este colegio mueran.

Sim. En fin, à usted le acomoda?

Pep. Pues ya se vé que me peta,
i hasta la fé de bautismo
de mi madre i de mi abuela
le traeré, por si es preciso
hacer pruebas de pureza.

Sim. Bien iré á abrirle la sala.
Blas. Eso toca á la casera.
Sim. Pues llévala.

Sale Curro despidiéndose de Juana i tia Maria à la puerta del cuarto.

Curr. Adios Juanita.
Juan. Curro mio hasta la vuelta.
Pep. Quién ha de volver, señora?
Curr. Se vino la casa á cuestas.
Pep. Hombre mal entretenido,
tú en visitas de mozuelas?
No te dije el otro dia
que sabria la huronera
donde te metes, indigno?
Sim. Doña Blasa, abrid la oreja
para hacer luego justicia.
Juan. Oiga usted, doña Espetera,
si es alguna pelandrusca
que anda tras de las pesetas,
sepa usted que el señor Curro
en el dia solo piensa
ponerse en gracia de Dios.
Pep. Es usted la penitencia?
Tia. Si señora, que es su novio,
i están las cosas dispuestas
para de aqui en tres semanas
irse juntos á la iglesia.
Pep. Señor Currito, qué es esto?
ha sacado usted licencia
del gran Turco para hacer
algun serrallo? Canela!
que se ha vuelto entre las manos
morisco. Menee la lengua
que no le han puesto mordaza.
Curr. Si esto es una chanza, Pepa;
la verdad, por divertirme...
bien sabes tu la madera

de mis cascos.

Juan. Ah mal hombre!
con que ha sido estratagema
para burlarte de mi?

Curr. De suerte es, i de manera
que como las cosas... nadie...
ya se ve, sino se piensan...
i en fin soi hombre...

Juan. Bribon,
engañar á una doncella!
vive Dios que he de arrancarte
las asaduras.

Pep. So puerca,
à mi marido, ninguna
lo maltrata en mi presencia.

Juan. Vaya mucho noramala.

Pep. A que le doi media vuelta
i le bajo á usted la rabia
como á los niños de escuela.

Tia. A mi hija?

Juan. Usted conmigo? (*se arañan.*)

Pep. Con todos i mas que hubiera.

Sim. Silencio, que yo hasta aqui
no he despegado mi lengua:
señoras, que habla el casero.

Blas. Respeten á la casera.

Pep. Miren que par de figuras
para puestas en la feria.

Sim. Conténgase usted sino
don Simeon de las Cuevas
la pondrà como merece.

Curr. Don Simeon, ó don Pelma,
mire usted que esa casaca
no está bendita, i me tienta
el diablo por sacudirle
en los lomos una felpa.

Sim. Lo pondré yo en un presidio.

Curr. Yo le abriré la cabeza.

Sim. Mire que soi el casero.
Sale Clelia. Quién grita? (*i todos los vecinos.*)
And. i Tere. Què gresca es esta?
Blas. Que matan á Simeon.
Sale Rondin Aqui suena la pendencia. (*i disfrazados.*)
Qué es esto? Ténganse todos.
Sim. Justicia si hai en la tierra.
Señor ministro, oiga usted,
atreverse à la cabeza
de un casero! Pronto, pronto
amárrenlo con cien cuerdas.
Rond. Pero sepamos la causa.
Pep. Señor ministro, esa puerca
entretiene á mi marido:
la verdad, nada hai que duela
como la costilla, i yo
le dije no sé que fresca:
anduvo con muchos gritos,
agarrélas por las greñas
i si me la dejan, corre
viento en popa una tormenta
que no hubiera en quince dias
puesto la quilla en la arena.
Sim. Ella no tiene la culpa,
porque cualquiera doncella
debe buscar su remedio,
i mas cuando se escasean
tanto los novios, que un ojo
de la cara á muchas cuesta;
el bribon que la engañó
merece pagar la pena,
i despues poner la mano
sacrílega, en la melena
del casero! No, no quiero
bajarme de la querella.
Rond. Prendan al señor.
Curr. A mi?
Conque por novio me llevan

á la cárcel?

Rond. No: por vago
i escandaloso, me es fuerza
asegurarlo i dar parte.

Pep. Por eso tu no te mueras
que yo tengo todavia
gente que me favorezca.

Curr. A nadie come la carcel,
i sobre todo paciencia.

Rond. Señores, que no haya mas
alborotos ni quimeras.
Vamos.

Curr. Mi don Simeon,
vacie usted la calavera
de tanto viento, pues luego
que salga de en casa de Abuela
quiero venir à decirle
dos palabras à la oreja. (*lo llevan.*)

Pep. Adios niña, i no se aflija,
que si casarse desea
niños hay en el hospicio,
i si acaso no le petan,
créame usted, busque al instante
donde estar de cocinera,
porque los desesperados
en el dia no se encuentran. (*vase.*)

Juan. Que desgraciada que soi.

Sim. Cuenta señoras solteras,
que ya no recibo novio
sin que traiga papeleta
del cura.

Clel. Yo me despido.

Sim. Ve á poner luego la cédula. (*á Blasa.*)

Tia. Ven á dentro i deja el llanto.

Juan. Si me muero de vergüenza.

And. Don Simeon, cuidadito
con celar á mi Teresa.

Sim. Los que quieran encargarme

á sus mugeres, que vengan
á mi cuarto, i hablaremos
despacio de la materia.

And. Vamos todos suplicando

Todos. Perdonen las faltas nuestras.

FIN.

LOS ZAPATOS.

PERSONAS.

Manolo.
Andres, su compadre.
Tio Pedro.
Mariana, querida de Manolo.
Felipe, amigo de Manolo.
Ines, amiga de Mariana.
Hombres i mugeres del baile.
Un montañes.
Juan el Pelado.

LOS MAPATOS.

Calle corta: á la izquierda una puerta de tienda de montañes con su estrenque; i una buñolera con su candil encendido. Manolo i Felipe con los vasos en la mano, i en la otra un buñuelo, en la puerta de la tienda. Mariana pasa del segundo bastidor de la izquierda hácia el de la derecha, i al verla Manolo i Felipe se adelantan á alcanzarla al medio del teatro.

Manol. Tia Maria?
Buñ. Qué se ofrece?
Mano. Vaya por junto un ochavo,
i escòjame usté al instante
un buñuelo del tamaño
de una rueda de Molino.
Buñ. Tome usted.
Feli. Que yo lo pago:
de nadie tome usted plata.
Mano. Por qué te metes en gastos?
Feli. Si fundo mi vanidad
en ser yo siempre el pagano.
Mano. Ce, salero; escuche usted:
que vivan los cuerpos majos!

Tírelo usted Serafin.
á este buñuelo un bocado.

Mar. Ya está usted servido.

Man. Ahora
para escusarse un empacho,
enjuáguese usted la boca. (*le da el vaso.*)

Felip. Manolo, toma ese vaso.

Mano. No es menester: Farruquillo?

Sale Mont. Quién grita? se ofrece algo?

Mano. Que se me seca el gañote.

Mont. Una chiquita? (*vase el montañes.*)

Mano. Del blanco.
Vaya, salero, el lebrillo
alli nos está esperando:
tome usted cuanto quisiere.

Mar. Usted viva muchos años.

Mano. Sin cortedad, porque yo
traigo siempre cuatro cuartos
para gastar con las mozas
de rumbo.

Felip. I si no, yo traigo
otros cuatro en el bolsillo.

Mar. Viva la gente de garbo.

Sale Mont. La chiquita.

Mano. Pues, salero,
á que juntos nos veamos
pasao mañana en la gloria
del ventorrillo del Chato.

Mar. I el que faltare, que baile
sobre un toro de seis años.

Felip. Yo digo, tan solo, amen. (*beben.*)

Mano. Toma Farruco: á tu amo
que lo raye, vaya, marcha,
ó te doi un cogotazo?

Mont. El diablo de mata medios... (*vase.*)

Mano. Sobre que estaba rabiando
por decirle á usted que estoi
muerto por esos pedazos.

Mar. I yo que me lo creyera!
sepa usted que soi del barrio
donde aprendemos changüí
casi cuando gateamos.
Mano. Que lo diga Felipillo,
si no estoi muerto i penao
por usted.
Mar. Qué jonjabero!
piensa usted que me las trago?
A lo que estaba yo hecha;
sobre que estoi rebentando
en el pellejo de oir
todos esos requebrazos.
Mano. Malditica sea mi alma,
si hai en Cádiz otro garvo
que me dé golpe.
Mar. Usted piensa
que soi Juana Salta Caños?
Vaya, míreme usted bien?
ò pàsese usted las manos
por las legañas, salero.
Mano. Si á esa muger no le hablo
diez años ha: desde el dia
que la encontré en picos pardos
con un mozo de futraque
mas tieso que un campanario,
siempre que la llego á ver
le hago la cruz como al diablo.
Mar. Pero como yo no tengo
ni la majeza, ni el garbo
de Juanilla.
Mano. Calle usted
que mas vale el aparato
de esa persona, que todas
las Juanas que hai en el barrio.
Mar. De veritas?
Mano. De veritas,
porque yo nunca he gastado

saliva en valde.

Mar. Pues bien;
yo vivo aqui mas abajo,
ni gatito, ni perrito
que me ladre: agur salao.

Mano. A donde camina usted?

Mar. A donde? á un baile.

Mano. Sepamos
en donde es la fiesta.

Mar. En casa
del tio Perico el Canario.

Mano. A que tengo todavia
esta noche el gran gustazo
de bailar unas boleras
con usted?

Mar. Pues bien: veamos
si se cumplen las palabras.

Mano. Sobre que lo que yo hablo
se puede escribir.

Mar. Que escupe
un hombre, fuera de vaso.
Hasta luego.

Mano. Adios morena,
vivan los cuerpos salaos.

Feli. Con qué piensas ir al baile?

Mano. Ahora estaba yo pensando
que para bailar boleras
tengo rotos los zapatos.

Feli. Ya el tio Pedro el remendon
habrá guardado los trastos,
que sino con dos puntadas
todo estaba remediado.

Mano. Tienes dinero Felipe?

Feli. Para qué lo quieres?

Mano. Dalo.

Feli. Dime para qué.

Mano. Verás
como vamos en un salto

á comprar unos.

Feli. Adonde?

Mano. En casa del tio Pablo.

Felip. Tendrá cerrada la tienda.

Mano. Pues iremos à buscarlos
á otra parte.

Feli. I que se empiece
en el inter el fandango?

Mano. Qué importa? Dame la plata.

Feli. Pero si no tengo un cuarto.

Mano. Ahora salimos con eso?
Estoi por darte un cantazo
en el nido de las liendres.

Feli. Hombre, no te apures tanto:
mira, si yo fuera tù
le pidiera unos prestados
á tu compadre.

Mano. Es verdad;
pero temo que es temprano
para que él esté en su casa.

Feli. Temprano i està quitando
los muebles la tia Maria?

Mano. Pues entremos en un salto.

Feli. A bien que si no ha venido
podemos alli esperarlo. (*vanse.*)

Casa pobre: en la derecha dan golpes i por la izquierda sale Andres de majo mui machucho.

And. Quién llama? aguarden un poco
i no echen la puerta abajo.
Salen Manolo i Felipe.
Compadrito, que hai de bueno
por acà, se ofrece algo?

Mano. Compadre, traigo un empeño
con usted, venga un cigarro.

And. Yo iba á pedirselo à usted:

Mano. Paciencia, yo iba á comprarlo,
pero quise antes hablarle.

And. Hai negocio en que podamos

servirle á usted?

Mano. Pues señor,
el asunto que yo traigo
se reduce á dos palabras.
Ya sabe usted que el Canario
tiene baile.

And. Ya lo sé,
aunque no me ha convidado.

Man. Pues señor, la Mariana
(la que vive en esta mano
como quien va àcia la Palma...)
torciendo un poquito abajo
aquella que á la Currilla
rebolcó dentro del caño?

Feli. No señor, es una moza
que tiene el pelo castaño,
ojos negros, buena cara,
el cuerpo mui ensillao
i un lunar como un realillo,
sobre una ceja.

And. Ya caigo:
esa estuvo en el hospicio
porque le dió un arañazo
á un maltés que la vestia:
Qué culebra! I què es el caso?

Man. Pues señor esa mozuela
la verdad, me ha regustado
i le he dicho que la quiero:
Hai en esto algo de malo?

And. Ya se vé que no. Esa moza
tiene muchísimo garbo,
asi tuviera mejores
partias. Vamos al grano.

Man. Pues señor, ella me ha dicho
que me espera en el fandango
para que bailemos juntos
el chandé.

And. Pues á que diablos

aguarda usted?

Man. La verdad,
como tengo estos zapatos
tan rotos (que por las puntas
parecen bocas de sapos)
vengo á ver si usted me presta
unos suyos por un rato.

And. Compadrito, sin rodeos,
estoi tan escarmentao
de prestar... El otro dia
vino à pedirme el Pelao
unos calzones, i yo
le fui á prestar los de paño...
pues esa tarde el tunante
(porque lo estaban mirando
dos mozas) se descolgó
por una azotea á un patio,
i al pasar junto al pescante
con un jierro enturtijao
se enganchó por los fondillos
de modo, que me los trajo
á tiras por el embes
como barco empavesao.

Man. Pero compadre, vea usted
que trata con hombres blancos
que saben cuidar lo ageno.

And. Todos dicen otro tanto;
pero lo cierto es, que uno
es quien paga luego el pato.

Man. Vaya, compadre, es posible
que quede yo por un trasto
sin palabra?

Feli. Seor Andres,
advierta usted que es un caso
de honra.

Man. Yo le prometo
que ni siquiera rosaos
los volveré.

Feli. Por la Chata
ambos se lo suplicamos.
And. Pues meten un buen empeño!
No sabe usted que ese trapo
despues de haberla vestido
se enredó con un soldado
que vende por los cafees
cuchillitos i esos palos
conque se rascan los dientes
los usias.
Feli. Son el diablo
las mugeres!
And. Mire usted
dejarme á mi por un traste
tan indecente!
Mano. Compadre,
me presta usted los zapatos?
And. De manera, que si usted
me los cuida...
Felip. Yo los pago,
si se rompen.
And. Calla, hombre,
si no tienes nunca un cuarto.
Compadre, á usted se los presto:
deme usted palabra i mano
de no hacer escobeteos,
ni dar patadas, ni saltos.
Man. Yo se lo prometo á usted.
And. Pues siendo asi, se los traigo. (*vase.*)
Mano. Que endinote es mi compadre.
Feli. Es el mas desconfiado
que yo he visto.
Sale And. Compadrito,
nadie me gana á aseado;
¿sabe usted que tiempo habrá
que los estrené? tres años:
por señas que me los puse
con aquel vestido pardo

de bayeta moteada
que dió golpe en todo el barrio;
i ya ve usted, ni una punta
tiene rozada.

Mano. Me espanto
de ver como à usted le duran.

And. Mire usted si le estàn anchos.

Mano. Usted tiene el mismo pié: (*da algunas*
sobre que me están pintados *patadas.*)

And. Vaya, que no es menester
dar coces como caballo
para ver si vienen bien.

Mano. Compadrito, no hai cuidado;
aqui le dejo los mios;
hasta mañana temprano.

And. Mire usted, si se acabare
á media noche el fandango,
véngase usted acá derecho,
i podrá uste descambiarlos.

Mano. Está bien: abur compadre.

And. Escuche usted: yo he pensado
que será mucho mejor
se los lleve usté en la mano
hasta la puerta del baile,
pues como hai tantos guijarros
por las calles...

Mano. Para mi
lo mismo es hembra que macho:
esto se hace en dos minutos. (*se los quita.*)

And. Compadrito, es un reparo
tan regular...

Mano. Uste es dueño
i es menester contentarlo:
ya està usted, servido; agur.

And. Compadrito, espere un rato
Mire usted, mejor será
vaya con uste al fandar
para guardarle los suyo

mientras baila.

Mano. Pues volando;
mas vivito.

And. En un instante
el castoreño me encajo.

Mano. Estoi quemao, Felipillo.

Feli. Aunque estuviera descalzo
no los llevara.

Sale And. Al avio:
deme usted acà los zapatos.
Tia Pepa, cierre usted aqui.
que esta noche voi de gallo. (*vanse.*)

Sala del baile: aparecen Mariana, Ines, hombres i mugeres, i el tio Pedro repartiendo mistela á las mugeres. Al levantarse el telon bajan algo las sillas.

Pedr. Silencio, no me atolondren,
luego beberàn los machos.
Vaya, linda Marianita,
apúrate todo el vaso.

Mar. Viva usted cuanto desea. (*lo prueba*).

Pedr. Qué lo tocas á los labios?
á qué son estos embustes?

Mar. Tengo esta noche en los cascos
consejo de guerra, i quiero
saber lo que yo me hago.

Pedr. Pues mira, cara de diosa,
nadie sino el tio Canario
ha de saber tus secretos:
Jesus i Cruz.

Ines. Que borracho
es usted tio Pedro!

Pedr. Ya:
tu sin duda estàs rabiando;
porque no te dí primero:
calla, i toma un par de tragos.

Sale Pelao. Alabado sea el Señor. (*con la guitarra.*)

Ines. Ya está aqui Juan el Pelao.

Pedr. Hombre, habias ya de venir?

Pelao. Si me detuvo ahi abajo
un posma.
Pedr. Si tardas mas,
iba à sacar el rosario.
Traes la guitarra?
Pelao. Aqui está.
Pedr. Tan solo de verla bailo.
Sitio para el tocador,
muchachas: ven acá, guapo,
que entre estos solos veràs
á donde pones las manos;
toca, tócame el zorongo.
Pelao. Déjeme usted tiemple.
Salen Andres, Manolo i Felipe.
Feli. Vamos
que està la sala lucida.
And. Compadrito con cuidado
no se desguince uste un pié
i me rompa usté un zapato.
Mano. Déjeme usted compadrito,
que con lo que estoi mirando
me estàn llevando los mengues.
And. Hombre, qué ve uste?
Mano. Al Pelao,
que está junto á Mariana.
A que lo agarro de un brazo
i aljofifo en un instante
la sala con ese trasto?
And. En ese caso, compadre,
se peleará usted descalzo;
cuenta con lo que se hace.
Mano. Sobre que estoi sofocao.
Pedr. Cuando acabas de templar?
Pelao. Si tres cuerdas han saltao.
Se levanta Mariana i llega á Manolo.
Pedr. Si te se saltara un ojo!
Mar. Què hace usted aqui seor majo?
porqué no se sienta usted?

Mano. Estoi desde aqui escuchando
las voces de la vihuela.
Estarà usted rebentando
de coraje por tener
ese tocador al lado.
Mar. Yo no gusto de la gente
peláda.
Mano. De cuando en cuando
se suele mudar de gusto.
Mar. No sea usted mono: al despacho,
fuera capa i avivar
esta sonsera: Canario,
que en sabiendo que los quieren
se ponen luego tan anchos.
Mano. Con que quiere usted que avive
la gente?
Mar. Yo jamas hablo
las cosas dos veces.
Mano Si?
Pues al avio muchachos;
fandango, fandango, pronto.
vamos, fandango, fandango.
And. Compadrito?
Mano. Qué se ofrece?
And. Hombre que estoi mareao
de verle dar tantas vueltas:
cuando estreno yo zapatos
nuevos, estoi que no puedo
dar siquiera cuatro pasos.
Mano. Compadre, si es menester
avivar la gente.
And. Hablando
se aviva mucho mejor,
no corriendo como un galgo,
Pedr. Vaya señores, quién baila?
Mano. Yo, yo, tio Pedro Canario.
Andr. Sobre que mi compadrito
parece que está azogado!

Pedr. Pues saque usted una muger.
Man. Usted salero.
Mar. Volando.
Mano. Tóqueme mozo el fandango
Pelao. Todavia no he templado.
Mano. Mira, Juan, que si te burlas
me he de quitar un zapato,
i te caliento la cara.
Pelao. A quién á mi? Voto á tantos.
And. Compadre.
Man. Qué quiere usted.
And. Usted dele con un palo,
mas con el zapato no.
Pedr. Vaya siéntate Pelao.
Mar. Señor Manolo, es posible?
Man. Si se està de mi burlando.
Pedr. Ya se acabó; toca Juan.
Pelao. Solo por usted lo hago.

Toca i empiezan á bailar, i Andres se acerca á Manolo de manera que ande siempre tras de él para hablarle con reserva.

Todos. Que viva la gracia: zas.
Andr. Compadrito, mas despacio.
Todos. Zas, que me jundo.
And. Compadre,
que no son de cal i canto.
Todos. Anda con ella.
And. Manolo,
mira que estoi ya sudando
de mirarte dar patadas.
Mano. Hombre, no sea usted pesado,
que están reparando todos.
And. Ya me retiro á mi lado;
pero, compadre por Dios
que cuide usted los zapatos.
Pedr. A qué ha sido esta parada?
Mar. Pues està mui bueno el chasco.
And. Tengo con él cierto asunto;

vaya prosiga el fandango.
Todos. Vivan los cuerpos con gracia.
Ped. Que te la llevas salao.
And. Compadre! *(salta Manolo.)*
Todos. Viva el que sabe!
And. Compadre, de aqui no paso.

A los saltos de Manolo, se arroja Andres, i vuelve á suspenderse el baile. Andres tira en el suelo los zapatos viejos de Manolo.

Ya eso es mucho respingar:
múdese usted de zapatos.
Todos. Qué es esto?
Mano. Que mi compadre
esta noche se ha esmerado
conmigo: pero yo tengo
la culpa.
And. Vaya, si acaso
ha de servir de disgusto
diviértase usted otro rato.
Ped. Ya estoi yo impuesto, Manolo,
en el lance, i fué escusado
que molestases á otro
siendo en mi casa el fandango.
And. De suerte que sino fuera
por el cordoncito blanco
de las tapas: no le hacia,
aunque bailara dos años.
Ped. Pues yo tengo cuatro pares
con cordon, i todos cuatro
ha de romperlos ahora. *(vase.)*
Mar. Si á mi me hubiera usted hablado,
tengo yo siempre un doblon
para comprarle zapatos.
Sale Pedro. Toma, Manolo.
Mano. Compadre,
aprenda uste á tener garbo.
And. Pero tambien cuando voi
à una fiesta jamas ando

pidiendo para el desnudo.
¡Vaya que mata de majos
mas pordioseros, tan solo
se encuentran en este barrio.

Mano. Mire usted que se me va
ajumando ya el pescao.

And. Descálcese usted, i despues
hablaremos mas despacio.

Mano. Pues ya està hecho.

Todos. Manolo....

Ped. En mi casa no hai mas guapos
que yo.

Mano. Calle usted, tio Pedro:
ya me tiene usted descalzo.

And. Pues mire usted, compadrito,
si tengo de hablarle claro,
solo queria pillar
mi alhaja. Ya yo me najo,
si quiere usted convidarme
me pagará con tres vasos
de manzanilla, el haber
lucido con mis zapatos.

Mano. Convidarlo á usted? Primero
le daria un rejonazo.

And. A quién? á mi? En la taberna
hablaremos mas despacio.

Mar. Que ridículo es el hombre!
póngase usted los zapatos
i acòmpañeme à mi casa
que ya me giede el fandango:

Ped. Pero si puede ponerse
unos mios.

Mar. Le están làrgos:
tiene usted mucha pezuña.

Ped. Muger, vivas muchos años,
yo le ofrezco los que tengo.

Mano. Se lo estimo, tio Canario.

Mar. Venga su capa.

Ped. Aqui está.
Mar. I sepan todos, que amparo
yo á Manolo i qué me sobra
una onza...
Uno. Qué? de estaño?
Mar. Quién fué el petate que habló?
Mano. Si supiera quien fué el trapo!
Mur. Vamos Manolo, i no hagas
de aquesta gentuza caso.
Ped. Adios real moza.
Mar. Hasta nunca.
Ped. Ya la diversion se ha aguado:
Juanillo, vámonos todos
á correrla?
Pelao. Por mí vamos.
Todos. Pidiendo todos prim ero
perdon de defectos tantos.

FIN.

LA INOCENTE DOROTEA.

PERSONAS.

D. Jacobo, tutor de Dorotea.
D. Narciso, su amante.
Pedro, criado de Narciso.
Felipa, aya de Dorotea.

LA INOCENTE DOROTEA.

Salon corto. Salen Don Narciso i Pedro.

Narc. Escucha, Pedro.
Pedro. Entre usted,
que el viejo no se halla en casa.
Narc. I si viene?
Ped. Si viniere,
abriré la puerta falsa,
i se irá usted.
Narc. I qué has hecho?
Ped. Todo cuanto deseaba.
Yo soi criado del viejo,
i sé toda la maraña
que hai en el asunto.
Narc. Cómo?
Ped. Ya supo usted por el ama
que despidiò don Jacobo,
como cria una muchacha,
en lo interior del jardin,

con tal recato i tal maña
que la infeliz hasta ahora,
no sabe si el hombre anda
en dos pies, ó es por ventura
animal de cuatro patas.

Narc. Pero bien, has descubierto
para qué tanto la guarda?

Ped. Mire usted; como de un año
quedó la desventurada,
huérfana de padre i madre
con una herencia que pasa
de treinta talegas; ese
vejancon que la desgracia
le dió por tutor, formó
el proyecto de criarla
para su esposa, i quedarse
para siempre con la plata.
Mas temiendo que la niña
cuando á los quince llegara,
no prefiriese un buen pelo
á su reluciente calva,
se la entregó á una muger
de toda su confianza,
i tomó tal providencia
que à estas horas la muchacha
con diez i seis primaveras
no conoce mas que al aya.

Narc. I èl la visita?

Ped. Tampoco.

Narc. Qué dices? I por qué causa?

Ped. Qién es capaz de saber
lo que tal vejete traza?

Narc. Quién la viera?

Ped. Yo la he visto,
i cuanto dijo á usté el ama,
es nada en comparacion
de su belleza i su gracia.

Narc. Mas cómo pudiste verla?

Ped. Si me escondió entre unas ramas
la preceptora.
Narc. Qué dices?
Ped. I ya la tengo ganada.
Escuche usted. La tal es
una muger fresconaza,
mui regulares vigotes,
bien dispuesta i vivaracha,
conque yo (qué habia de hacer?)
le hice mis carantamaulas,
i entre amorosos alagos
le introduje en las manzanas
dos onzas, que fueron dos
cañonazos de metralla;
de modo que enternecida
escuchò la tiernas ansias
de usted i juró servirle
de alcahueta, ó como llaman
los cultos de zurcidora.
Narc. Tu animas mis esperanzas;
dí conqué podré pagarte?
Ped. Con solo que á mi i al aya
nos dé usted para casarnos,
salario, comida i casa.
Narc. Yo, Pedro, te lo prometo.
Ped. Chito, que viene á esta sala.
Mire usted que hermosas pellas
de carne. Vaya me encanta.
Sale Felipa. Quién está aqni?
Ped. No te asustes
dulce prenda idolatrada,
que el señor es el amante
(ya me entiendes) que derrama
las onzas, i .
Felip. Quedo impuesta:
supongo que aqui se trata
de casamiento?
Narc. Señora,

un hombre de circunstancias
pudiera con otro objeto
mirar à una niña honrada.

Feli. Ya se vè, pues de otro modo
hiciera yo en esta farsa
un papel poco decente.

Ped. No escrupulices, mi alma:
seguro està que te llamen,
corre ve i dile. Es alhaja:
no se lo dije yo á usted?

Narc. Haces mui bien en amarla.

Ped. I tu me quieres?

Feli. En siendo
por delante de la Santa
Madre Iglesia...

Ped. Por supuesto.

Felip. Pues hablaremos mañana.
Conque en fin usted querrá
que lo presente?

Narc. Mis ansias
son arrojarme á sus pies;
mas temo que mi desgracia
me haga sentir los rigores
de un desden.

Feli. Jesus! Que infaustas
son sus ideas! Ya veo
que no ha tratado con damas,
pues ellas le hubieran hecho
adquirir mil confianzas.
Vamos, señor venga usted.

Narc. No me atrevo, no: espirara
de dolor, si me mirase
desairado.

Feli. Usted me espanta!
Qué amante tan encogido!
Si de plan usted no cambia,
desde ahora le predigo
que le enterrarán con palmas.

Narç. La timidez es efecto
del amor.
Feli. Esa palabra
en el idioma del dia
ya no significa nada;
conque déjese de ideas
tan quijotescas i rancias,
pues hoi en dia el amor
se ha convertido en sustancia.
Narc. Yo no iré contra mi genio.
Feli. Pues si no echa el pecho al agua,
i no imita á los amantes
del dia, que se declaran,
i antes que les den respuesta
echan manos á las gazas,
solo serà perder tiempo.
Narc. Yo quiero usar de una traza.
Ped. Cual es?
Narc. Traeré mi retrato,
i si vemos que le agrada,
entonces me atreveré
á declararle mis ansias.
Ped. Gran pensamiento!
Felip. Ay! que el amo tosió.
Ped. Por la puerta falsa
puede usted salir.
Narc. Adios. (*vase corriendo.*)
Feli. Lo que siento es que una mala
lengua se ponga á decir,
que yo he sido en esta danza
la tercera.
Ped. Quién habia
de poner en tí esa tacha?
Sale Jacobo. Pedro, toma ese baston
i ese sombrero.
Feli. Qué cara!
tan encendida! I sudando!
viene usted de alguna fragua?

Jacob. Qué calor! Ya! Si he corrido
casi toda la mañana.
(Se quita el gorro i se limpia.)
haciendo las diligencias
para casarme hoi sin falta
Ped. Casarse?
Feli. Qué dice usted?
Jacob. Es preciso que lo haga:
la niña, como usted sabe,
en mui pocos años anda,
i aunque es una inocentona,
como es algo vivaracha
cargaria mi conciencia
si mas tiempo la privara
del consuelo de un marido
i de la dulce esperanza
de una numerosa prole.
Ped. Numerosa?
Jacob Qué te espantas?
Ped. Si ya tiene usted setenta,
no he de espantarme?
Jaco. Panarra.
los varones de otro siglo
somos de tan buena masa,
que á los cien años tenemos,
como una rosa la cara;
i si no mira que dientes
tan blancos; los seis que faltan,
todavia los conservo
enteros en una caja....
El cuerpo, ya tu lo ves:
no es mas derecha una lanza;
i eso que siendo muchacho
cargué con una tinaja
de legia i me quebré.
Pero no me estorba nada.
Pasan los dias, i yo
me encuentro cada mañana

lo mismo que una azucena.
Mas ya amiga, nuestra casta
degeneró. Es un dolor!
Hoi los jóvenes se casan
á los veinte, i á los treinta
el viento los desbarata.

Feli. Pero con todo...

Jacob. Qué diablos
aqui no hai pero que valga.
Yo apostaré cien mil pesos
à que no hai en toda España
un mozalvete que tenga
robustez, brio i constancia
para enterrar seis mugeres,
como tengo ya enterradas.

Ped. Esa razon me convence.

Jacob. Si es una cuenta sin falta.
Pero no perdamos tiempo.
Vaya usted; i à la muchacha
fórmele un breve bosquejo
de la dicha que le aguarda.

Felip. Voi al punto. A buscar medios (*aparte.*)
de que te soplen la dama. (*vase.*)

Jacob. Hijo Pedro, discurramos
entre los dos una traza
para prender à mi esposa.

Ped. Solo su presencia basta.

Jacob. Con todo, Pedro, ya sabes
las raras estravagancias
de las mugeres. Qué locas!
A las mas se les va el alma
por esos petimetritos
que no estudian ni trabajan,
mas que en inventar adornos
para ocultar muchas lacras
como fuentes, i apostemas
adquiridas, ò heredadas.
I á un hombre formal, un hombre

como un Hércules, lo tachan
de alhamel: de ganapan:
i otros apodos que sacan
de sus vacias cabezas
Ya se ve, piensan las damas
que un hombre para ser fino
ha de estar ético, i andan
tras de un necio, porque tiene
como un galgo las quijadas.

Ped. Pero bien, i qué remedio?

Jacob. Yo he leido, que la causa
de estas rarezas, está...
Si daré con las palabras?...
ya me acuerdo: en las primeras
impresiones que se graban
en el celebro. Por eso
si una niña por desgracia
al abrir los ojos ve
un asno, la idea se arraiga,
i en siendo moza se muere
por unas orejas largas:
si es papagayo el que mira
no hai remedio, no le agradan
los amantes que no tienen
nariz acaballatada.
De aqui nacen tantos gustos,
de modo, que cierta dama
á quien mientras era niña
divertia mucho su aya
con un cuadro del juicio,
cuando quisieron casarla,
le dijo al padre resuelta
que hasta que no le buscaran
un novio mui parecido
al diablo, no se casaba.

Ped. I qué se saca de ahí?

Jacob. Escucha lo que se saca:
Dorotea es una niña

que no ha visto ni en estampa
una figura de hombre,
conque si yo tengo maña
para robar su atencion,
cuando baje á visitarla,
es cierto que yo seré
el modelo de las Gracias
allá en su imaginacion,
i aunque la cerque una parva
de cupidos, á sus ojos
parecerán cucarachas,

Ped. Es famosísima idea!
Jesus! Jesus! no pensara
que usted penetrase tanto!
pero vamos, conqué gala,
ó que trage piensa usted
suspenderla i arrobarla?

Jacob. Todavia no he resuelto;
mas tú que tanto te jactas
de entendido, cómo piensas
que me vista?

Ped. Con casaca
es una cosa comun.

Jacob. El asunto es admirarla.

Ped. Mire usted, yo me vistiera
como un Hércules, con barbas,
en cueros, i una gran piel,
i en la derecha una maza.

Jacob. Esa figura seria
mui buena para una dama
instruida en el gran mundo;
mas no para una muchacha
simplezuela i encogida
que se horroriza de nada.
Yo quiero un trage bonito,
que indique ternura i gracia:
una cosa...

Ped. Sí: ya entiendo.

Mire usted, para elevarla,
no hai como que usted se vista
de angelito con sus alas,
su tuniquita prendida,
su pelito á la romana,
i su,..

Jacob. Bravo pensamiento!

Ped. Cual se le caerá la baba!
Ya parece que lo miro
recostadito en sus faldas,
mientras la niña le osea
los mosquitos de la cara.

Jacob. Ah, ah, ah, que bella escena!

Ped. Ah, ah, ah, para una estampa,
es cuanto cabe.

Jacob. Mas tate,
¡qué imaginacion tan rara
me ha dado! Oh! si! Me parece
que para que sobresalga
mucho mas mi gallardia,
vengas tu con la botarga
i los cuernos de diablillo.

Ped. Yo de diablo? Santa Paula!

Jacob. Veras que bello contraste!

Ped. Yo no quiero.

Jacob. Tonto, calla.
Ya veras como despues
se celebra la chulada.

Ped. De modo que por usted
soi capaz de hacer...

Jacob. Que capa,
te he de regalar! Ven, hijo,
compraremos nuestras galas,
i en dos minutos veras
como el sastre las hilvana.

Ped. Vamos allà: pobre niña!
Brava visita le aguarda. (*vanse.*)

Ameno jardin con verjas i macetones de flores. Salen don Narciso i Felipa, con un retrato enrollado.

Feli. Si señor, á don Jacobo
se le ha metido en la calva
casarse con Dorotea.
Narc. Sino desdeña mis ansias
yo la libraré del riesgo.
Feli. Vamos prontito, no salga.
Escóndase usted detras
de esas murtas.
Narc. Mi esperanza
se cifra en que usted...
Feli. Ya sé
mi papel, no sea machaca.
Escóndese Narciso.
En uno de esos jarrones
pondré el retrato. Que brava
será la escena! Yo temo
el soltar la carcajada.
Sale Dorot. Ama mia, ha visto usted.
que hermosas estan las varas
de azucenas?
Feli. Ya las vi.
Doro. Ay!
Feli. Qué tienes.
Doro. Una gana
de ver el mundo!
Feli. Muy pronto
lo veràs.
Doro. Esta mañana
me levanté mui temprano,
i vi encima de una tapia
dos palomas. Oiga usted,
las picaronàs estaban
murmurando alli mil cosas:
una de ellas mui ufana
hinchaba el buche, i con pasos
mui graves tendia las alas

bailándole al rededor.
Yo celebraba la gracia.
Cuando de repente ví
que empezaban las taimadas
á besarse con los picos.
Vaya, si me dió tal rabia
de verlas tan divertidas
mientras que yo aqui encerrada
no tengo con quien jugar,
que cortè al punto una rama
de romero, i si no vuelan,
les pego mui bien á entrambas.

Feli. Mañana tendrás quizá
con quien charlar.

Doro. Dios lo haga.
Ahora voi á entretenerme
en tejer una guirnalda
de alelies i mosquetas,
Si tendré conqué cortarlas?...
Aqui tengo las tijeras..
Voi à ese jarron... Ay ama!...

Corre hácia el jarron donde está el retrato, i al verlo grita dejando caer las tigeras i dando algunos pasos hácia tras.

Feli. Qué tienes?

Doro. No mira usted
que figura está colgada
de ese rosal?

Feli. Ya la miro:
¿i es por eso la algazara?
De poco te asustas.

Doro. Como
me cogiò tan descuidada...
gritè como es natural.

Feli. Corta las flores: qué aguardas?

Doro. Yo no quiero.

Feli. Por qué no?

Doro. Se me ha quitado la gana.

Dígame usted, qué animal
es el que tiene una cara
tan parecida á la nuestra?

Feli. Ese es el hombre.

Doro. Qué gracia
tiene en los ojos. Parece
que á mi sola me los clava...:
I dígame usted ¿los hombres
para qué sirven?

Feli. Ay mi alma,
que esos avechuchos son
la alegria de las casas.

Doro. Yo lo creo, porque solo
de ver su imágen me baila
el corazon de placer!
I abundan mucho?

Feli. No faltan:
cada muger tiene el suyo,
aunque hai tambien muchas damas
que los tienen á docenas.

Doro. Pues haga usted que me traigan
uno siquiera.

Feli. Ten pecho.
I si acaso no te agrada
el que traigo?

Doro. Si tiene,
ama mia, tanta gracia
como este, le doi á usted
desde luego la palabra
de cuidarlo mas que á mi,
i de hacerle tantas, tantas
caricias... Ya verá usted
que ratitos nos aguardan,
porque él i yo jugaremos
mientras usted con su caja
tomarà su par de polvos
contenta como una pascua.

Feli. Tanto te gusta, muger?

Doro. Pues si tiene unas pestañas
tan rizadas, i unas cejas
tan negras, tan arqueadas!..
Mire usted que linda boca!...
Riete, riete mi alma
yo te lo ruego... Que serio
está su merced!... Ay que cara
tan graciosa! Sí; mi vida,
tu Dorotea te ama,
tu serás mio, yo tuya,
ven á mi pechito.
Quiere abrazarlo i la detiene.
Feli. Aguarda:
te has vuelto loca?
Doro. Ama mia,
yo no sé lo que me pasa;
pero desde que lo vi
siento en el pecho unas ansias,
un ardor, pero tan dulce,
tan suave que me alhaga
i me consume. Ay! de mi!
que ya me van dando ganas
de llorar... Vaya usted pronto,
tráigale usted sin tardanza,
quizá él me consolará...
sino mi vida se acaba...
moriré, si, moriré
si el hombre no me acompaña.
Feli. Vaya muger, no te aflijas:
voi à ponerme la saya
para traértelo.
Doro Si?
Pues ya no lloro. Ay que ama
La abraza i la besa.
tan hermosa tengo yo.
Feli Muger, que me despedazas.
Doro. Le he de dar á usted cien besos.
Feli. No quiero mas, basta, basta.

Doro. Si estoi loca de contento.
Que gusto... ja... ja... ja... vaya
cual me rio... Me parece
que le miro estar cargada
con mi hombrecito, i que viene
á ponérmelo en las faldas...
cuenta no se tarde usted...
Jesus, i como me salta
el corazon!... Ahora voi
á tejer una guirnalda
para adornarle el cabello...
Vàlgame Dios! i que casta
de animales! Si uno solo
tanto trastorno nos causa,
cual estarà la infeliz
que maneja una manada... *(vase.)*

Feli. Càspita con la inocente!
ya veo yo que las muchachas
tienen mas fino el olfato
que el mejor perro de aguas.
D. Narciso salga usted.

Sale Narc. No hallo, señora, palabras
para ponderar á usted
el regocijo que baña
mi corazon.

Feli. Bien lo creo.
I pues sus desconfianzas
habrán cesado, es forzoso
que asalte al punto la plaza
mientras yo voi á espiar
si el enemigo se avanza. *(vase.)*

Narc. Amor, prestadme espresiones
para pintarle la llama
que me consume. Escondamos
el retrato entre estas ramas. *(le oculta.)*
Ahora en el ameno lecho
que estas multas me preparan
recostado... Mas ya vuelve...

finjo que duermo.

Sale Doro. Mi ama
fué sin duda por el hombre:
mientras que vuelve, sentada
junto á la imagen haré
dos primorosas guirnaldas
para ceñirnos... mas ay!
Qué miro! No está en la jarra
Que me fuera yo de aqui!
Que muger! Miren que mala
intencion! se lo ha llevado
porque me mate de rabia.
Si le habrá escondido? Voi
á registrar... Dios me valga!...
Repara en Narciso.
Ay! que es el hombre... La chusca
en el jardin lo ocultaba,
i ha querido suspenderme...
Vaya, vaya, que son chanzas
mui pesadas... con el susto
tiemblo como una azogada. .
Yo me acerco á ver si duerme...
Ay! que tiene las pestañas
cerraditas... Mas que grande!
Si me lleva media vara
de cuerpo... quién lo creyera!
i pintado aparentaba
ser un animal pequeño.
Si tendrá la piel mui blanda?
Ay! que suavita! La seda
en comparacion es basta....
Yo no me canso de verlo,
mas sobre todo la cara,
qué halagueña! qué amorosa!
Eres hermoso, me encantas...:
Ay como te adoro! I tu
me quieres mucho? me amas
como yo á ti?

Narc. Si, mi bien...
Se levanta i ella se retira asustada.
Doro. Ay triste! que se levanta...
Yo no te quise hacer mal...
No te enojes.
Narc. Prenda amada,
porqué tiemblas? Qué recelas
de un pecho que te idolatra?
que viene ansioso á romper
tus cadenas, que á tus plantas
su fé, su amor, i esta mano
fino i tierno te consagra?
No me respondes? Acaso
desprecias mis finas ansias?
serás cruel?
Doro. Yo cruel,
i aun pintado te adoraba?
Tu si que eres un ingrato.
Narc. Ingrato yo? Por que causa?
Doro. Porque me ofreces no mas
la mano, cuando esperaba
que fueses todito mio.
Narc. Mira, mi bien, que te engañas
porque la mano es el lazo
que ha de estrechar nuestras almas
luego que nos desposemos.
Doro. Yo no entiendo esas palabras.
Qué es desposarse?
Narc. Es unirse
dos que constantes se aman
para jamas separarse.
Doro. Pues ya yo estoi desposada;
porque desde este momento
adonde quiera que vaya,
te he de llevar á mi lado.
Aqui nada te hará falta:
el ama trae cuanto pido:
cuando haga frio, en la sala

sentados junto al brasero
jugaremos á las cartas.
La primavera vendremos
al jardin por las mañanas
i haremos ramilletitos
de azahar, jazmin i albahaca;
i el verano por las siestas
à la sombra de unas parras
dormiremos, disfrutando
las frescuras de las auras.
Ya veras, amado mio,
que vida tan arreglada
pasamos, si, viviremos
sin afanes i sin ansias.

Nare. Esa pintura, mi bien,
es mui bella; mas te aguardan
placeres mucho mas gratos
cuando de este encierro salgas
para gozar del bullicio
de la sociedad. Las galas,
los paseos, los teatros,
banquetes, bailes i tantas
diversiones como ocupan
el corazon de las damas,
daràn mayores realces
á nuestra dicha.

Doro. Te engañas:
ese tumulto, esas fiestas,
i todita esa algazara
turbarian nuestras dichas.
Si; contigo mas me agrada
la soledad. Cuando esté
mirándote embelesada,
me molestará el susurro
del aire, me daràrabia
el murmurio de la fuente,
i aun reñiré á la pintada
mariposilla, que entonces

con sus giros me distraiga.
Fuera de eso, i si le gustas
á otra muger, i te cambia
por su hombrecito? qué hiciera
Dorotea en tal desgracia?
¿Imaginas que al instante
mi pecho se consolara
aunque me tragesen otro?
Pues si lo piensas te engañas:
porque irritada i llorosa
me arrojaria á la casa
de mi enemiga i asida
de su cuello alli esclamara,
este es mi hombre, mi hombre,
aunque despues me mataran.

Narc. Ay! bellisima inocente!
la candidez de tu alma
mas me enamora. Es posible
que con tanto ardor me amas?

Doro. Qué si te amo? Qué hiciera
para que no lo dudaras?
Qué no tuviera en el pecho
un postiguito! Si basta
jurarlo, juro mil veces
por tus ojos, por la gracia
conque me miras, por esa
sonrisa conque me matas,
que te quiero i te querré,
aunque tu amor me costara
la vida, i lo mismo fuera
si otra vez resucitara.

Narc. Deja mi bien, que mis labios
sellen en tu mano blanca
la ternura...

Doro. Si soi tuya,
por qué, mi bien, no me abrazas?

Narc. Feliz suerte!

Doro. Yo no sé

porque estoi tan azorada.
Sale Feli.. Don Jacobo viene...
Narc. Oh cielos!
Doro. Qué es esto, quién viene?
Feli. Vaya,
i tome sus providencias
porque si un punto se tarda,
se quedará uste en el aire.
Doro. Yo no entiendo lo que hablan.
Narc. Si: yo parto...
Doro. Adonde vas?
Narc. No receles prenda amada,
pronto volverá mi afecto
á sacarte de las garras
de ese monstruo.
Feli. Que ya siento
los pasos.
Narc. Adios. (*vase corriendo.*)
Doro. Aguarda...
Qué es esto? viene á tragarme
alguna fiera?
Feli. No es nada.
no te asustes.

Sale Jacobo vestido de angel con unas alas mui grandes, i Pedro de diablo.

Jacob. Bella niña!
Doro. Ay Dios mio de mi alma. (*retirándose.*)
Jacob. Si acaso la donosura
de mi presencia...
Doro. Ay que cara
tan horrorosa! Qué feo!...
Jaco. Retírate que la espantas. (*á Pedro.*)
Ped. Quien la ha espantado, es usted.
Jaco. Un ángel puede espantarla
gran borracho?
Ped. No es el àngel,
es esa endiablada facha.
Jaco. Qué dices?

Ped. Que aunque la mona
se vista...
Jaco. Demonio, calla,
que lo echas todo á perder.
Si mi admirable i gallarda
presencia, feliz doncella,
te suspende: i si te causa
pavor, como es regular,
la fiera i horrible traza
de ese malvado enemigo
de toda la especie humana,
yo haré al punto que á mi voz
á los infiernos se vaya,
para que escuches sin susto
mis celestiales palabras.
Doro. Pero si usted me horroriza
mas que esotro.
Jaco. Por qué causa?
Doro. Porque me parece usted
mucho mas feo.
Jaco. Caramba,
que si le gustan los diablos (*á Pedro.*)
andará siempre cargada
de familiares.
Ped Lo dije:
si las mugeres se pagan
de lo peor.
Jacob. Es posible,
que no te rindas ingrata
al amor de un paraninfo,
que sostenido en sus alas,
viene halagüeño i amante
á suspirar á tus plantas?
No te mueve mi belleza?
mi tierna edad, i las gracias
de estos ojos...
Doro. Ay que ojos
con dos libras de legañas!

Ped. i Felip. Ah, ah, ah!
Feli. Famoso paso!
Jacob. Qué es lo que dices, tirana?
Doro. Que es usted feo, i mui feo.
No se ha visto uste esa cara
llena de arrugas? La tez
color de papel de estraza?
i finalmente esos ojos,
que por mas que los alaba
parecen dos agujeros
cercados de telarañas?
Si señor, es usted feo
i el hombre que á mi me ama
es mui hermoso.
Jacob. Qué dices?
que hombre es ese? hai aqui trampa.
Doña Felipa, qué es esto?
Feli. Tambien estoi admirada
de oirla: mas deje usted
que yo la pondré mas blanda
que una seda. (*le habla aparte.*)
Jacob. Qué hago, Pedro?
Ped. Hágale uste alguna gracia.
Jaco. Yo hacer gracia? Si las mias
están ya todas mojadas.
Ped. Qué no puede usted volar?
Jaco. Me pesan mucho las ancas.
Dile tu algo: quizás
conseguirás ablandarla.
Ped. No tengo licencia.
Jacob. Yo
me doi de calabazadas.
Dile que vengo volando
por esa esfera estrellada:
dile que los angelitos
tienen arrugas i canas,
dile...
Ped. Le digo tambien

que tienen atiburradas
las narices de tabaco?

Jacob. Maldito, tu me achicharras.

Feli. Ya la tengo convencida.
Pero ella ha visto una estampa
de cupidillo i me ha dicho
que no hablarà una palabra
sino le permite usted
ponerle la venda.

Jacob. Mi alma
haz de mi lo que gustares,

Se arrodilla i Dorotea le ata un lienzo en los ojos.

pues me tienes à tus plantas.

Ped. Si el se ha vuelto cupidillo,
yo seré Pluton.

Doro. Qué cara
tan peregrina!

Jaco. Te gusto? (*Se pone en pié.*)

Doro. Ahora si que usted me agrada.

Jacob. Conque tengo de ser ciego
teniendo la vista clara?

Sale Narc. Doña Felipa, ya traigo (*al oido.*)
la gente para sacarla.

Feli. Chiton.

Narciso se pasa al lado de Dorotea.

Jacob. Dime serás mia?

Doro. Esta mano lo afianza.

Se la da á Narciso.

Jacob. Donde está que no la encuentro?

Feli. Acérquela usted; qué paba!

Le da la suya á Jacobo.

Jacob. Por qué tanta cortedad?
Ay manita idolatrada!
Dí, me quieres dulce prenda?

Doro. Te quiero con toda el alma. (*á Narciso.*)

Jacob. Ay que gusto! amado dueño,
pues dices que me idolatras,
dá un abrazo á tu cupido.

Doro. Tómalo, mi bien.
Jacob. Qué rara
fortuna! Aprieta, mi bien.
Feli. Apriétalo mas muchacha.
Jacob. Mi niña, que me rebientas.
Doro. Te quiero mucho.
Jacob. Caramba!
quiero verte la carita,
que estarás mui colorada.

Dorotea abraza á don Narciso, i Pedro se mete entre medias de don Jacobo i Felipa i lo abraza: á este tiempo se baja don Jacobo el lienzo i se queda admirado viendo entrar al notario con dos ó tres testigos.

Jacob. Qué es esto?
Ped. Voi al infierno
á llevármelo en volandas.
Jacob. Qué gente es esta? Qué buscan?
Picaron... i tu villana,
qué haces abrazando á un hombre?
Narc. Señor don Jacobo, basta,
que esta señora es mi esposa.
Jacob. Esposa de usted? i acaba
de darme la mano?
Feli. Es falso
que yo fuí la desgraciada.
Not. Pues D. Jacobo, aqui valga
la verdad, uste ha tenido
encarcelada à esta dama
desde sus primeros años
á fin de sacrificarla
á su avaricia.
Jacob. Y usted,
qué tiene que ver...
Not. Cachaza:
Yo, señor, vengo con órden
de conducirla i dejarla
depositada, hasta que
con don Narciso Miranda

se despose.

Jacob. Còmo es eso?
Conque infame tu te casas?

Doro. Yo no sé lo que es casarse;
mas si la cosa remata
en quedarme para siempre
con mi hombre, sin tardanza
me casaré, i aun haré
cuanto les diere la gana.

Jacob. Y usted, señora alcahueta,
qué dice?

Feli. Si se propasa
le contendrà mi marido.

Jacob. Qué marido dí, malvada?

Ped. Un demonio, qué sabrá
azufrarle bien la calva.

Jacob. Tu su marido bribon?
mira, si agarro una estaca...

Narc. Delante de mi ninguno
á mis criados ultraja.

Jacob. Este su marido? Cielos,
que es aquesto que me pasa?

Feli. Si señor, todos de acuerdo
hemos urdido esta traza
para arrancar de sus uñas
á esta inocente.

Jaco. Me ahorcara
si tuviera aqui un cordel.

Ped. Trate usted de abrir el arca
para entregarle su dote
que tanto le enamoraba.

Jacob. Primero daré una oreja.

Narc. Eso se verá mañana.

Doro. Vaya yo estoi aturdida,
sin entender lo quehablan.

Ped. Ea, vuele uste al infierno
pues ya se acabò la farsa.

Jacob. Yo volaria, si à todos

conmigo me los llevara.
Despreciarme por ser viejo!
No siento las calabazas,
sino largar las talegas,
i es preciso que al largarlas
me den el último ataque
la gota i las almorranas.

Narc. Ven, amado dueño.

Doro. Vamos
donde quieras; pero daca
la manita no te agarre
algunas de las que andan
tras de los hombres agenos,
i yo me quede burlada.

Narc. Qué inocencia!

Ped. I tú qué dices?

Feli. En dejando la botarga
seré tuya.

Ped. Pues pidamos
el perdon de nuestras faltas.

FIN.

EL MEDICO POETA.

PERSONAS.

D. Bruno, médico.
D. Juan, su pasante.
D. Jaime.
D. Pedro.
Doña Elena.
Clara, criada.
Tio Canilla, herrero.
Toribio, gallego.
Silvestre, lacayo.
Currillo, muchacho.

EL MEDICO POETA.

La escena representa el estudio de don Bruno; algunos estantes de libros, mesa con papeles, i escribania: don Bruno escribiendo i don Juan de pié.

Juan. Señor don Bruno, ya son
en punto las diez i media.
No vamos à visitar
los enfermos?

Bru. Que se mueran,
que esto es primero.

Juan. Yo creo,
que carga usted su conciencia.

Bru. Que conciencia, ni que haca;
no me corte usted la hebra
pues vé que estoi en lo mas
crítico de la comedia.

Juan. Haga usted lo que gustare.

Bru. Mire usted cincuenta escenas
llevo ya escritas.
Juan. Sepamos
el título de la pieza.
Bru. Nacimiento, vida i muerte
de la mas fuerte gallega.
Juan. Ese título, don Bruno,
declara que usted no observa
la unidades.
Bru. A mi
me fastidian esas reglas.
Donde hai mayor frialdad
que ver toda la comedia
en una decoracion,
i que los lances sucedan
en pocas horas? No, amigo,
lo que gusta á la cazuela
es ver ahora un palacio,
luego una isla desierta;
aqui nacer tres muchachos,
i en la jornada tercera
verlos salir de hermitaños
con una barba de á tercia.
Esto agrada i con razon;
porque cualquiera mozuela
en volviendo à casa, tiene
que contar semana i media.
Juan. I quién es esa heroina
de Galicia?
Bru. Si la idea
es toda de casquis.
Juan. Siempre
convendria, que tuviera
fundamento.
Sale Toribio, gallego.
Tori. Señur amu,
prata para la despensa.
Bru. Hombre, has llegado á buen tiempo

Conoces allà en tu tierra
alguna que se llamase
Dominga, de mucha fuerza?

Torib. Si señor, eu conocí
á Domiña de Ferreiras,
una muger como un pinu
que andaba sus cuatro leguas
con una pipa de vinu
en las custillas.

Bru. Halléla:
mi heroina ha de llamarse
tambien Dominga Ferreiras.

Sale Clara. Bruto, aun no has ido á la plaza?

Torib. El diñeiru al punto venga.

Bru. Espera, i me informarás
de Dominga.

Clar. Qué paciencia!
pero cuando ha de traer
la comida?

Bru. Cuando pueda,
i si no que no se coma,
que primero es la comedia.

Clar. Yo me pudro!

Sale Pedro. Buenos dias.

Bru. Adios Pedro. Dos pesetas
tienes ahí, compra i vuelve
para hablar de la gallega

Torib. Está mui bien.

Clar. Ya estoi harta
de sufrir tantas simplezas. (*vase.*)

Ped. Conque te casas, amigo?

Bru. Mucho: con doña Teresa
hija de don Jaime Alejos.

Ped. Es mui buena conveniencia

Bru. Como que trae de dote
lo menos treinta talegas.

Ped. Entonces serás un rei.

Bru. Dejo al punto las recetas,

i me dedico á escribir
cada dia una comedia.

Ped. Harás bien, que te dá el naipe
para los versos.

Bru. Si vieras
que comedia ahora escribo!

Ped. Léeme el principio siquiera.

Bru. Con mucho gusto, don Juan
acerque uste una silleta:
chiton. Comedia, sin fama,
en siete actos, compuesta
por don Bruno Guacamayo.

Ped. En siete actos?

Bru. Es fuerza,
porque la heroina tiene
que andar por mar i por tierra
las siete partes del mundo.

Jnan. No son cuatro?

Bru. Si es licencia
poética.

Juan. Pero es mucho
querer...

Bru. Uste es un trompeta:
lea usted las composiciones
ya antiguas, i ya modernas,
i sabrá usted como el mundo
cómico, tiene diversa
Geografia.

Juan. Me parece...

Ped. Don Juan no sabe usted letra.

Bru. Amigo mio, estudiar.

Juan. Pero no puede...

Ped. A la escuela:
No pierdas tiempo, prosigue.

Bru. Personas que hablan en ella:
El rei don Juan el segundo:
el rei de Argel: Julio Cesar
el emperador de China:

Dominga, dama gallega:
el cura que la bautiza,
el padrino i la partera.

Ped. Hombre, qué diablos ensartas?
una partera?

Bru. Babieca,
no es persona necesaria
si ha de nacer en la escena
la tal Dominga?

Juan. Ea, vamos,
siga usted leyendo.

Bru. Atiendan:
un enterrador, cien frailes;
seis cofradias, setenta
pobres del hospicio, mil
i quinientas cañoneras,
cien navios de tres puentes.

Sale Elena. Beso su mano.

Bru. Que vengan
á interrumpirme! Señora,
diga usted lo que me ordena.

Ele. Yo tengo que consultarle
cierto asunto, con licencia
de los señores.

Bru. Sea breve.
Señora, que estoi de priesa.

Ele. Perdone usted que me siente,
que se me parten las piernas.

Bru. Qué sorna! Despache usted.

Ele. Dónde tengo la cajeta?
aqui está: tome uste un polvo,
verá un tabaco de Persia
esquisito, i aliñado
con estiercol de cigüeña.

Bru. Yo, señora, no lo gasto:
despache usted que me esperan.

Ele. Yo, don Bruno, desde niña
padezco unas turbulencias

ventriculares, tan fuertes.
que me revuelco en la tierra.

Bru. Le pondrè un reto à la dama
donde arroje una chinela.

Ele. En efecto he consultado
veinte médicos, i treinta
cirujanos; pero todas
las opiniones discrepan.
Unos, me dicen que tengo
un abispero en las telas
del corazon; otros juzgan
que con la sangre i la flema,
se me forma un animal
como una mula manchega.
I ayer me dijo un barbero,
que segun todas las señas
tengo un eclipse en el vientre:

Bru. Don Juan que famosa idea!
ponga usted no se me olvide
que la dama en una selva
para saltar una zanja
se echó su caballo acuestas:
Qué tal? qué tal?

Ped. Cosa grande!
será peregrina escena.

Bru. Prosiga usted que bien oigo.

Ele. Por lo tanto, yo quisiera
que usted me desengañase,
porque no tengo paciencia
para sufrir.

Bru. Ya comprendo:
qué siente usted con frecuencia?

Ele. A eso voi; escuche usted:
Yo siento en la parte interna
del estómago, unos golpes
tan horrorosos, que suenan
como cuando los soldados
atacan con mucha fuerza

un cañon de treinta i seis;
despues este estruendo rueda
por la region inferior,
i el corazon se me aprieta:
Entonces siento unas bascas
mortales: la náusea empieza;
hai obstruccion de conductos,
se me eclipsan las potencias,
me dá un sincope, deliro,
ningun remedio aprovecha;
no ayuda el clister; no sirven
unturas, baños, ni friegas,
i cuando pienso que voi
á rebentar, quedo buena.

Bru. Aquel dia todo el patio
como aplaudirà la pieza!
un mes me estaré lo menos
recibiendo enhorabuenas.

Ele. Qué dice usted de mi mal?

Bru. En eso pensaba. Apenas (*apar.*)
me acuerdo de una palabra.
¿Conque en fin á usted le aprieta
el dolor de la espaldilla?

Ele. No he dicho tal.

Bru. Qué cabeza
la mia! Ya quedo impuesto:
Lo que usted tiene, es postema
en el higado.

Ele. Jesus!
que dice usted? Yo estoi muerta!
En el higado? qué horror!
Ay mísera doña Elena!

Brun. Elena se llama usted,
buen nombre para comedia.

Ele. Por Dios, deme uste un remedio
para arrojarla.

Bru. No tenga
temor, que yo le daré

una admirable receta
para que arroje de un golpe
los intestinos con ella.

Ele. Yo tiemblo solo de oirlo!
Mire usted que soi doncella
por si es del caso; ai de mi,
por amor de Dios, que sea
eficaz; que el boticario
todos los botes revuelva.

Bru. Vaya, pues; esta bebida
tómela en ayunas; ea,
tenga usted valor.

Ele. Don Bruno,
yo vivo en la calle Nueva.

Bru. Ya sé la casa, allá irè.

Ele. No lo olvide.

Bru. Yo iré á verla.

Ele. Diga usted podré comer
picantes, ó guardo dieta?

Bru. Coma usted cuanto quisiere.

Ele. Cuidadito. (*vase.*)

Bru. Nada tema:
vaya usted con Dios. Qué posma!
prosigamos la leyenda.

Ped. Dios quiera que no interrumpan.

Bru. Al majadero que venga
le receto cuatro libras
de soliman i rebienta.

Juan. Prosiga usted.

Bru. A eso voi.
oid: jornada primera.
Aparecen siete montes
en el centro de una escena,
i el del medio arrojará
llamaradas, humo i piedras,
terremoto, lluvia i viento;
i entre truenos i centellas
sale del dicho vesubio

Satanás con las orejas
chamuscadas, i vestido
de currutáco.

Juan. Que bella
decoracion!

Bru. En poniendo
debajo media docena
de barriles, atacados
de balas, pólvora i piedras,
saldrà volando el actor
sin necesidad de cuerda.

Ped. No hai como la propiedad.

Juan. Mas si el teatro se quema?

Bru. Que se queme: mas por eso
pondrán mi nombre en gazeta,
i dirán que supe hacer
á lo vivo una tragedia.

Ped. Dices bien.

Bru. Pues escuchad,
que Lucifer representa.
Ha del negro pavimento
del abismo, donde afeitan
los barberos de Pluton
tantísima cara fea:
Salid, espíritus negros
á mi voz: no te detengas
horroroso Tintimarró;
tu, asqueroso Girapliega,
Conicordio, Casquirrubio,
Cachicanuto.

Sale Canil. Dios sea
en esta casa: Yo vengo
à ver á usted.

Bru. Presto, apriesa,
vaya á meterse en la cama,
i haga usted las diligencias
de cristiano, i que le pongan
dos cáusticos en las piernas.

Cani. ¿Señor .á donde va usted

con tanta metralla? ea,
que me tiene usted cariño.

Bru. ¿No està usted malo?

Cani. Ni quiera
la sàbana santa, que
á mi cuerpo ná le duela.

Bru. Como tiene usté esa cara
hipócrática, cualquiera
le mandara disponer.

Cani. Cara hipocondrica? arrea
¿á que me mete uste ahora
en descrúpulos?

Bru. Qué flema!
prontito, ¿qué se le ofrece?

Cani. No sea usted súpito, prenda:
vamos, venga usted á la hora
à visitar una enferma.

Bru. Allá iré luego.

Cani. Usted mire
que tiene una pataleta
que no se puede lamer.

Bru. Insulto?

Cani. Muchas pesetas.

Bru. Cuando le diò?

Cani. Escuche usted
toito el caso: usted sepa
que Pepilla la Ronchona
tuvo ayer noche, una cena,
de cachipolache.

Bru. Ya:
bebió, i se atracó sin rienda.

Cani. Yo no se; pero la probe
comenzó á las tres i media
de la noche, à retorcer
el jocico, dando vueltas
como un gusano i poniendo
los gritos en las estrellas.
Yo le dige, Manolilla,

¿donde te escarabajea?
habla demonio; i la probe
tirando al aire corbetas,
me respondiò. Yo me muero!
ai paezito! una lezna
me soplan por lo mas jondo
del estómago; i me llegan
los dolores hasta el mesmo
remate de la paleta
posterior; la madre al punto
medio aturdida, en las piernas
le puso unos aforismos
i le encajó una docena
de rogativas, cada una
mas grande que una cubeta.
En fin, con este remedio
le vinieron con tal fuerza
unas fuertes comisiones
que se iba de bareta.

Bru. Mui bien hecho: i se alivió?

Cani. Que aliviar si pide iglesia
à too trapo: La cara
parece una berengena.

Bru. Márchese usted que allá voi.

Cani. No me muevo, tan i mientras
que usted no venga conmigo.

Bru. Estoi leyendo una pieza
dramàtica á los amigos.

Cani. Pues al avio; usted lea
su perlàtica, que yo
estarè en esta silleta.

Bru. No hai fuerzas para lidiar
con esta gente!

Juan. Paciencia,
señor don Bruno.

Ped. Prosigue,
que no importa que se muera.

Bru. Pues escuchad: concluida

la invocacion, se descuelgan
por cuatro cables mui gordos
atados á la cazuela
todos los diablos nombrados,
vestidos de petimetras.

Cani. Mire usted por poco anoche
no me llevan con la gresca
del consulto de mi hija;
i sino voi á la taberna
i le pido al montañez
el abrigo, se me yelan
las injundias, i á esta hora
estoi ya como la enferma.

Bru. Calle i atienda usté amigo.

S. *Clara.* Señor, dé usted para especias.

Bru. Aguárdate. i de camino
escucharàs esta escena.

Clar. Avise usté en acabando
que yo no escucho simplezas. (*vase*)

Bru. Bruta, insensata, que sabe
de poesia la mui puerca!
hoi tengo de despacharla.

Cani. Señor doctor, que la enferma
está liando el petate.

Bru. Que se espere ó que se muera,
que esto es primero.

Ped. Prosigue;
no hagas caso de quimeras.

Sale Jaime. Señores, mui buenos dias,

Bru. Ay desgracia como esta!

Ped. No disgustes á tu suegro.

Jaim. Como está de esa manera
sin peinarse?

Bru. No ha venido
el peluquero.

Jaim. Son cerca
de las diez.

Bru. Siéntese usted,

i escuchará una comedia
que he compuesto.

Jaim. I los enfermos
que esperen, ó que perezcan.

Bru. Si ya acabo. Escena quinta.

S. *Silvestre.* Señor don Bruno, que esperan
en la junta. Venga usted.

Bru. Que esperen enhorabuena,
que esto es primero.

Cani. Señor,
mire usted que està la enferma
en aquel parasimismo.

Bru. No me quiebre la cabeza;
si se ha muerto que la entierren,
i si no tenga paciencia.

Silv. Qué dice usted?

Bru. Que te aguardes
i oirás una gran comedia.

S. *Currillo.* Paire, pairecito mio,
que mi hermanita Manuela
ahora mismito se ha muerto.

Cani. Qué dices cara de peña?
esa noticia me traes?
Señor doctor, ya la enferma
dice, que no ha menester
sus medicinas.

Bru. Requiezcam:
me ha escusado un homicidio
con haberse muerto ella.

Cani. Qué caliá tiene usted.
señor méico! Se vea
en Argel, con esa bata
que me parece alma en pena.

Bru. No venga uste à sofocarme:
á bien que cuando se ofrezca
otra vez llegaré á tiempo.

Cani. Antes toitas mis muelas
à la puerta de un barbero

se columpien, que yo vuelva
á llamarle en toa mi vida.

Sale Elena. Señor don Bruno usted piensa
mofarse de mi? ¿qué sarta
de disparates es esta?

Bru. Qué es lo que dice, señora?

Ele. Qué he de decirle? que apenas
el boticario tomó
en la mano la receta,
cuando comenzó á soltar
carcajadas: la caterva
de médicos que alli estaban,
acudiò al instante à verla;
entonces todos à un tiempo
con las quijadas abiertas
se tiran sobre las sillas
i los hijares se aprietan.
Solo un viejo con coraje
tiró la peluca en tierra,
i esclamó, ¡qué la salud
se confie á tales bestias!

Bru. Cómo, como? bestia yo?
habrà mayor insolencia!

Jaim. A ver, venga ese papel,
que algo entiendo la materia.

Lee. «Recipe: Cinco barriles
de pólvora, i ciento i treinta
demonios hermafroditas
con otras tantas cigüeñas
infernales. El doctor
don Bruno.» No lo creyera!
Se han burlado con razon,
i aun han tenido modestia,
respecto de los dislates
que en este papel se encierran.

Bru. Toma! una equivocacion
siempre la tiene cualquiera.

Ele. Equivocacion en cosa

en que tanto se interesa?
Insensato! à mi atacarme
de pòlvora; cual si fuera
algun mortero de aplaca!
Yo le pondré una querella.

Cani. Pues si viera usted señora,
lo que ha hecho conmigo! Ea,
que es la última de toas
las endinidades: esta
mano me corte el buchí
si el dia que yo le vea
por la fragua no le rasco
con un jierro la cabeza.

Ele. Será mui bien empleado.

Brn. Prontito, tomen la puerta.

Silv. Señor, que espera la junta.

Bru. Di que llamen á quien quieran,
que yo no vuelvo á curar,
pues tengo treinta talegas
que me dá mi suegro, el dia
que con su hija Teresa
me despose.

Jaim. Sino trata
de buscar novia i moneda
por otra parte, se engaña.

Bru. Qué es esto? usted se blandea?

Jaim. Si señor, porque seria
yo un demente, si le diera
la muchacha á un insensato
que su profesion desprecia
por otra que no conoce,
perdiendo de esta manera
reputacion é intereses
en una i otra carrera. *vase.*

Bru. Ay don Juan que yo me ahorco!

Can. Muchacho, corre por cuerda,
i todos por caridad
jalaremos de las piernas.

Ped. Hombre, mira, en escribiendo
cada mes ciuco comedias,
te hartas de plata.
Bru. Es verdad,
i asi voi á acabar esta
para que la representen.
Ele. Yo pagaré una docena
de mugeres que la griten.
Bru. I yo pagaré cincuenta
que la aplaudan.
Cani. Si usted quiere
gente que chifle con fuerza,
le daré á usted de refuerzo
un batallon de viñeras.
Ele. Lo admito.
Bru. Allá lo veremos.
Cani. No haga usted caso, mi reina.
Todos. I aqui acaba este sainete
perdonad las faltas nuestras.

FIN.

EL LETRADO DESENGAÑADO.

PERSONAS.

Isidora.
Tadeo.
Don Ambrosio.
Don Roque.
Don Calixto.
Don Pedro.
Gregorio.

EL LETRADO DESENGAÑADO.

Calle corta. Sale por un lado Tadeo con fraque, i por otro Isidora de saya i mantilla.

Tad. Adonde bueno, Isidora,
vas con todo ese poleo?
Isid. Voi á ver á una amiguita.
Tad. No será sino á don Pedro.
Isid. Calla bobo, si te he dicho
que à ti solito te quiero.
Tad. No lo dudo; pero como
lo has tratado tanto tiempo,
es fuerza que algun cariño
le cobrases; fuera de esto
don Pedro es un abogado
que maneja muchos pesos,
i yo solo soi un pobre
pasante, qne ni dinero

ni otaJcosa que lo valga
para regalarte tengo.

Isid. I qué importa saleroso
si el gusto no tiene precio?
ademas que aquel que suda,
por mas plata que eche al viento,
de nuestra gran vanidad,
tan solo adquiere el derecho
de llamar á todas horas,
i entrar mui grave tosiendo;
pero á la verdad ni pisca
de cariño le tenemos.
Ya se ve tienen el mando,
es preciso complacerlos,
i lo que huele á prision
causa á todo el mundo tedio.
Por eso en enfermedades
i ausencias, ocupa el puesto
un fingurin, qne con cuatro
trapitos que le ponemos,
deja el pobre manejarse
como si fuera un muñeco.
De aqui podrás conocer
que los tres años de empeño
con don Bestia, poco golpe
le han de haber dado à mi genio;
porque si el gusto se cansa
á los dos años, i aun menos,
¿qué será el disgusto? Puf,
asco me dá si lo pienso.

Tad. Conque sacamos en claro
que tiene plazo el afecto
que me profesas?

Isid. Acaso
en el mundo es algo eterno?
Pero deja reflexiones
melancólicos, i luego
vete à casa.

Tad. Cuando acabe
de escribir un pedimento
iré à verte, prenda mia.
Isid. Dentro de mui poco espero
no volverte à ver, cariño,
con la tinta entre los dedos.
Tad. A la verdad, no quisiera
que descubriese don Pedro
si tiene rival ó no.
Isid. Que lo sepa i que tenemos,
Tad. Yo por ti lo sentiria,
pues dice que sino ha hecho
un disparate contigo
es por no saber de cierto
si lo has plantado por otro.
Isid. Eso dice? Qué sugeto:
A que hoi te saco de allá?
Tad. No te espongas á ese riesgo.
Isid. Canario, si no eres hombre
por qué enamoras?
Tad. Qué es eso?
en tocándome al honor
todo al punto lo atropello.
Ya puedes ir cuando quieras.
Isid. Pues bien luego lo veremos.
Tad. I qué harás?
Isid. Si lo has de ver.
Tad. Està bien.
Isid. Pues hasta luego. (*vanse.*)

Estudio de letrado con mesa, sillas ect. Sale don Pedro i Gregorio.

Ped. Abre esa puerta, que llaman.
Greg. Quién es? (*Abre.*)
Sale Ambro. Mi señor don Pedro
buenos dias.
Ped. Don Ambrosio,
siéntese usted; qué tenemos?
Amb. Yo venia á ver si acaso

me forma uste el pedimento
que le dije.

Ped. De la casa;
ya hago memoria; en viniendo
el pasante, en tres minutos
lo hilvanaré. Que, si tengo
la cabeza como un loco.

Amb. No estudieis tanto.

Ped. No leo
cuatro renglones al dia;
otro es mi mal: yo fallezco!

Amb. Vamos, qué os ha sucedido?

Ped. Que he perdido mi sosiego
mi fortuna, mi delicia,
mi esperanza, mi consuelo.

Amb. Ya es eso mucho perder.

Ped. Pues aun yo no lo exagero,
porque solo me ha quedado
la vida para tormento.

Amb. Sepamos ese infortunio.

Ped. Si usted me guarda secreto
le descubriré mi pena.

Amb. Hábleme usted sin recelo,
pues sabe que soi honrado.

Ped. Eso, amigo, me dá aliento.
No sabe usted que Isidora
me ha plantado.

Amb. Justo Cielo!
eso origina sus quejas?
Yo creí que era usted reo
de inquisicion ó de estado.

Ped. A usted le parece juego,
porque tiene ya sesenta
navidades sobre el pelo.

Amb. Eso será. ¿I como ha sido?
Usted le tenia afecto?

Ped. Si señor: quién lo creyera!
Despues de tan largo tiempo

en que la infiel me ha comido
las pandectas, el Digesto,
i tantos libros en folio
como contiene el derecho,
tuvo ayer la avilantez
de decirme que ya huelo...

Amb. A qué huele uste?

Ped. A miseria:
i dice bien, pues no tengo
ni cerilla en los oidos.

Amb. Amigo mio, escarmiento.

Ped. Vaya, yo me muero pronto.

Amb. Olvídela usted.

Ped. No puedo.
¡Oh mi señor don Ambrosio
quela infiel me ha dado sesos
de mosquitos.

Amb. Haga usted
por poner otra en su puesto.

Ped. Poner otra? Si ninguna
puede tener su salero;
sobre que es la quinta esencia
de las mozas de este pueblo?

Sale Tadeo. Señores, mui buenos dias.

Ped. Vâlgame Dios, don Tadeo,
que sabiendo usted que estoi
rabiando aqui como un perro,
venga tan tarde al estudio?

Tad. Yo tambien señor don Pedro
me siento malo.

Ped. Paciencia;
hagamos un pedimento.
Ay don Ambrosio, yo espiro!

Amb. No sabe usted cuanto siento
molestarlo.

Ped. A bien que es cosa
que se despacha en un vuelo,
Está ya el márgen?

Tad. Ya está.
Ped. Pues bien, vaya usted poniendo.
D. Ambrosio de Oropesa...
Tad. Oropeza...
Ped. Dicho i hecho,
con zeta lo ha puesto usted.
Tad. Ya verá usted cual lo enmiendo.
Ped. Vaya usted á escribirle al Bei
de Argel, andaluz podenco,
que yo noto en castellano.
Tad. De suerte señor don Pedro
que yo no debo pagar
sus disgustos ó sus zelos.
Ped. Ai don Tadeo del alma,
sabe uste acaso si tengo
sustituto?
Tad. Me parece
que hai en la jaula Gilguero.
Ped. Otro canta i yo suspiro?
no puede ser, don Tadeo:
i si es cierto, vive Dios
que en llegando á conocerlo,
le he de hacer ver que Minerva
tiene morrion i peto.
Amb. Vaya, sosiéguese usted,
que mañana el pedimento
se acabará.
Ped. No señor,
ahora lo haré que eche fuego.
Escriba usted.
Tad. Ya està el nombre
Ped. Lo demas hasta que entremos
en materia. Don Ambrosio,
dichoso usted que ya es viejo
i se reirá del amor.
Salen don Roque i don Calisto.
Roq. Amigo, con sentimiento
venimos à visitarte.

Ped. Calisto, Roque, que es esto?
conque ya de mí desgracia
corre la nueva en en el pueblo.
Calis. Todos tus amigos saben
tu infortunio.
Ped. Yo me muero.
Roq. Tu lloras?
Ped. No he de llorar?
Hércules hacia lo mesmo
i se comia un leon,
como si fuera un carnero.
Calis. Perico, conformidad.
Roq. Vaya, formemos el duelo.
Ped. Siéntense ustedes.
Tad. Se deja
el trabajo?
Ped. Esto es primero.
arrímese úste á llorar.
Roq. Por qué ha sido el rompimiento?
Ped. Yo no lo sé: puede ser
que ya le parezca feo.
Ved aqui el caso: ayer noche
fuí á su casa con intentos
de sacarla á pasear,
llamé seis veces, me abrieron,
i hallé á Isidora que estaba
junto à un bufete leyendo.
Dejó el libro sin mirarme,
volvióme la espalda, i luego
comenzó á abrir i cerrar
el abanico: me acerco,
i le digo con dulzura:
¿qué tienes mona? No tengo
nada, respondió con aire.
Digole entonces, ¿mi dueño,
no miras á tu Perico?
i me respondiò, torciendo
el hocico: linda cara!

Calis. Eso seria un requiebro.
Tad. Una fineza ah, àh, ah.
Ped. Que fineza ni embeleco,
i el tono con que lo dijo?
Amb. I bien como acabó el cuento?
Ped. Preguntéle por qué causa
me trataba con tal ceño:
i la infame con descoco
me respondió: Caballero,
hasta aqui tuvo su plata
dentro de mi casa asiento,
parece que ya la veta
no produce, otro minero
aguarda licencia; agur
que está usted perdiendo tiempo.
Calis. I tú que hiciste?
Pedro. La rabia
me puso entonces tan ciego,
que no sé si la embestí;
pues cuando volví en mi acuerdo
me hallé en medio de la calle
tropezando con un perro.
Roq. De aqui á dos dias harás
las paces.
Ped. Paces? primero
he de dar las boqueadas.
A mi tales vilipendios
despues que por sostenerla
he enredado al universo?
No señor, aunque me ruegue,
he de estar tieso que tieso.
Roq. Pero que linda muchacha!
Tad. Se le derrama el salero.
Calis. Ninguna pisa la calle
cón mas poder.
Ped. Qué recuerdos!
cuando yo salia con ella
el aire que hacia su cuerpo

me servia de abanico.
Amb. Yo no le encuentro defecto.
Calis. Yo le hallo uno.
Roq. Cual es?
Calis. Que tiene el tobillo izquierdo
dos dedos mas levantado
que el otro, ¿no es verdad, Pedro?
Ped. No lo niego: fué un desguince
bailando un dia el bolero
en la calle de la Bomba.
Tad. Eso tienen los bureos.
Calis. En verdad que no has de hallar
otra Isidora.
Ped. Lo creo.
Ah! si vieras que sutiles
son sus manos! En dos credos
me limpiaba los bolsillos,
cuando llevaba dinero.
Sale Grèg. Doña Isidora Bermudez
por usted pregunta.
Ped. Cielos,
Isidorita me busca!
Amigos mios, yo tiemblo
lo mismo que un azogado.
Tad. Yo no penetro el enredo
de Isidora.
Ped. Qué he de hacer?
Roq. Vaya, sosiégate, Pedro;
qué temes?
Ped. Qué he de temer?
quebrantar el juramento
de no tratar mas con ella.
Calis. Pues despídela con ceño.
Ped. Cómo? si así que me dice,
Periquito, mono, negro,
yo te chero, me trastorno,
¡ hombre al agua sin remedio.
Amb. Decidle que no está en casa.

Calis. Pues que salga don Tadeo
á despedirla:
Tad. Mui bien,
le diré que està en el Puerto.
Ped. No vaya usted que es capaz
de embestirle à un granadero.
Se conoce que usted ignora
á lo que saben los dedos
de esas ardillas: mirad
como tengo yo el pescuezo;
pues solo en curarme araños
he gastado cuando menos
seis botes de ungüento blanco
i tres de bálsamo alcedo.
Calis. Pues qué se ha de hacer?
Ped. Que entre.
Amigos. conocïendo
que voi á dar un zarpazo
tosan ustedes á un tiempo.
Sale Isid. Señores, felices dias.
Todos. Beso á usted los pies.
Ped. Asiento.
Tad. Yo quiero servir de paje.
Isid. Espérese usted don Pedro
tiene cara de lacayo.
Ped. No trate con tal desprecio
á un hombre de mi carácter.
Isid. Yo juzgué favorecerlo,
porque servir á las faldas
es propio de Caballeros.
Ped. Ya se que es obligacion. (*le arrima.*)
Isid. Señor don Pedro me alegro
de ver esa real persona.
Ped. No ha mucho que en otro puesto
me comparó uste á Holofernes.
Isid. Si yo siempre me chanceo
con quien estimo.
Ped. Ya, chanza.
Todos. Je, je, je, je.

Isid. Qué es esto?
parece que en esta casa
todos padecen de muermos.
Tad. Vaya que el lance es gracioso.
Isid. Miren que tres estafermos
para un tablado en la plaza
de san Antonio.
Ped. Qué ojuelos
tan lindos! Mas resistencia.
I bien, señora, en que puedo
servir à usted?
Isid. No soi digna
de ese honor, porque un sugeto
me ha puesto el clavo i la ese
en la carita.
Ped. Está lejos?
Isid. Está tan cerca, cerquita
que me escucha, i yo lo veo.
Ped. Isidora, no me mientas,
porque yo...
Todos. Je, je, je.
Isid. Presto,
muchacho toma un real
i còmprale à estos enfermos
un poco de lamedor
de azofaifas para el pecho.
Tad. Como hace norte sin duda
se han resfriado.
Isid. Lo siento;
que se arropen i les pongan
esta noche en el celebro
una rueda de molino
para que suden. Qué gestos!
Ped. Señora, usted me perdone
que ahora tengo cuatro pleitos
entre manos, i es preciso
no desperdiciar el tiempo.
Isid. No me prive uste del gusto

de mirar lo que mas quiero;
sientese usté otro ratito.

Ped. Si aprieta mas, me blandeo. (*Apar.*)
Vaya, ¿que me quiere Vd?

Isid. Le digo á Vd. lo que siento;
sobre que no he de negar
que es esta casa mi centro.

Ped. Qué palabras! cada una
es un puñal. No te creo
traidora, porque yo he visto
que todos son fingimientos.

Todos. Je, je, je, je.

Isid. Pobrecitos!
que làstima de gargueros
para un dogal.

Ped. No hagas caso.
Ah! cruel. Si fuera cierto
lo que dices...

Isid. Pues lo es,
porque en este sitio tengo
al dueño de mis potencias.

Ped. Mira, si vieras mi pecho,
si tu vieras los estragos
que hacen en mi tus despegos.

Todos. Lan, laran, laran, laran.

Ped. De vuestras bocas reniego.

Isid. Vaya, mudaron de tono:
tienen estos caballeros
algun fuelle para darles
como á los órganos viento?
Cuenta que ya yo me atufo.

Ped. Señores, basta de juego;
dèjenme ustedes hablar,
que este es un asunto serio.

Calis. Pues porque nos suplicaste
que tosiésemos en viendo
que te rendias?

Ped. Entonces

amigos, era otro tiempo.
Tad. I el juramento no obliga?
Ped. No mira usted don Tadeo,
que Isidorita se pone
en la razon? Acabemos:
dulce mona de mis ojos,
negra de mis pensamientos,
conque delante de tí
tienes el único objeto
de tu cariño?
Isid. Cabal,
i seré en queriendo ejemplo
de mugeres, si conmigo
no es indigno en sus manejos
Ped. Ah! morenita! una roca
será en amarte mi pecho:
si, yo lo juro á tus pies,
hermosísimo embeleso
de tu Perico.
Isid. Despacio:
porque miro á usted mui lejos
del punto que aqui se trata.
Ped. Vida mia, no te entiendo.
Isid. Pues sèpase que yo hablo,
no de usted, de otro sugeto
que me gusta mas que usted.
Ped. Me ha dejado sin resuello.
Todos. Ah, ah, ah!
Que lindo chasco!
Ped. Dime, cocodrilo fiero,
quien de los presentes tiene
la dicha de ser tu dueño?
Isid. Yo no queria decirlo;
porque le tengo á usted miedo.
pero como me lo pide
por favor, fuera mal hecho
no concedérselo, el dia
que está usted jediendo á muerto.

Ea, pues de estos señores
al que tenga mejor gesto
dele usted la enhorabuena.

Ped. Con una tranca en los sesos.
Es Calisto?

Isid. No señor,
está ese pobre mui seco.

Calis. Me han puesto asi los ayunos.

Ped. Es Roque?

Isid. Ponga usted cero.
No ve usted que tiene mucha
barriga para cortejo?

Roq. Es que me doi buena vida.

Isid. Mas valdrà uste en el perneo.

Ped. Qué fuera que don Ambrosio
se haga el hipócrita?

Isid. Menos
en mi vida me ha gustado
la gente de poco pelo.

Amb. Lo estimo.

Ped. Quién es, ingrata?

Tad. Yo solo falto don Pedro.

Ped. Aqui no toca usted pito
copie uste aquel pedimento.

Isid. Pito no, primer violin
toca el señor don Tadeo.

Ped. Conque es tu amante?

Isid. Cabal.

Ped. Que esto escucho i me contengo!
un hombrecillo, un salvage,
que es un alarbe escribiendo,
se prefiere à un literato
que se ha metido en los sesos
tres mil titulos de libros
entre grandes i pequeños!
Ea, salga de mi casa:
ahi tiene usted su sombrero;
hijo mio á mendigar

pan á otra parte.

Tad. Silencio,
no me toque uste à la ropa
porque entonces nos veremos.

Ped. Usted me levanta el grito?

Isid. No señor, yo soi quien quiero
si prosigue usted ladrando
descañonarle el pescuezo.

Ped. Detengan á esa muger.

Calis. Vaya, se acabó el estruendo.

Amb. Vayanse ustedes.

Isid. Nos vamos;
pero sepa ese estafermo,
que vale mas un zapato
de mi chulo que sus pesos.

Tad. Si señor, ella lo dice,
i yo tambien lo mantengo.

Isid. Deja esa cara de cafre.

Tad. No lo alabes que me encelo.

Isid. Pero si lo quiero tanto...

Tad. Son pasiones, ya lo veo.

Isid. Agur prenda, i no se olvide
de convidarme á su entierro. (*vase.*)

Ped. Ay amigos! despertadme,
porque yo pienso que sueño
lo que me pasa; mas no
que segun el traqueteo
convulsivo de mis bofes,
ya no dudo que sea cierto.

Calis. Me alegro de que un baboso
tenga tan malos sucesos.

Ped. Pero à quien siendo de carne,
no engañaran sus requiebros?

Roq. Abrirás los ojos?

Ped. Si,
desde este instante aborrezco
todo cuanto tenga nombre
femenino. ¡Por Tadeo

dejarme esa bribonaza!

Amb. Paciencia, señor don Pedro;
i hágame usted el favor
de acabar el pedimento.

Ped. Como, si voi á meterme
en la cama? Yo recelo
un ataque á la cabeza.
Muchacho, llama un barbero
que venga al instante á echarme
un cáustico en el celebro.

Calis. Pobre Pedro!

Ped. Acompañadme
otro rato en mi aposento.

Calis. Vamos todos suplicando

Todos. Que perdonen los defectos.

FIN.

EL DIA DE TOROS EN CADIZ.

PERSONAS.

Clara.
Simeona.
Ignacia.
Pepa.
Cármen.
Doña Blasa.
Ambrosio.
Eusebio.
Canuto.
Noverto.
D. Lucio.
Un cabo de escuadra.

ELDIA DE TOROS EN CADIZ.

Salon corto, con sillas. Salen Clara i Simeona.

Clara. Déjame, muger, que estoi
como una loca! Qué rabia!
Encontrarme un dia de toros
sin tener un real en casa!
No sé como no me mato.
Sim. Señora, por santa Clara,
tenga usted paciencia.
Cla. Como!
buena quedará mi fama
si vieran los petimetres
que yo no estaba en la plaza.
Vaya, yo no sé que hacer (*llaman*)
en este apuro... Que llaman.
Sim. Ya van.

Clar. La sofocacion,
me ha de obligar á que haga
un desatino: quién es?
Sale Ignacia, petimetra.
Ign. No vienes, no vienes Clara,
á los toros?
Cla. No.
Ign. Què es esto?
estàs por ventura mala?
Cla. No.
Ign. Pues qué tienes Clarita?
Cla. Que no tengo ni una blanca.
Ign. Vaya, vaya, que está Cádiz
descouocido: aon las damas
de nuestro mérito, iremos
mui pronto por la gandaya. (1)

---

(1) En la comedia *El mejor par de los doce*, obra de don Juan de Matos Fragoso i don Agustin Moreto se dice:

—Qué es *gandaya*? Es una flor
á modo de la del berro;
pero pienso que lo yerro:
yo te lo diré mejor.
Buscar la *gandaya* es ir
quien no tiene ocupacion,
ni oficio, ni pretension,
ni modo para vivir
á buscar con qué comer,
i todo el lugar andado
le anochece à este cuitado,
como suele amanecer.
I el que cuando lo dèsmaya
el hambre, se va á acostar
sin comer i sin cenar
es quien *haya la gandaya*.
N. del E.

Cla. Yo me muero.
Ign. I con razon,
porque no es decible, cuanta
reputacion en los toros
una buena moza alcanza.
Cla. Ya se ve, como que entonces
la mas pobrecita, carga
con todo el cofre; despues
como ocupamos las tablas
delanteras; i las flores,
el arrebol, la distancia,
todo alucina, la gente
(cual si fuéramos estampas
de venta) nos examina
tan absorta i elevada,
que despues de hecho el despejo
se ven lagunas de babas.
Sale Simeo. Señora, los silleteros.
Cla. No hai remedio, que se vayan:
pero mira...
Sim. Mande usted?
Cla. Que se yo... Querida Ignacia,
dame un consejo.
Ign Que vendas
ó empeñes cualquier alhaja.
Cla Que he de vender, si mis prendas
nunca ha querido sellarlas
el contraste, i de vergüenza
se me ponen coloradas.
Ign. No tienes maltés?
Cla. Si tengo,
pero todas las mañanas
me quita el sueño maullando
por una cuenta atrasada.
Ign. Pues piensa lo que has de hacer,
i á Dios, hija, que me aguarda
don Pedrito
Cla. Espero un poco.

Ign. Si tu no resuelves nada.
Cla. Te parece, di, que venda
aquel colchon de la cama?
Ign. Yo aunque durmiera en el suelo
lo vendiera.
Cla. Ea pues llama,
Simeona, al ropa-vejero
de aqui junto.
Sim. Adios, mi ama
dà la corrida que viene
de costillas en las tablas .. (*vase.*)
Ign. Hija mia, penitencia.
Cla. I qué se ha de hacer? Ignacia!
Los tiempos están perversos,
i es preciso usar de maña
para aparentar decencia.
Yo conozco muchas damas
que llevan en las mantillas
encages de media vara,
i solo comen, tres cuartos
de pescado en una salsa,
que llaman zámpalo presto,
i aun dias sé que se mascan
dando saltos i carreras,
porque la mesa, es la palma
de la mano.

Salen Simeona i Ambrosio.

Sim. Aqui está Ambrosio.
Cla. Vaya, Ambrosio; tienes plata?
Amb. Como he de tener un cuarto
si en dia de toros, no hai caja,
no hai armario, ni silleta
que á la tienda no me traigan;
de manera, que parece
se muda el barrio á mi casa.
Cla. Pues es preciso me compres
el colchon que ha tres semanas
me vendiste.

Amb. De manera
que si usted me dá la alhaja
por la mitad...
Cla. El dinero
i no se hable mas palabra.
Amb. Allá van dos pesos fuertes:
donde está el colchon?
Cla. Mañana
puedes mandar un gallego.
Amb. Que gallego, ni que áca:
yo lo bajaré de un salto.
Cla. Vé con Simeona, i despacha
no entre alguien.
Ign. Yo me voi.
Cla. Vendrás esta noche Ignacia?
Ign. No, porque ceno en la fonda
con un sugeto.
Cla. Pues anda,
i guárdame una fineza.
Sale Euseb. Felicisimos, madamas.
Cla. Don Eusebio, qué milagro!
Yo lo hacia á usted en la plaza.
Eus Pues vamos, porque se pasa
el tiempo
Mirando el reloj.
Eus. Las dos i cuarto.
Aun es mui temprano: vaya
siéntese usted que tenemos
que hablar cosas de importancia.
Cla. Entra, i di al ropavejero
que todavia no salga.
Ign. No me puedo detener.
Cla. Vamos que la tarde es larga,
i alli podemos hablar
á nuestro gusto.
Ign. Adios, Clara.
Cla. Espera un poco, muger.
Eus. Siéntese usted.

Ign. Si me aguardan.
Cla. Vàmonos, porque mas tarde,
no habrá sitio.
Eus. Nos lo guarda
mi criado.
Cla. Ay! el pañuelo
se me olvidaba: muchacha?
vuelvo pronto.

Al entrar sale Ambrosio con el colchon, i Simeona.

Amb. Con licencia
de ustedes.
Cla. Ya estas pagada,
hija mia, con que asi
ponte al instante tu saya,
i tu mantilla, i á Dios,
que no quiero yo criadas
respondonas. (*Hace que llora.*)
Sim. Pero, yo...
Cla. No me llores
Sim. Si por nada
se pone usted como un tigre.
Ign. Pero, muger, porque causa
la despides?
Cla. Porque tiene
una lengua como un hacha.
Sim. Pues diga uste, en que he podido
ofenderla?
Ign. Vamos, Clara,
no te sofoques
Sim. Señor
suplique usted á mi ama
que no me despida.
Eus. Yo
me empeño por la muchacha.
Cla. No sabe usted quien es esta:
despues que tiene sobrada
la comida, i que jamas
su salario se le atrasa,

no cesa de murmurarme.
Eus. Por esta vez, perdonadla.
Cla. Por el señor, te recibo,
insolente; ve, i alcanza
al mozo.
Sim. Ya estará lejos,
despues iré por la cama.
Ign. Yo me voi. (*vase, i llaman*)
Cla. Adios, hijita:
hasta luego: vé quien llama.
Eus. Vaya mi doña Clarita,
si supiera usted las ansias
que me cuesta!
Cla. Pobrecito!
se le conoce en la cara.
Sale Sim. Un hombre busca al señor.
Eus. A mi buscarme?
Cla. Hará falta
en otra parte.
Eus. Yo pienso
que me equivoca. Qué traza
tiene ese hombre?
Sim. El es largo
i angosto, como sotana,
moreno, mal encarado,
i tiene unas patillazas
que parecen dos orejas
como de perro de aguas.
Eus. No sé quien es.
Cla. Di que entre;
asi la duda se acaba.
Sale Canut. Guarde Dios la gente buena.
Eus. Canuto, tu me buscabas?
Canu. No señor, pero me dijo
el ropero que uste entraba,
cuando sacaba el colchon
de esa niña.
Cla. Usted se engaña,

que era el colchon de la moza.

Can. Ya, se equivocó.

Eus. Despacha,
qué se ofrece?

Can. Escuche usted
con licencia, una palabra.

Eus. Qué me quieres?

Can. La verdad,
mire usted que si mi hermana
llega á oler que esta gachí
le jace sombra, la agarra
i le arranca á usted los flecos
del tus tus, á manotadas?

Eus. Pero si es una señora
decente.

Can. La cercunstancia
de decente me ha gustao:
si, que mi hermana se espanta
de manojos: mire usted:
la otra tarde á una maama
que llevaba una mantilla
de soplillo, i una saya
de lustre, con mas pingajos
que una torre empavesaa,
le pegó tal arañazo,
que le arrancò de la cara
una espuerta de caliza,
i se le quedó la facha
lo mismo que una careta
medio negra i medio blanca.

Cla Vaya, que està bueno el chasco:
don Eusebio, si lo llaman
no se detenga por mi.

Eus. Perdone usted doña Clara,
que es otro asunto. Ya ves
que se incomoda esta dama.

Can. Qué dama, si la conozco

lo mismito que à mi hermana;
esta vivió habrá tres años
en la Viña, en una casa
de vecindad, i tenía
alquilada una cobacha:
despues una bien-hechora
le buscó mejor posaa,
la vistió como un palmito,
de modo que doña Clara
no da un paso, si con ella
dos genoveses no cargan.

Cla. Ya no tengo sufrimiento
no he visto historia mas larga.

Can. Como que es un asuntilo
de comercio.

Cla. I usted trata
de cobrar el corretaje?

Eus Doña Clara, ya se acaba.
Hombre, por amor de Dios
que Cármen no sepa nada.

Can. Seguro; yo no me precio
de tener la lengua larga:
esto es tan solo decirle
lo que hace al caso.

Eus. Pues anda,
que á la noche veré á Càrmen.

Can. Pero diga usted no hai nada
para el muo?

Eus. I què he de darte?

Can. Válgame Dios, i que entrañas!
Soi tan indino, que yo
no merezca ver la cara
de mi rei? Ande usted pronto
con un estronque.

Eus. Qué maula!
toma i màrchate al instante.

Can. Dios le pague á usted la santa
carià, que hoi todavia

no he probado la manzana.

Eus. Anda con Dios.

Can. Cara é cielo,
bajo de una mala capa...
(ya usted sabe) aunque soi pobre
mande á Canuto Mojarra. (*vase.*)

Cla. Caballero, usted dispense
que yo me voi à la plaza.

Eus. Yo iré al lado de la silla.

Cla. I que alguna bribonaza,
nos venga á reconvenir
en una calle?

Eus. Me agravia
tan infundada sospecha.

Cla. Esto es mirar por mi fama.
Los hombres, con sacudir
en cualquier lance la capa,
quedan puros como el oro,
pero nosotras las damas
pagamos siempre las costas
en tales pleitos. Ni en chanza!
Jesus! Si alguna mozuela
se me plantara de jarras,
en un público imagino
que al punto me desmayara.

Eus. Juro á usted doña Clarita,
que con esa gente baja
yo no me trato, i que solo
vuestro chiste, i vuestras gracias
me embelesan.

Cla. Bien: el tiempo
me dirá si usted me engaña.

Eus. Me conformo.

Cla. Venga usted
junto á la silla: muchacha,
cuenta con no abrir á nadie,
que anda rodando la plata
por esa cocina, i pueden

llevarme alguna cuchara. (*vase*)

Sim. Yo, ni á mi madre le abro.
Que grandisima bellaca!
Juzgará el tonto que lleva
à su lado alguna infanta. (*vase.*)

Mutacion de campo; á un lado se ve parte de la plaza de toros: á otro un cuerpo de guardia: habrá dos filas de puestos con avellanas, naranjas, bocas ect.

Unos. Bocas, bocas de la Isla.

Otros. Avellanas i naranjas.

Sale Canuto, i Noverto marinero.

Can. Camarailla, nenguno (*borracho.*)
á buen mozo á mi me gana:
cabalito: cuantas mozas
han pasado por la plaza
me han guiñao el ojo. Ya,
como yo tengo esta planta
i este aire de taco, toas
por mis huesos se esparraman.

Pasa una silla de mano con una dama.

Nov. Que linda moza, que pasa
en esa silla.

Can. Salaa,
i como me gusta usted:
no has visto tu la sotana
que lleva con tantos pliegues?
Qué si parece una manga
de camisola à la inglesa.

Nov. Pero como te miraba!
que estrella tienes!

Can. Verás
como esa que ahora pasa
se vuelve aqui una aljofifa
por mi pechito.

Nov. Abórdala
sin mieo.

Sale Ignacia i Pepa paseándose.

Can. Si aqui no hai jambre;

déjame poner la capa
á lo calò. Maamita,
si por la concomitancia
quiere usted que la acompañe
un hombre, mande en la plata,
i en la persona.

Ign. Se estima:
esto solo me faltaba.

Pep. Váyase uste á su camino.

Can. Sobre que he de convidarlas:
probaremos dos chiquitas.

Ign. No sea bestia.

Can. Ha de tomarla,
porque lo quiere Canuto,
i porque le dà la gana.

Ign. Tome el majadero. (*Le dá una bofetada.*)

Can. Ves,
como me tomó la cara?
Si la pobre está perdida
por mi cuerpecito.

Nov. Vaya,
si tu too te lo mereces.

Can. Pero si nadie me gana
á salao: el otro dia
en la calle de la Palma
se dieron por este cuerpo
dos mozas una sotana:
pero la mas regordeta
le echó á la otra las garras,
i agachándole el cogote
le tocò por la peana
tal redoble, que al ruido
salian por las ventanas
pensando que un regimiento
con el timbalon entraba.

Nov. Bien hecho, pero que dices
del vino que nos despacha
el montañes?

Can. La verdad
es un vino de sustancia.
Nov. No me convidas á medio?
Can. Acá no hai dolores: anda.
Sale Cárm. Donde vas hombre?
Can. A la tienda
á tomar una tipsana
para el estómago.
Carm. Endino!
con que ya estás con la tranca?
vete á acostar, borrachon.
Nov. Seña Carmensita, vaya,
que no es regular.
Car. Lo es,
porque aunque pobre, es honrada
toda mi gente; i no quiero
que me tiren cuchilladas
las malas lenguas.
Nov. Canastos!
que desde que usted se trata
con caballeros, està
que rebienta.
Car. Envidia i rabia:
muchito, con gente fina
que no huele á brea.
Can. Hermana,
que te la pegan.
Car. A mi?
Can. Remuchito: si te aguardas
un poquito, lo veràs
venir con una maama
en coche de pie, tirao
de dos burros con casaca.
Car. I tú lo sabes?
Can. No puéo
decirte ni una palabra
que estoi muo: Novertillo.
ven, que el montañes me llama.

Nov. A tomar una epidemia.

Pasa una tapada con saya i manton.

Can. Viva ese cuerpo, i la saya
con mas flecos i borlitas
que colgadura de cama:
ay, que se junde Canuto. (*vase.*)

Carm. Quién será la señoraza
que vá á los toros, con ese
endinote? aunque me ahorcaran
los he de esperar aqui,
para cortarles la cara. (*retírase.*)

Sale doña Blasa figurona, i don Lucio lo mismo, estravagantes.

Blas. Jesus! don Lucio, parece
que el espíritu se ensancha
el dia de toros.

Lucio. Es cierto
que el campo parece un mapa.

Blas. Usted viene embelesado
con las mozuelas que pasan.

Lucio. Doña Blasa, quiere usted
que diga lo que me encanta?

Blas. Cuenta con lo que se dice.

Lucio. No es nada malo: esa gracia,
esos ojos retozones,
esas narices romanas,
ese talle, ese donaire...

Blas. Ay! que este hombre me traga!
que cortejo tan furioso!

Lucio. Si la pasion me achicharra!

Blas. Jesus! cual tiembla.

Luc. Este es lance
de que saquemos las cajas.

Bla. Vamos andando.

Luc. Primero, *saca la caja.*
vaya un polvo.

Bla. Que reparan
las gentes.

Luc. Mas que reparen:
abra usted tambien su caja.
Bla. Diran que es mucha llaneza.
Luc. Qué rico! parece un ámbar!
otro polvito.
Bla. Qué hombre
tan voraz!
Luc. Sino se cansan
mis narices: otro polvo.
Bla. Ved que peligra mi fama.
Luc. Si el amor se me ha subido
à los sesos.
Bla. Tolerancia
mi don Lucio.
Luc. No hai remedio,
de esta me sorbo la caja.
Bla. Las manos quietas.
Sale Canuto i Noverto con un pañuelo.
Can. Noverto,
veras como junto plata
pa los toros: Caballero:
una limosna pa un alma
que vá é tumbo.
Bla. Ay que borracho.
Mi don Lucio, que se vaya.
que el tufo me da jaqueca,
Luc. Váyase mui noramala
que yo lo mando.
Can. Lo mismo
que si nadie lo mandara:
vaya, que es el dia de Corpus,
i ha salido la tarasca.
Bla. Qué infame!
Can. De qué boegon
han sacado esas dos caras?
Luc. Conténgase el mui tunante
Can. Soniche porque si pasa
por mi barrio el Sabao Santo,

le cuelgo con la casaca.

Los dos. Ea, vàyase el borrachon.

Car. Pues ya viene aqui la jaula
con la mi señora: bueno!
nos encontramos los guardas
con los metedores.

Sale Clara en la silla i Eusebio al lado

Cla. Hombre,
mas poco á poco la marcha,
sin ese sangoloteo.

Car. Escucha mula de lanza:
(*Se pone delante.*)
(puesto que tu oficio es
romanear á las damas)
¿dime aqui, si esa señora,
es pesada, ó es liviana?

Cla. Ola, quién paró la silla?

Eus. Se cayó á cuestas la casa.

Cla. Digo, qué osadia es esta?
Qué quiere esa bribonaza
deteniéndome la silla?

Car. Oiga usted so remilgada,
no le arranco á usted los tufos,
por tener tela cortada
con este endino. (*Le embiste.*)

Eus. Detente.

Cla. Dejadme, brutos, que salga:
abrid aqui. (*Abren la silla.*)

Eus. Oyeme, Cármen.

Carm. Endino, asi me engañabas?
te he de arañar.

Cla. Donde está
esa gran picaronaza?

Carm. Aqui estoi, doña Melindre.

Clar. Mire usted bien lo que habla.

Carm. Pues no salga uste á la calle
mi señora, con halajas
agenas.

Cla. Los caballeros
acompañan á las damas
en público, i sus mancebas
lo ven, lo saben i callan.
Carm. Pues yo mando en el señor,
i no me dá à mi la gana
que á nadie sirva de paje.
Cla. Ya yo me enciendo; caramba!
múdese usted que el señor
viene conmigo á la plaza.
Carm. Es usia mui visoña
para salir á campaña
conmigo, con que chitito
i tocar la retirada.
Cla. Retirarme? á que si toco
el ataque de las majas,
tiene usted sin dilacion
que volverme la culata?
Carm. Me parece que usted ha sido
Alcon, antes de Calandria.
Cla. Cabalito, i si lo duda
le enseñaré aqui las garras
de esta mano.
Car. A que le pego?
Cla. A que le corto la cara?
Car. A quién, á mi?
Cla. A usted so puerca.
(*Saca una navaja.*)
Todos. Señoras, paz, paz.
Car. Dejarla.
Cla. He de beberle la sangre.
Salen Canuto i Noverto:
Can. Quién se mete con mi hermana?
chitito: que habla Canuto.
cachirulo, que hai navaja
¿Doña Pánfila, usted quiere
que yo le diga en sus barbas
lo del colchon?

Cla. So borracho,
si me vuelve à hablar palabra
le abro del primer puntazo
una canilla en la panza.
Can. Yo borracho? á que le pego
un sopapo en la maraña
de los pelos?
Cla. Vive Dios...
Eus. Tunante tu te propasas
con una muger?
Can. Usted es
el tunante.
Eus. Tu me tratas
de ese modo? he de matarte
gran picaron. *(Saca la espada).*
Can. Santa Marta, *(cae.)*
que me ha muerto: confesion
que me han pasao.
Todos. A la guardia
que lo han matado
Acuden el cabo de la guardia i soldados.
Can. El santolio.
Cabo. Quién le dió la puñalada?
Eus. Nadie, sino le han tocado.
Can. Me han pasado las entrañas
como una breva.
Cabo. Prended
al señor.
Cla. No le ha hecho nada.
Car. Si le han hecho.
Cabo. Lo veremos; *(le registra.)*
dónde teneis la estocada?
Can. Aqui tengo un agujero,
mayor que toa la plaza
de los toros.
Cabo. Dónde?
Can. Aqui
me sopló toa la espada

mas abajo del riñon
occidental.

Cabo. Si no hai nada.

Can. Pues será por otro lado.

Cabo. Donde está?

Can. Junto á la panza
mas arriba del ombligo.

Cabo. Por aqui tampoco hai nada.

Can. Ni por la tetilla izquierda?

Cabo. Todo está limpio.

Can. Pues vaya
no me daria.

Cabo. Bribon,
tu haces burla de la guardia?

Can. Yo no me burlo.

Cab. Llevarlo
para que duerma la tranca.

Can. Noverto, vé á la taberna,
i di al montañez que traiga
la sosiega.

Cabo. La sosiega? con un palo
marche el borracho.

Can. Cachaza
melitar, porque Canuto
sabe mui bien la ordenanza.

Ign. Que van á hacer el despejo.
Tocando clarines

Eus. Vámonos mi doña Clara

Cla. Váyase con la señora,
que pronto hallaré compaña.

Carm. Puf que asco! busque usted
otra señora empolvaa.

Eus. Vaya que he quedado fresco.

Cla. Eso tienen los que engañan
á dos á un tiempo: la silla.

Car. En otro tiempo iba á pata.

Cla. Ya se vé, cuando era yo
del gremio de las quebradas.

Car. Ya quisiera uste un zancajo.
Clar. Para salarlo.
Car. Tomará
la que le sobra.
Cla. Si todo
en las morcillas la gastan.
Ign. Vamos, muger, á los toros,
i dejarse de palabras.
Todos. I aqui acaba este sainete
perdonad sus muchas faltas.

FIN.

LA FERIA DEL PUERTO.

PERSONAS.

D. Narciso.	Curro.
D. Ignacio.	Renito.
D. Anselmo.	Alcalde.
D. Blas.	Periquito.
Doña Eufrasia.	Patron 1.°
Lora, *maja*,	Patron 2.°
Teresa, *maja*.	Buñoleras.
Zapateta.	Vendedores.
Pepillo.	Ministros.

La feria del Puerto.

La escena será telon de marina con dos bastidores por banda: salen dos patrones con las capas debajo del brazo, llamando á varias personas que se pasean: despues sale Pepillo por un lado, i por otro Zapateta dando algunas vueltas, mientras duran los primeros gritos, llegan á encontrarse.

Pat. 1.° Oiga usted caballerito;
mi barco se da á la vela
ahora mismo.
2.° El mio se larga,
si usted no se embarca apriesa.
Los dos. Quién se embarca?
1.° Atraca el bote,
Marianillo.
Pep. Zapateta,
¿tu por esos andurriales?
Yo te juzgaba en la feria.
Zapa. Calla, Pepillo, que estoi
echando chispas.
Pep. Rebienta:

¿quién te ha ofendido?

Zapa. A mi, nadie.

Pep. Pues que fatigas son esas?

Zapa. Hombre, ya sabes que Lora
hoi chorrea por mi cuenta,
i que yo... Ya tu lo sabes.
la requiero; vaya es prenda
de gusto.

Pep. Si te conozco,
sobre que tu te amartelas
al instante; pero al caso.

Zapa. Pues si me conoces, piensa
tu, cual estará mi alma
sabiendo que vá á la feria
con su peluquilla.

Pep. I como
no vas à darle una felpa?

Zap. Nada menos; estas cosas
requieren pecho; á esa je mbra
la he de pillar con la masa
en las manos.

Pep. Tu te arrestas
á ir al Puerto?

Zapa. Aunque me ahogara.

Pep. Que me encuentre sin monea
en este lance!

Zap. Pues yo
tengo en cobre una peseta.

Pep. Vaya, que estamos lucios!
i qué haremos, Zapateta?

Zap. En casos de honra, se vende
todo el hato.

Pep. En mi no hai prenda,
que se atreva á presentarse
en el Boquete.

Zap. Me tientan
ya los mengues, por poner
esta chupa en almoneda.

Pep. El diablo son las mugeres!
adios, volò la decencia.
Zap. Que te parece la halaja?
Pep. Que puede honrar una percha
en la calleja de Soto:
sobre que está casi nueva.
Zap. Como, que aun estoi pagando
la dita: dos años lleva,
i me faltan diez semanas,
Pep. Vaya, si abobas con ella!
Zap. Esto es hecho: à bien que yo
en meneando la lezna,
soi un águila.
Pep. Que viva
el valor.
Zap Pues à venderla,
que en los calores que hacen
casi; casi es conveniencia
ir en pechos de camisa.
Pep. I aun á ti te tiene cuenta
ir un poco disfrazado.
Zapa. Deja, que esa mala hembra
ha de llevar un julepe
de pataas, que no se vea
libre de polvo en un año.
Pep. No te dejo, aunque me pierda.
Zap. Pues sígueme, si eres hombre
Pep. Pronto veràs Zapateta,
quien es Pepillo.
Zap. Soniche
no te llames luego iglesia.
Pep. Por vida que tu me aburres.
Zap. Me sigues?
Pep. Muchito.
Zap. Arrea.

Vanse, i salen Lora, Teresa i don Narciso; i los patrones llegan.

Lor. Haga usted porque al instante

pasemos el charco.

Nar. Deja,
que yo fletaré un falucho.

Pat. 1.º Yo tengo un barco que vuela,
caballerito.

2.º Al señor
siempre lo llevo á la feria.

D. Narciso se entra con los patrones, i quedan ra i Teresa.

Lor. Dios quiera nos embarquemos
al punto, porque si ordena
la tarasca que tu Curro
(ó el mueble de Zapateta)
nos encuentren, me recelo
que se nos agüe la fiesta.

Tere. Por mi Curro, no haya mieo,
que en dándole dos pesetas
para tabaco, i un trago,
se amansa como una oveja.

Lor. Dicho i hecho: mira á Curro.

Sale Curro. ¿Conque usté, seña Teresa,
sin decir oste ni moste
se va á bureo?

Ter. No vengas
jinchando el buche: caramba,
que pensará quien te vea,
que tu me engordas.

Curr. Chitito:
para que mover la lengua
sin sustancia? Yo no quiero
quitarte tus conveniencias;
pero á lo menos, sepamos
quien suda.

Lor. Pues usted sepa,
que por mi suda ahora,
i que si viene Teresa,
es porque de sus empleos
disfruto tambien las rentas.

Curr. A elante: con dos palabras
queda la cosa compuesta.
¿I quién es ese gachon?
Lor. El mismisimo que llega.
Sale Narci. Ya tengo barco fletado.
Curr. Una palabrita, prenda.
Narc. Que quiere usted?
Ter. Que tramoya
armará este calavera?
Curr. Servidor de usted.
Nar. Tambien
lo soi de usted.
Curr. Usted me tenga
por su criado.
Narc. Lo estimo.
Curr. Conque usted... ya no se acuerda...
Nar. De qué?
Curr. De cuando nos vimos.
Nar. Pero en que parte?
Curr. A ver, venga
un papel para un cigarro.
Nar. Veré si en la faltriquera
encuentro algun sobrescrito:
tome usté.
Curr. Pues usted sepa
que soi Curro el de la tripa
i querio de Teresa.
Nar. Lo celebro.
Curr. Tiene usted
tabaco?
Nar. Cuanto usted quiera:
tome usted.
Curr. Conque ustèes tres
se van ahora à la feria?
Nar. En este instante.
Curr. Crea usted
que lo quiero bien.

Nar. Se aprecia.
Curr. Too se lo merece un hombre
de circunstancias: de veras.
Nar. Mil gracias.
Curr. Tiene uste avios
para encender una yesca?
Nar. No, amiguito.
Curr. Pues despues
fumaremos.
Nar. Norabuena.
Curr. Pues, señor, esa Lorilla
es lo mismo que una perla:
¿Usted le ha visto bailar
el zorongo?
Nar. Nunca.
Curr. Ea,
si cuando lo baila, aboba!
I lo mismo ella maneja
su cuerpo, cuando lo baila,
que si corriera tormenta
un barco.
Nar. Me alegro mucho.
Curr. Pero ha dado un calavera
en perseguirla, i no hai dua,
que si con usted la encuentra,
habrá un jollin, que los diablos
anden sueltos en la feria.
Nar. Carambola! ¿I quién es ese?
Curr. El es un tal Zapateta,
que suele picar tabaco
con un navajon de á tercia.
Nar. Tercianas me dan de oirlo. (*aparte.*)
Curr. Pero como usted quisiera
que lo acompañase yo,
no moveria la lengua
ese mandria.
Nar. Si amiguito,
justo es que usted se divierta,

que yo pago.

Curr. Pues churrus:
yo marcho por la torera.

Nar. No se tarde.

Curr. No hai cuidado.

Nar. Bùsqueme usted en la feria.

Curr. No sê hable mas: deme uste
una dos, ó tres pesetas
para el barco.

Nar. Tome usted.

Curr. Hasta luego: adios Teresa. (*vase.*)

Teres. Adios hombre.

Lor, Que le ha dicho
ese maldito tronera?

Nar. No es nada; cierto asuntito.

Pat. 2.º Vaya, señores, qué esperan?
nos largamos?

Lor. Al instante.

Nar. Me parece que recelas
algun encuentro?

Lor. Han venio
á llenarle la cabeza
de viento? Pues, no, caramba!
que si yo suelto la lengua...

Ter. Lo dices eso por Curro?

Lor. Cabal.

Ter. No te ensoberbezcas,
muger, que luego te pones
mas alta que las estrellas.

Nar. No haya disgusto.

Lor. Si nunca
ha de haber para mi fiesta,
en donde no haya un demonio
que meta la pata:

Nar. Cesa,
muger.

Lor. Ya está por cesao:
vamos, i lluevan carretas (*vase.*)

Sale D. *Ign.* Ella acaba de pasar
con Narciso i con Teresa
por la plaza, si, no hai duda,
se van al Puerto. ¡Que tenga
ese tonto la osadia
de competirme! A la feria
voi, á quitarle la moza,
ó romperle la cabeza.

Pat. 1.° Va usted al Puerto, caballero?

Ign. Si, amigo.

Pat. 1.° Pues à la vela:
vamos al muelle, verà
que falucho tengo.

Ign. Cuenta,
que no hemos de detenernos.

Pat. 1.° Ni un minuto.

Salen Zapateta i Pepillo.

Zap. Tio Ginebra?

1.° Qué se ofrece amiguito?

Zap. Ha visto usted si Teresa
la Crestona se ha embarcao?

1.° Se fueron con tio Viruelas
ahora mismo.

Zap. Con quien iba?

1.° Con Lorilla la e Lucena
i un caballero.

Zap. Por vida!
que á esa endina no la hubiera
topado en el muelle!

Pep. A bien
que ahora nos vamos tras ella.
Diga usted, cuando se larga?

1.° Ahora mismo.

Zap. Pues nagencia,
que se pierde tiempo.

1.° Vamos.

Igna. Patron, baja la marea?

1.° Que ha de bajar, si hai mas agua

que en el diluvio.

Ign. Pues ea,
vamos al muelle.

Zap. Pepillo,
ya veras que tunda lleva.

Pep. Si se, que donde tu rayas,
nenguno, nenguno llega. (*vase.*)

Vista de la feria, con toda la mayor propiedad, Buñoleras, vendedores ect. i salen D. Blas i don Anselmo.

Ans. Por cierto, don Blas, que está
cual ningun año la feria.

Blas. Mucho: en el ramo de pitos
ha habido grande cosecha.

Sale Benito. Jesus! cuanto figurin! (*de payo.*)
si serà la noche buena
en este pueblo que ponen
tanto nacimiento.

Blas. Espera;
que este patan ha de darnos
un buen rato; àcia él te acerca

Ans. Qué hai amigo? me parece
que aquesta es la vez primera
que usted viene à esta funcion.

Ben. En mi vida vine á verla.
Pero diga señor,
aqui, que es lo que se reza?

Ans. Rezar? buena devocion!
Está usted acaso en la iglesia?

Ben. Pues diga usted, qué significa
tanto altarito?

Ans. Esa es buena!
No son altares, son puestos,
donde se venden diversas
mercancias.

Ben. Mercancias?
I quién compra esas frioleras?

Yo solo veo guitarras,
figurines, cornamentas,
abentaores de caña,
buñuelos i bagatelas,
buenas para los muchachos.

Blas. Pues todas esas cosuelas,
se aprecian en tales dias.

Ben. Vaya, vaya, que esta feria
debe causar á las gentes
como en mi pueblo las viejas
que à los ochenta años, tornan
á jugar con las muñecas.

Sale doña Eufrasia figurona i Periquito page ridículo.

Euf. Oyes, Perico, esos pies
con las puntas àcia fuera;
cuenta no encorbes el cuerpo,
endereza esa cabeza.
¡No he visto niño mas terco,
ni mas incurioso.

Peri. Ea,
yo no puedo andar mejor.

Euf. I à mi con tal insolencia
me respondes, vil insecto?

Peri. Ay! señora, que me quiebra
usted el brazo!

Euf. Estos dedos
han de ser (sino escarmientas)
tus perennes torcedores.

Peri. Yo me enmendaré.

Euf. Pues cuenta;
i avísame si percibes
por esta verde alhameda
à don Ignacio.

Peri. Está bien.

Euf. Oyes, vapula esa piedra
para sentarme.

Peri. Ya está.

Euf. Yo lo veré: allí se observan
dos partículas de polvo.
Peri. Ya no hai nada.
Euf. No estés cerca,
que los efluvios que exhalas,
me trastornan la cabeza.
Peri. Maldita sea tu cara.

Se sienta Eufrasia, i Perico se queda en pie con el sombrero en la mano.

Ben. Vaya, sobre que me tienta
el diablo, por ser yo niño.
Ans. Amigo mio, á la tierra
donde fueres, has de hacer
lo que vieres.
Ben. Me aconseja
mui bien. Yo quiero comprar
una baratija de estas.
Qué vende usted?
Vend. Tengo cosas
primorosas: Santa Elena,
S. Macario, el Paraiso
con la Sierpe, Adan i Eva;
cuernos de todos tamaños.
Ben. Espere usted: i ¿qué menestra
es esa última?
Vend. Son
unos pititos, que suenan
como un clarin: oiga usted. (*pita.*)
Ben. I quién compra esa madera?
Vend. Pues qué tiene?
Ben. Que esos muebles
en un toro se respetan,
i en un hombre causan risas
si en público se los cuelgan.
Vend. Eso es, porque los letreros
son graciosos.
Ben. A ver, lea.
Vend. Aqui dice: este te pongan.

Ben. A tu padre i á tu abuela.
Todos. Ja, ja, ja.
Ben. Me ha gustao;
¿I cuanto vale esa pieza?
Vend. Dos cuartos.
Ben. Tome uste amigo.
Blas. Se lo lleva usted á su tierra?
Ben. No señor; allá estos muebles
no se estiman, ni aun siquiera
de burlillas: yo lo compro
para regalarlo, á esta
señorita.
Blas. Qué intentais?

Llégase Benito á doña Eufrasia con la montera en la mano, en la derecha el pito.

Ben. Señora, si la pobreza
de mi endinidá, merece
colgar en su reverencia
este pequeño cuernico,
(que ojalá tan grande fuera
como el de un buei de diez años)
yo seria....
Euf. Ruda bestia (*le empuja.*)
¿cómo á burlarte te atreves
de una muger de mis prendas?
ah page, saca la espada.
Ben. Señora, si usted se emperra,
porque es de poco valor
el regalillo, paciencia,
cada uno da lo que tiene.
Euf. Yo no he menester ofrendas;
vete ó hago que te ensarte
mi page por una arteria.
Ben. Será cerujano el niño,
i eso que es él la lanceta.
Euf. Vaya el indómito al bosque
à propalar indecencias
con las rudas aldeanas.

Ans. ¿Veis en fin cuanto se arriesga
en no recapacitar
con quien se trata.
Ben. De veras,
que para sierpe, le faltan
tan solo escamas i aletas.
Salen Narciso, Lora i Teresa.
Nar. No estés triste, que tu majo
vendrá mui pronto.
Lor. Teresa,
qué calma hace; parece
que el señor no está de fiesta,
ó que tiene humores gruesos
segun lo mucho que pesa.
Nar. Ya: no quieres te lo nombre.
Lor. Oiga usted, cuando se arriesga
mi personaza á salir
en público con muleta,
es porque está el campo limpio,
i á nadie cojen de leva.
Nar. Ah! falsa!
Lor. No venga usted
con pasitos de comedia:
¿la verdad, usted pretende
que le regalen la oreja?
Teresa, dile al señor
si lo quiero.
Ter. I que se estienda:
Ya se ve: pues!
Nar. Si vosotras
no sabeis querer.
Lor. Mi prenda,
sepa usted que por acà
de otro moo se manejan
los quereres: las usias
se remilgan, se lametan,
i manifiestan su amor
con el flato i la jaqueca.

Pero acà la gente basta,
grita, vota, patalea,
i el que logra que lo arañen
puede creer que lo aprecian.

Ben. Que dice usted le regalo
el cuernico á esta doncella?

Blas. Que os esponeis.

Ben. Esta tiene
la cara de cuchufletas;
yo me arremango. Señora,
(aunque usted tendrá cosecha
de esta fruta) le suplico
que se lo cuelgue en la oreja.

Lor. Mire usted, seor espantajo;
ese que usted me presenta
está todavia verde,
cuando esten los de su testa
maduros, le estimaré
me regale una docena,
que quiero á toos sus parientes
mandàrselos en conserva.

Ter. Ea, la ida del humo.

Lor. Al instantito, najencia.

Blas. ¿Què le dijimos á usted?

Ben. Calle usted, si tiene esa
una sal, para espantar
pitos, que á todos eleva.

Sale Ignacio, i asi que ve á Narciso, da vueltas, tirando de la mantilla á Lora cada vez que pasa junto á ella.

Ign. Aqui està Lora, i el bruto
de Narciso: Huy que piernas!
mejores son las del diablo
cojuelo! Mas con reserra
es necesario jugar el lance. (*le tira.*)

Ben. En aquesta tieara
deben por lo irregular
nacer las mugeres ciegas.

Blas. Por qué hombre?
Ben. Porque toas
paraas, ó andando, se pegan
lo mismo que garrapatas
al señoron que las lleva.
Euf. Ay Periquito, alli està
don Ignacio! Quien pudiera
sin eclipsar su decoro
indicarle alguna seña.
Lor. Teresilla, no es Ignacio?
Ter. El mismito, i dá mas vueltas
que un molino.
Lor. Ya con este
van tres tirones.
Nar. Es buena
la confianza! Ignacito,
¿fué antojo? ó vienes de Rejas
verdes, de empinar el brazo,
i te se anda la cabeza?
Ign. Eso es decir que estoi ebrio.
Salvage, sino estuvieras
en este sitio, el garrote
te quebrara en la mollera.
Nar. No lo haces por el sitio,
sino porque de una buena
bofetada, no te arroje
al suelo la cabellera
postiza, i salga la Luna
por la mañana en la feria.
Ign. Tu me tratas de imperfecto,
so arlequin? mira, contempla
tu figura, que este espejo (*lo saca*)
lo traigo en le faltriquera
para escarmiento de feos.

Se lo pone delante de la cara. i Narciso de un golpe se lo echa á rodar; se amenazan con los bastones: las mugeres se meten en medio, i doña Eufrasia agarra á don Narciso.

Nar. Por vida

Lor. Narciso, deja,
i no hagas caso de mandrias:

Euf. Que usted don Ignacio, sea
tan estulto, que propale
con aquesa gentezuela?

Lor. Hola, doña Remilgada,
cuenta lo que dice, cuenta,
que si tercio la mantilla,
ha de hacer con la paleta
del espinazo, un saludo
á cuantos hai en la feria.

Euf. Haga usted por inhivir
esos modales, i advierta
que doña Eufrasia, no es un
gusarapo como ella:

Ter. A ver deja que le arranque
los grifos.

Lor. Quita, Teresa,
que ahora verás como barre
el suelo con la peineta.

Lora embiste á doña Eufrasia, los dos petimetres se amenazan con los bastones sin darse; acuden las gentes de los puestos: el page salta de alegria viendo que arañan á su ama.

Euf. Ah vil gusano!

Ign. No impidan,
que le rompa la cabeza.

Todos. Deténgase.

Ign. i Nar. Vive Dios!

Ans. Dame tu espada.

Blas. Qué intentas?

Ans. Divertirme.

Blas. Tómala.

Ans. Señores, todos atiendan.

Don Anselmo toma la espada de D. Blas, á sus voces se contienen, él se pone en medio, i todos hacen circulo.

Ans. Entre señores de honor,
sin duda es una bajeza
pretender darse de palos:
i asi, para que esto sea
en forma de duelo, aqui
están dos espadas: ea!
yo soi padrino de entrambos:
A combatir: hagan rueda.

Nar. De modo que yo, en pasando
el primer impulso...

Ign. Fuera
reñir así, desafio,
i las leyes lo condenan.

Ans. Conque ya esto se acabó?

Nar. Yo perdono las ofensas
como noble.

Ign. Yo no guardo
rencor.

Ben. Miren que prudencia!
Esta accion vendrá mañana
descrita por la gazeta.

Ans. Ea pues, háganme el gusto
de abrazarme.

Nar. Como él quiera
yo estoi pronto.

Salen Zapateta i Pepillo.

Zap. Sino quiere,
yo tomo el brazo mi prenda.

Ans. Entre estos no meto paz.

Ben. Que cara tiene de Getas!

Nar. Pero amigo, usted...

Zap. Chitito;
ven acà tu, calavera:
¿pensabas que no vendria

á echarte el guante?
Lor. Usted? deja!
¿Es uste acaso alguacil,
ó me trae una talega
para taparme la boca?
Vaya vaya, que quien vea
ese modo i ese trage
pensará que ha hecho usted quiebra
por mantenerme.
Ben. Qué pico!
vaya, vaya, si una lezna
no es mas aguda!
Zap. Lorita,
cuidado que aunque no pueda
cascarte á ti, he de vengarme
con el futraque que llevas.
Lor. Ese hombre viene conmigo,
i asi múdate, i no muelas
á la gente.
Zap. No he de irme
sin ti.
Lor. Si tengo una pierna
entumida.
Zap. A que te llevo?
Lor. I cómo?
Zap. De esta manera:
arree usted por otra parte.
Nar. Amigo, por Dios, advierta...
Zap. La cara le he de cortar.
Lor. Detente, endino.
Zap. Tu, perra,
me la has de pagar tambien.

Zapateta con el navajon, i lo mismo Pepillo, *corren detras de todos; á tiempo que sale* Curro *con la torera debajo del brazo, dá un grito, se suspenden todos, mira á todas partes fumando un cigarro, i despues de una pausa, dice:*

Curr. Soniche; que bulla es esta?

Pep. Zapateta, nájate
porque trae la torera.
Zap. Què le he hecho yo á Currillo?
Ben. Ee este que se presenta
el alcalde?
Bla. No, por qué?
Ben. Como todos lo respetan.
Curr. No respondes?
Nar. Señor Curro,
con la mayor insolencia
me ha tratado...
Curr. Quién?
Nar. Aquel
mocito de la montera.
Curr. Está bien: too se compone
al punto con la torera.
Pongamos la cercunstancias
en su lugar: nadie mueva
el josico.
Ter. Tente, Curro.
Curr. I de mi, qué se dijera?
basta que seas de la tripa
para que yo no consienta
que nenguno de otro barrio
desaire á tu compañera.
Ven acá
Zap. Quién yo?
Curr. Tú, sí.
Zap. Señor Curro, usted no crea...
Curr. Chito; no vale jacer
el mondiu: preven la geta.
que te voi á castigar,
para que otra vez no seas
atrevio.
Zap. Señor Curro,
escúcheme usted siquiera.
Lor. Déjele usted
Curr. No hai remedio,

te vas á quedar sin muelas.
I pues le ha ofendido á usted..
Ya no es bien tener prudencia.

Zap. Si yo no he sido...

Curr. Silencio;
mira, traigo la torera,
mas no la quiero ensuciar
en una mona: con esta
te voi á tomar el molde
del josico.

Zap. De manera...
que yo...

Curr. Ponte de rodillas
sin resollar, i antes besa
la mano al señor.

Ter. Currito...

Zap. Pero si yo...

Curr. A que te quedas
en el tiro? (*empuña.*)

Zap. Ya estoi puesto. (*se arrodilla.*)

Curr. Di, pa que toos lo entiendan:
Señor, yo soi un endino
escalichao, tronera,
i así perdoneme usted.

Zap. Yo no lo digo, aunque sepa
que usted me mata.

Curr. Tunante,
espichas como harpa vieja,
sino te hincas. (*saca la espada.*)

Zap. Que me matan.

Todos. A la guardia.

Ben. Buena gresca!

Sale el alcalde i ministros.

Alc. Ténganse aqui á la justicia:
que alboroto, i bulla es esta?

Nar. Señor alcalde, ese hombre
que á todo el mundo atropella.

Alc. Quien eres tu?

Zap. Yo, señor
soi Perico Zapateta.
Ben. Vaya, si de oir su nombre
me tiemblan las faltriqueras.
Alc. Conque tu insultas á todos?
Zap. Yo no he chistao siquiera:
el señor Curro, es quien quiso
matarme.
Curr. Calla esa lengua,
monicaco; señor Juez,
es verdad que si usted llega
mas tarde, sobre la trompa
le toco yo la retreta;
¿pero yo matar á un mandria?
vaya, si me da vergüenza.
Alc. Antes sabrè yo estorbar
alborotos i quimeras:
amarren esos dos tunos.
Ben. Que siempre por las mozuelas
se pierda la gente honrada?
Zap. La culpa tiene esa hembra.
Curr. A bien que otro mal no pueden
hacerme, que echarme à Zeuta.
Ben. Toma! conque para usted
el ir allá es conveniencia,
porque por fin, le han de dar
agua, pan, i mucha leña.
Euf. Señor juez, dé usted la órden
de que estas mugeres sean
arrestadas.
Alc. Pues qué han hecho?
Euf. Haber con manos groseras
profanàdome el peinado
i heridome con la legua.
Lor. Quien es ella, para que
por su causa á mi me prenda?
Euf. Una nieta del rei chico
de Granada.

Lor. Enhorabuena.
conque es usia morisca;
señora mia usted sepa,
que nadie es mejor que nadie.
Euf. Miren ustedes la inepta!
¿No he de ser mejor que tu,
cuando corre por mis venas
la sangre de los Gazules?
Lor. Azul? pues podrá venderla
cuando le falte dineros
á cualquiera pinta rejas.
Euf. Esto pasa ya de insulto.
Alc. Señoras haya prudencia,
cese el escándalo, i vayan
á divertirse en la feria
sin que se metan con nadie.
Euf. Don Ignacio: usted me venga
consolando, que si no
ha de darme la jaqueca.
Ign. Yo siempre soi su criado.
Alc. Cuidado que si se encuentran
no haya cuestion.
Lor. Segurito,
porque soi como una oveja.
don Narciso, ya ve usted
que cesò la competencia.
Nar. Siempre soi tuyo.
Zap. Endinota,
yo saldré de en casa de abuela.
Lor. Para un presidio; i asi
buen viage Zapateta.
Ter. Adios Curro.
Curr. No te aflijas,
que esta no es la vez primera
que por mis grandes acciones,
con este triunfo me llevan.
Ans. Vamos à nuestra posada.
Ben. I yo me voi á mi tierra,

que no quiero pueblo, donde
se venden las cornamentas.

Todos. I aqui acaba este sainete
perdonad las faltas nuestras.

FIN.

EL SOLDADO TRAGABALAS.

PERSONAS.

Granadero.
Juan Peregil.
Basilia.
Contrabandista.
Beata.
Forastera.
Sacristan.
Ministro.
Payo.
Criada.

El soldado Tragabalas.

Casa pobre, con sillas i un velador con un candil, i sale tio Juan Peregil de payo con capa, mui alegre.

Juan. Bendito, el que te inventó,
loteria, de Dios sea.
Quién me lo dijera à mi,
quién? que por una friolera
de ciento i setenta cuartos,
he de tomar, segun cuenta,
setenta i seis mil reales,
que no hai en toda esta tierra
hombre que los haya visto!
Qué fortuna tan completa!
Vamos chica no te acabas
de componer? dí, Teresa?
Sale Teres. Qué manda usted?
Juan. I la chica?

Ter. No dijo usted se pusiera
todo lo del arca?
Juan. Si.
Ter. Pues qué es tan poca faena?
Vaya que usted...
Juan. Oyes, oyes,
no me seas bachillera,
que ya es otro tiempo; digo!
Ea, cuenta, con la cuenta.
Ter. Pues si usted,.. yo...
Juan. Noramala,
vaya á fregar la mui puerca
i no me sea respondona.
Ter. Dios mio que mudanza es esta?
Usted perdone, tio mio... (*vase*)
Juan. Miren la gatica muerta;
en siendo los hombres ricos
hacen temblar á cualquiera.

Sale el granadero con gorra, i fusil, cartuchera, fornitura i una boleta.

Gran. Deo gracias: Juan Peregil
vive en la casita esta?
Juan. Don Juan Peregil, es quien
vive en ella: habrà friolera
de cortesia!
Gran. Ello aqui
dice solo la boleta
Juan Peregil, pegue usted
con quien la diò.
Juan. Eso era
en otro tiempo, que ahora
no sufro yo, Juan á secas.
Gran. Pues por mi, ya concedido
teneis el don; escelencia
os llamaré, si me dais
buena cama i buena cena;
tomad la boleta, i donde
he de acomodarme vea,

que estoi cansado, tio Juan
i quiero estirar las piernas.

Juan. Dale con Juan!

Gran. Don demonio,
don Juan ó lo que usted quiera.

Juan. Por ahora en cualquier rincon
puede arrimar la escopeta,
i por un rato sentarse,
que esta noche ha de haber gresca,
digo de baile, porque
les he dicho que vinieran
á divertirse en accion
de gracias, todo el que quiera
tanto forastero, como
del lugar.

Gran. Con que habrá cena?

Juan. No señor, eso será
cuando los dineros vengan,
que gané en la loteria.

Gran. Con qué le ha salido?

Juan. Buena
pregunta! Pues porque yo
he armado toda esta fiesta?
Usted estése quedito,
si no trae mucha priesa:
i aunque unos dias lo pase
con trabajo, cuando venga
el dinero, yo le ofrezco
que una vida, amigo, tenga
de un príncipe: comer bien,
buen trago, la cama buena,
pasearse, buen tabaco,
i á todas las horas fiesta.

Gran. Con qué sacó terno?

Juan. Amigo,
fijos cayeron setenta
i seis mil reales vellon
limpios como una espetera.

Gran. Señor Don Juan de mi alma,
no me iré yo de esta tierra
en treinta ó cuarenta meses.
Juan. Pues qué, es tanta la licencia
que trae?
Gran. No amiguito mio; pero
para todo se halla treta
en el mundo: yo me haré
una llaga en una pierna
con cantàridas; se saca
certificacion, que prueba
mi forzosa detencion
i hago mi licencia eterna.
Juan. I qué, por eso tan solo
quiere aguantar tal molestia?
eso es cuento.
Gran. Amigo mio,
los que estamos en la guerra
tenemos carne de perro;
para mi estas son frioleras,
porque estoi hecho á tragarme
las balas mejor que almendras.
Juan. Tragar balas? qué habla usted?
de verdad?
Gran. I mui de veras.
Juan. I de cañon?
Gran. De cañon.
Juan. Por donde diablos le entran?
Gran. Por la boca.
Juan. Por la boca?
Gran. Si señor, que las calienta
la pólvora, i vienen blandas
lo mismo que una manteca.
Juan. Válgame Dios! Vea usted ahi
porque es bueno el andar tierras:
como uno no ha visto mundo
todo se le hace de nuevas.
Gran. Tragabalas me llamaban

en el campo de la guerra.

Juan. Válgame Dios!

Gran. Oiga usted
mi valor à donde llega.
Estando yo en la avanzada
haciendo la centinela,
veo venir ocho enemigos
uno tras otro, à la empresa
de llevarme prisionero.
Yo al punto con ligereza
di un cuarto de conversion,
media vuelta á la derecha,
apunto con mi fusil,
pero con tanta certeza
que de los ocho enemigos
los siete dieron en tierra:
mas el uno que quedaba
sacó de la faltriquera
un cañon de veinte i cuatro,
montado con su cureña,
todo lleno de metralla:
me apunta, yo dije: Ea,
tragabalas, ahora ès tiempo
de que tu valor se vea!
acércome cuatro pasos,
abro la boca, i por ella
me tragué cañon, metralla,
al enemigo i cureña.

Juan. Jesus! de oir tales cosas
hasta las piernas me tiemblan.
Mas cómo dentro del cuerpo
(i perdone la imprudencia)
le cupo à usted tanto; i como
le sacaron la cureña,
cañon, el hombre i metralla?

Gran. Eso? con una friolera:
me fuí á ver al cirujano,
me dió una purga compuesta

de balas de á diez i seis
desleidas en salmuera,
i en píldoras, à las tres
tomas, todo salió à fuera.

Juan. Que asombro! Válgame Dios!
si aqui algun tonto estuviera
de los muchos que no saben,
ni han estudiado en la escuela,
dirian que eso es mentira.

Gran. Cómo mentira? le hiciera
(si alguno no me creyere
lo que digo) la cabeza
i cuello, mil rebanadas.

Juan. Pues por esa razon mesma
lo creo yo; por no esponerme
á que me quede sin ella.

Gran. Vamos ahora á otro asunto.
i dejemos el de guerra.
Que números han salido°

Juan. El diez i ocho, quince i treinta,
son los que á mi me tocaron.

Sale Basilia vestida de ridicula amelchorada i encima una chupa de hombre antigua, i un sombrero de tres picos. El granadero se retira á arrimar el fusil, de forma que no la vea hasta su verso.

Bas. Padre, me ha dicho Teresa
que estaba usted enfadado:
por qué ha sido?

Juan. Habrá perversa
muchacha i con lo que sale!
Qué disfraz es ese?

Bas. Buena!
Conque manda usted me ponga
todo lo del arca acuestas,
porque hai funcion, i ahora sale
con hacérseme de nuevas?

yo he hecho lo que usted me dijo.

Gra. Vaya, que la casa esta
es una jaula de tontos.

Juan. Te dije que te pusieras
toda la ropa mejor
tuya, no la mia, mostrenca,
Quitatela en el instante
no te rompa la cabeza.

Bas. Pues otra vez, hable claro
para que todos lo entiendan.

Juan. Agradece á que se halla
aqui en nuestra casa mesma
alojado hoi, el señor
Tragabalas i cureñas,
que si no te acordarias,
bobona, de tu simpleza.

Gran. Vaya, eso no importa nada;
à bien que en casa se queda.
Señorita, sosegaos.

Bas. Ay padre mio, que horrenda
vision! San Antonio, ay!
padre, por Dios me defienda.

Juan. Muchacha, muchacha, tente,
que no es fantasma, no temas
que es un Señor granadero
del rei su Magestad.

Bas. Sea,
no quiero que á mi se arrime:
Jesus, que cosa tan fea.

Juan. Sentarse todos.

Se sienta el granadero junto á Basilia.

Gran. Yo voi
á enamorar á esta bestia
tonta, para tener parte
en el terno de setenta
mil reales i el pico, si
logro casarme con ella.

Se sientan todos, i sale el ministro.

Min. Señor don Juan Peregil,
buenas noches.

Juan. Que las tenga
mui buenas, señor ministro;
venis tambien á la fiesta,
ò que asunto os trae?

Min. Solo
á darle la enhorabuena
el concejo me ha enviado,
que á mi este honor me franquea,
i de su parte os ofrece
todo cuanto se os ofrezca.

Juan. A mi señora la Villa,
le estimo tanta fineza;
i de mi parte dircis
todo aquello que... etcetera.

Min. Asi lo diré.

Juan. Sentaos, (*se sienta.*)
i gozareis de la fiesta.

Min. Conque un terno os ha caido?

Juan. El diez i ocho, quince i treinta.

Min. Dichoso Juan i dichosos
los que los ternos aciertan.

Bas. Oye usted que pelo es ese
que trae en esa montera?

Gran. Esto es pelo de diablo.

Bas. Que lisito está! pues cuenta
que no creí que los diablos
tan liso el pelo tuvieran.
Oye usted, i esto que es?

Gran. Estas son las cartucheras.

Bas. I para qué sirve eso?

Gran. Para llevar la merienda
al enemigo.

Bas. Pues qué
usted ha estado en la guerra?

Gran. Pues si vengo ahora de alli.

Juan. Señor ministro usted sepa
tengo el honor de tener
en mi casa i á la fiesta
esta noche, aqui al señor
Traga-balas i cureñas.
Min. Qué dice usted?
Juan. Lo que escucha.
Min. Que sea mui enorabuena.
Gran. Mil gracias.
Min. I traga usted
balas ó eso es cuchufleta?
Gean. Si señor, i tambien trago
ministros si se ofreciera.
Min. Santa Bárbara bendita!
Juan. Estando yo aqui no tema.
Gran. I cómo os llamais, salada?
Bas. No señor, quién eso piensa?
Salada yo no me llamo.
Gran. Pues como es la gracia vuestra?
Bas. Basilisca.
Gran. Basilisca?
Juan. Yo le diré á usted porque ella
se llama asi: ella nació
el dia que se celebra
San Basilio, i Basilisca
el llamarla ha sido fuerza.
Sale Sacris. Cuanto se acabó el bautismo
de la hija de la alcaldesa,
vengo como me cogiò
tambien à hallarme en la fiesta.
Sea para bien la fortuna
que se ha entrado por sus puertas;
i cuente en mis facultades
el dia en que usted se muera,
porque el doble de campanas
i entierro, corre á mi cuenta.
Juan. Primero te mueras tú
i toda tu parentela.

Caballeros, muchas gracias:
vayan tomando silletas.

Sale Beat. Dios sea en aquesta casa
i su santa providencia.

Juan. Adios señora Beata:
que buena venida es esta?

Beat. Señor mio, Dios nos manda,
que de las suertes adversas
del pròjimo, nos dolamos;
i al contrario, si se llegan
á ver en prosperidad,
lo celebremos; i es fuerza,
afuer de cristiana hacerlo
aunque pecadora.

Gran. A estas
les diera yo en un borrico
un refresco con la penca.

Juan. Siéntese buena muger,
por aqui...

Beat. Ojalá lo fuera:
Buena yo? Soi la mas mala
de las que pisan la tierra:
soi malísima.

Gran. Jamas
has dicho verdad mas cierta.

Juan. Vaya, vaya; bien sabemos
su vida; siéntese, ea.

Beat. Lo haré; pero algo apartada
que no me gustan las mezclas.
No porque todos no son
unos santos; si dijera
otra cosa, pecaria;
pero conozco que es yesca
la muger; el hombre fuego;
el enemigo pajuela;
la ocasion el pedernal;
el eslabon la flaqueza;
la tentacion dá un chasquido

i la resistencia vuela.

Gran. Si nos viénecon tontunas,
hermana, vàyase fuera,
que aqui no hai nada de malo,
sino diversion.

Beat. Que sea
en paz i en gracia de Dios.
No penseis que no me alegra
un ratito de funcion;
que en siendo decente, honesta
i en términos regulares,
no se encarga la conciencia.

Sacr. Vaya, siéntese uste aqui
junto à mi.

Beat. Sea norabuena:
me sentaré, que me basta
que dependa de la iglesia.

Gran. Vamos don Juan, no se baila?

Juan. No han traido la bigüela
todavia? Voto á mi abuelo!
Se dará mayor postema?

Sale la forastera de maja.

Foras. Los dueños de la funcion
me permitirán licencia?

Juan. Entre usted madama.

Foras. A espacio:
Yo maama? quién tal piensa?
ni yo lo soi, ni lo he sido,
ni quiera Dios que lo sea.

Juan. Sea lo que usted quisiere:
que buena venida es esta?

Foras. Señor, yo he llegado hoi
á esta villa, i en la mesa,
me dijeron al cenar,
que en esta casa habia fiesta:
yo soi tan aficionada,
que en oyendo castañuelas,
aunque se pasen tres dias

sin comer, estoi contenta;
i asi me entrado hasta aqui,
si no hai cabida, najeza.

Juan. Como soi que me ha gustado!
Ea siéntese donde quiera,
que poco pueden tardar
en traerme la bigüela.

Foras. Con la licencia de ustedes. (*se sienta.*)

Juan. Ya està la gente completa.

Bas. Oiga usted, i esto qué es?

Gran. No tires con tanta fuerza,
que me arrancas el vigote.

Bas. Quítese esa pelandrera
i estará usted mas bonito.

Juan. Parece que ya te peta
el señor militar, chica.

Bas. Es que unas cosas me cuenta
tan bonitas! vaya, vaya.

Juan. Pues yo, nada, i estoi cerca,
he oido.

Bas. Es que me las dice
aqui juntito à la oreja.

Sacr. Esté usted, alma de Dios,
en que la quiero de veras,
i usted lo sabe.

Beat. Hijo mio,
no me tenga por tan lerda
que no le haya comprendido,
i sé que toda es fachenda:
porque yo digo, canasto!
i sobre todo, canela.

Levántase el granadero i dice al oido à la beata.

Gran. Oiga usted, madre beata,
mire que presente tenga,
que es pedernal la ocasion;
que es el diablo la pajuela,
el fuego es el sacristan,
usted santita la yesca;

la tentacion da un chasquido,
i luego el beaterio vuela.

Beat. Haga lo que yo le digo,
i en lo que hago no se meta.

Gran. Quítese de hai la gazmoña,
hipòcrita i embustera.

Beat. Cómo usted, pícaro infame? (*se levanta enfadada.*)
Voto á san que si tuviera:
pero que digo? Jesus!
Soi mui mala, soi perversa;
vuestra voluntad se haga
en los cielos i en la tierra.

Gran. Ya esto se acabó: don Juan,
qué hacemos? vaya.

Juan. Ya á esta
le estaba diciendo, que
una relacion dijera
que su abuela le enseñó
i dice que no se acuerda.

Minis. Vaya, pues, cualquiera cosa.

Bas. Si tengo mucha vergüenza.

Juan. Vaya, hija, hazlo por mi.

Bas. No quiero padre: hai tal tema!

Juan. Bendita seas! que humilde!

Gran. Pues hágalo usted siquiera
porque se lo ruego yo.

Bas. Si usted me lo manda, es fuerza;
què tendrân estas casacas
que asi arrastran á las hembras!
Voi allá... si no me acuerdo:
En fin diré lo que sepa.
Santo Cristo de la luz,
Señor del cielo i la tierra,
desatad mi torpe labio
i dadle voz á mi lengua,
mientras la segunda parte
canto de Francisco Estevan.
atencion que... Se me fué.

Ustedes perdonen. (*cortesia i se sienta.*)

Todos. Buena.

Juan. Bendita sea tu gracia!
mira, mira, te comiera
I bien señorita, diga
que tiene que está tan seria?

Foras. Qué quiere usted? como soi,
ya lo vé usted forastera,
estoi como en el corral
està la gallina agena.

Juan. Por vida lo que mal gasto,
que en viniendo la vigüela
hemos de bailar los dos
ocho pares de boleras:
ya me parece que estoi
con usted bailando: Ea, (*baila.*)
toma castañas chiquilla:
bien parao; anda Manuela.

Todos. Señor don Juan estais loco?

Juan. En llegando á estas materias
de boleras i fandango
me vuelvo todo jalea:
Sobre que ya estoi alegre!
aunque sea sin bigüela,
quiero bailar con usted
Beata.

Beat. Jesus! quién tal piensa?
pero porqué no se diga
bailemos enhorabuena.

Juan. Hagan ustedes el son
con las palmas i la lengua.

Hacen el son del fandango con la boca i las palmas i bailan, dos hasta que digan los versos.

Gran. Madre beata, qué es esto?

Beat. Es verdad, soi mui perversa.
Vuestra voluntad se haga
en los cielos i en la tierra.

Se sientan, i sale el contrabandista con montera i capote á la andaluza, con gran charpa i trabuco terciado en el brazo.

Cont. Alabado sea el que cria
toitas las cosas buenas.
Juan. Ola? qué busca uste amigo?
Si este es ladron. Santa Tecla!
i vendrá á robarme el terno
como si en casa estuviera?
Todos. Ay que susto! (*se levantan todos.*)
Cont. Quietecitos:
nadie del puesto se mueva,
no hai que asustarse que yo
soi hombre como cualquiera.
Juan. Pues en mi casa á estas horas
qué buscais de esa manera?
El terno aun no lo he cobrado:
un ochavo no se encuentra
en toda la casa, con que....
Cont. Qué dice? calle esa lengua,
si no quiere que á un suspiro
en harina lo convierta:
por vida...
Juan. Seor Tragabalas,
usted que es tan guapo, venga
i trágnese uste ese hombre.
Bas. Por Dios que usted no se pierda!
Juan. Levántese amigo mio,
por la gloria de su abuela.
Grav. En mi vida hice caso
de medios dias, mas ea,
pues usted lo quiere, voi
á que de verme se muera.
Sentarse todos, que yo
aqui haré lo que convenga.

Saca el sable i se vá á la punta del teatro á hablarle.

Mocito; míreme usted.

Cont. Ya le miro... què friolera!
Gran. Me ha visto usted bien?
Cont. I mucho.
Gran. Pues se acabó la pendencia:
á qué á entrado usted aqui?
Cont. A bailar en esta fiesta.
Gran. Usted sabe que yo soi
conocido en esta guerra
por mal nombre Tragabalas?
Cont. No señor.
Gran. Usted lo sepa:
i le digo que al instante
corriendo tome la puerta,
antes que con este niño
le eche al suelo la cabeza.
Cont. Le digo, no me dá gana,
i que todo eso es fachenda,
i usted es un baladron
que no tiene mas que lengua:
Gran. No le mato á uste aqui mismo,
porque me causa vergüenza
emplearme en su persona,
que es uste un pobre trompeta:
reñimos, ó no?
Cont. Riñamos.
Gran. I por una frïolera
hemos aqui de matarnos?
Dígame uste, i de qué tierra
es usted?
Cont. Soi andaluz.
Gran. Yo tambien, compadre; venga
esa mano: siempre amigos
i muérase el que se muera.
Don Juan, ya está usted servido:
ese hombre, ya es de manteca.
Juan. Pero señor, no sabremos
á que fué la entrada esta?
Cont. Ya he dicho que solo vengo

á bailar en esta fiesta.

Sale el Pay. Para usted, señor don Juan,
han traio la carta esta.

Juan. Ea, ya vino el dinero:
por favor usted me lea
la carta.

Gran. Con mucho gusto:
escuche uste.

Juan. Estoi alerta.

Gran. Juan i hermano mio: tu familia estará buena; acá lo mismo, i en fin por no cansarte mas, te envio esta á que sabrás que yo me engañé en la que hubiste de recibir antes que esta, porque por poner el treinta i cinco puse el treinta, i no ha salido; conque no has ganado nada, i asi envíame dinero para echar, i no desconfies que si en esta no ha salido, en otra puede ser que sea lo que Dios quiera.

Salamanca á cuatro de este año:
Tu hermano el chico.

Ai que desdicha señores.
ya se remató esta fiesta;
¿á donde está mi fusil,
que voi á tomar la fresca
que aqui hace calor?

Juan. Por vida...
Que me suceda esta afrenta?

Sacr. Por si se mata, i hai doble,
voi á esperar á la iglesia. (*vase.*)

Min. Ya no hai nada señó Juan
de lo dicho i que se queda
como antes Juan Peregil,
sin el don i el din: paciencia. (*vase.*)

Beat. Hermano, voi à pedir
al Cielo que le de fuerzas. (*vase.*)

Bas. I usted se va?

Gran. Con las patas.
Basi. Pues no me dijo, le diera
palabra de casamiento?
agora por qué me deja?
Gran. Porque estaba enamorado
no de ti, de la moneda:
habia terno, habia palabra
no hai terno, me llamo fuera:
Contr. No pego fuego á esta casa
de lástima: usted majeza
gusta se arme el jollin
en la posada?
Foras. Me peta.
Cont. Pues venga usted, mi Catuja.
Foras. Vamos; mi Francisco Estevan. (*vanse los dos.*)
Juan. Si no mirara....
Sale Teres. Señor
aqui está ya la vigüela.
Juan. Echala con mil demonios:
la carta maldita sea, (*desesperado.*)
i maldita mi fortuna,
que si aqui tuviera cuerda,
me ahorcara: me he de arañar:
contra el suelo la cabeza
me he de partir.

Se araña i tira al suelo dándose cabezadas i se levanta.

Bas. Padre, padre!
Tere. Tio, tio!
Juan. Que no me saliera
el número treinta i cinco!
Gran. No le dé cudiao, duerma
i coma si lo tuviere:
i tenga por cosa cierta
que en siendo yo general
le señalaré una renta.
Juan. Hija llévame à la cama.
que el haber salido el treinta

en lugar del treinta i cinco
me ha de costar el requiescan.

Gran. Tio Juan, amigo, aqui
no hai mas que tener paciencia.

Todos. I pedir al auditorio
perdon de las faltas nuestras.

FIN.

LA CURA DE LOS DESEOS

Y

VARITA DE VIRTUD.

PERSONAS.

Marcos, zapatero.
Rosa, su muger.
Sebastiana, su madre.
D. Pedro, viejo.
D. Teodoro, médico.
Hernando.

La cura de los deseos

i

VARITA DE VIRTUD.

La escena representa tienda de zapatero.= Marcos estd trabajando en su mesilla i dice:

Marc. Que me pariera mi madre
para que en el mundo sea
zapatero remendon!
Ah fortuna! No pudieras
haber trocado mi suerte?
que le hemos de hacer paciencia!

Sale Rosa. Marcos, hijo, que deseos
me han dado!

Marc. Muger, rebienta,
que se te antoja? Despacha.

Ros. Ahora me asomé à la reja,
i ví pasar por la calle
una señora... si vieras
que bien calzada que iba!

Que hermosa saya de seda,
con dos andanas de flecos,
i muchas borlitas sueltas!
Mas sobre todo el manton!
Ai que riquísimo era!
Lo menos menos tenia
el encage cuatro tercias:
Vaya, me quedé asombrada!
Ay Marquitos, hijo, es fuerza
que me compres uno igual.

Marc. Tu has perdido la chaveta
muger, me ves sin camisa,
i que à estas horas no hai yescas
para encender el anafe,
i se te antoja una prenda
de tanto valor? Acaso
falsifico yo moneda?

Rosa. Pues hijo, falsificarla
i saldremos de miseria.

Marc. I qué en la plaza me cuelguen?

Rosa. I qué importa? Si te cuelgan
morirás por haber hecho
las debidas diligencias,
para poner á tu esposa
con decoro i con decencia.

Marc. Pues hija mia si aguardas
á vestirte, con la renta
de monedero, andarás
como nuestra madre Eva.

Rosa. Pues buscar otros arbitrios.

Marc. Pero dime cual?

Ros. Cualquiera:
sal á robar.

Mar. Gran demonio,
tu quieres que vaya à Ceuta,
despues de haberme mojado
las costillas con la penca?

Ros. Pues quiero manton, manton.

Marc. Pues hástelo de la estera
i échale su guarnicion
de cascabeles.
Ros. So bestia
de mi te burlas?
Sale Sebas. Qué es esto? (*con el niño en los brazos.*)
Bribon, siempre con quimeras?
Quieres matar á mi hija?
Mar. Al contrario; ella desea
verme pernear.
Rosa. Si, mucho.
ojalá que yo te viera
en las manos del verdugo.
Mar. Antes ciegues que tal veas.
Seb. No me insultes á mi hija,
porque si doi cuatro vueltas
te he de pudrir en la cárcel.
Mar. Pues. Al punto que me prendan,
que me quemen, que lo manda
mi señora la condesa
del remiendo.
Seb. Qué te burlas?
Conque segun eso, piensas
que yo i Rosa no tenemos
sugetos que nos protejan?
Ros. Jesus! mil veces me ha dicho
don Blas Gariticochea:
Niña, no sea usted tonta
en queriendo quedar suelta,
se le seguirán los pasos
á su marido, i apenas
se rebulla irá á parar
á Melilla ó Alhucemas.
Mar. Qué buenas almas! I entonces
cómo, dí, te mantuvieras?
Rosa. Nadie se muere de hambre.
Toma? en esta calle mesma
vive un señor, que en llegando

una muger à sus puertas,
al punto le da una onza
de limosna.

Mar. I si llegan
hombres?

Ros. Esos que vayan
al hospicio, ó que se mueran.

Sal. D. *Ped.* Felices, señor maestro;
adios señora maestra.

Ros. Dios guarde á usted, caballero.

Ped. Ha cosido usted la oreja
del zapato?

Mar. Sí señor:
mírela uste.

Ped. Està mui buena:
tome usted.

Mar. Còmo señor,
no ve usted que me da media
onza de oro? Sin duda
usted se equivoca.

Ped. Ea.
guárdela uste i no replique.

Mar. Pero señor; en conciencia...

Ped. Uste es un hombre, cargado
de obligaciones, i es fuerza
que los hombres de posibles
socorramos su miseria.

Mar. Dios le pague á usted, señor,
la caridad, i usted vea
en que puedo...

Ped. Basta, basta.
no quiero gracias. Es esta
señora, madre de usted?

Seb. No señor, que soi su suegra.

Ped. Ay que niño tan bonito.
Es varon?

Ros. No señor, hembra.

Ped. Cual se parece á su madre!

Marc. Tan solamente las cejas
son de su padre.
Ros. Alma mia,
regalo de mis potencias
ven con tu mamà.
Ped. Que madre
tan dulce i tan halagüeña!
Es un dige! Co, mi vida,
haz un pinito mi prenda...
Cómo se rie? Chiquitito
toma ese par de pesetas
para rosquetes.
Mar. Señor,
Dios le pague á usted la buena
obra...
Ped. Déjese de gracias,
i ocúpeme en cuanto quiera.
Luego le traeré un zapato,
i le echar á una puntera...
Sea usted agradecido
i eso me basta. Maestra,
lo mismo le digo á usted.
Seb. Rosita es una cordera.
Ros. En mi tendrá usté una esclava
Ped. Pues adios hasta la vuelta.
Mar. Dios se lo pague...
Ped. No mas...
Mar. I le dé la gloria eterna.
Ped. Adios. (*vase á don Pedro.*)
Las dos. Vaya usted con Dios.
Mar. Que hombres tan buenos se encuentran.
Yo estoi pasmado! Qué santo!
¡Válgame Dios, quién dijera!...
Ros. Tome usted pronto este niño.
Seb. I donde vas tan de priesa?
Roe. Marcos, dame ese dinero,
que voi en una carrera
á comprar catorce varas

de cinta color de perla
para unos lazos.

Seb. Mejor
es que te compres las medias
i los zapatos bordados.

Ros. Yo se lo que hago. Venga
la media onza.

Mar. Demonio,
con que no hai pan i ahora piensas
en perendengues?

Ros. Que importa
si se ha entrado por las puertas
la fortuna?

Mar. Cómo? ha entrado?
A donde está esa doncella
que no la veo?

Ros. Ya es tiempo
que hablemos, hombre de veras.
Siéntate.

Mar. Mientras que hablas
compondré yo estas chinelas. (*siéntase.*)

Ros. Pues hijito, bien conozco
que cuanto sudas i agencias
lo gastas en mantenerme.

Mar. Ya ves que ni el dia de fiesta
suelto el cerote.

Ros. Es verdad:
mas aunque sudas i velas
trabajando, cada vez
padecemos mas miserias.

Marc. Si el oficio está perdido.
Ayer á una petimetra
le remendé unos zapatos,
i yendo por la peseta,
la encontré en cueros labando
una camisa mas negra
que mi corazon; la pobre
se escondiò tras de la puerta

de la cocina, gritando:
no tengo aqui faltriqueras,
la moza la llevará
cuando acabe las haciendas.

Ros. Están perdidos los tiempos:
Mas volviendo á la materia.
ya sabes tu que en mi casa
me han criado con decencia.

Seb. Mucho: tu padre el marques,
aunque cargado de deudas
te tenia como un dige,
hasta que Antonia la tuerta
lo engatuzò, i ya se ve,
quedamos á la inclemencia.

Mar. Vaya, vaya. No sé como
hai mugeres que se atrevan
à indisponer amistades,
i mucho mas cuando median
circunstancias, i hai ganado:..
Qué! Si no tienen conciencia.

Ros. Pues hijo mio, supuesto
que no te encuentras con fuerzas
para mantenerme, como
corresponde á mi nobleza,
será preciso tomar
otros arbitrios.

Mar. Intentas
echar en la loteria?

Ros. Yo no fio en papeletas:
ves ese viejo?

Mar. Qué viejo?

Ros. Ese que nos dió la media
onza.

Mar. Muger, no merece
un sugeto de sus prendas,
tan bueno i caritativo,
tratarlo de esa manera.

Ros. No seas tonto. Si ese viejo

me ha dicho que como quiera
corresponderle, á los dos
nos ha de vestir de seda.

Mar. Jesus! Jesus!

Seb. Que te espantas?
Hijo mio, en esta tierra
muchos maridos tomaran
semejante conveniencia.

Mar. Conque la limosna ha sido
para que ciegue?

Ros. Tu piensas
que hoi se dan palos de valde?

Mar. Miren que bondad! Desea
ayudarme á sostener
esta cruz!... Ay! Que culebra
es el dichosito viejo!

Ros. Agradece á las sesenta
navidades que le obligan
à entrar haciendo promesas,
porque los mozos del dia
tienen tanta desvergüenza,
que á la segunda visita
nos piden las asistencias.

Mar. Pues hija mia, ni viejo
ni mozo, ni macho, ni hembra
pondrà los pies en mi casa.

Ros. Pues mantenme con decencia.

Mar. Con la que pide tu clase,
i asi, Rosa no me muelas.

Ros. Conque yo he de ver à otras
con encajes de una tercia
mientras voi amortajada
con mi saya de franela?

Mar. Hija mia, consolarse,
que asi van las zapateras.

Seb. Mientes, que muchas conozco
cubrirse de plata i seda.

Mar. Comerciarán sus maridos

i yo les temo á las quiebras.

Ros. Con que tengo de salir
con mantilla de bayeta!
Qué dirán de mi en el mundo?
infame, no te avergüenzas?
Yo me ahorco, venga pronto,
denme al instante una cuerda...
Ai que me muero... Que rabio.
Que se me anuda la lengua.....
Un confesor... ai, que espiro...
ai ai, que me caigo muerta. (*desmáyase.*)

Seb. Hija de mi corazon!
que se me muere! ai que pena!
tú, perro tienes la culpa.

Mar. Yo la he tocado siquiera?

Seb. Ve à la botica del lado
por un doctor.

Mar. Santa Tecla,
que halle un médico de aquellos
que usan matar á docenas, (*vase.*)

Ros. Se fué ya?

Seb. Si, ya se fué.

Ros. Veremos si con la treta
de los accidentes puedo
trastornarle la cabeza.

Seb. El es bonazo, i nos teme.

Ros. Deje usted que à pocas de estas,
lo pondré yo como un guante.

Seb. Vuelve à fingir que ya llega.

Sale Teodo. Lan, lan, laran, laran. (*i Marcos.*)
Es esta niña la enferma?

Seb. Ai mi señor don Teodoro,
que imagino que está muerta.

Teo. Me alegro. Vamos, el pulso. .
laran, laran, laran...
viva está; veamos la lengua.

Seb. Cómo? Sino puede abrir
la boca.

Teo. Traiga uste apriesa...
Mar. Que he de traer?
Teo. Unas tenazas.
Mar. Aqui las tengo en la mesa.
Seb. Ya abrió la boca, detente.
Teo. A ver? lan laran... la lengua
manifiesta claramente
que están todas las arterias
medio punto, sí, mas altas
que los tèndonès i venas;
i como el cuerpo del hombre
segun Rapsis, i Avicena,
solo es un harpa viviente,
cuando el tiempo la destempla
pulsa la sangre, supongo
en la vena cava, i suena
el tono de *la mi re*,
corre luego por la arteria
pulmonar, i dá *la mi*;
entonces todas las venas
i los vasos capilares
desconcertados, empiezan
ut re mi fa sol, sol la;
de modo que el alma queda
aturdida, i tiene entonces
que taparse las orejas.
Mar. Todo eso será asi;
pero en resumidas cuentas
qué es lo que tiene?
Teo. Deseo:
este es el mal que la aqueja.
Mar. Que maldita enfermedad.
Tlo. Va de noche á la retreta
esta niña?
Seb. No señor.
Teo. Pues como puede estar buena;
si le falta la armonia?
No quieren creer*lo*. Apriesa

traígame cien clarinetes,
ocho tamboras, sesenta
platillos, catorce trompas,
i que toquen hora i media
al lado de esta muger;
con eso cobrará fuerzas,
se templarán sus deseos.
i la verà usted contenta

Mar. Señor, son otros deseos,
los que mi muger desea.

Teod. Qué sabe usted: haga pronto
lo que el médico le ordena.
En la botica de junto
le dejarè la receta.

Mar. Pero donde he de llevarla?

Teo. Al cuartel de santa Elena.

Ros. Ay de mi!

Teo. Miren si ha vuelto!
Solo el nombre de retreta
la ha reanimado. Señora;
tenga usted valor, ya queda
dispuesta su curacion...
Yo luego volveré à verla.
Hasta luego: Lan, laran:
lan, laran, laran, larera.

Mar Que doctor tan herbolario;
maldita sea tu receta.

Seb. Ven hija, i te acostarás
un ratito. Ya ves, bestia,
que la enfermedad de Rosa
son deseos, con que piensa
en cumplírselos; si no
esto acabará en tragedia.

Ros. Lléveme usted de la mano
que se me doblan las piernas. (*vase.*)

Mar. Vaya yo estoi aturdido!
Marcos, catorce trompetas,
veinte timbales... que diablos,

de cataplasma es aquesta.

Sale Hern. Vecinito, buenos dias.
cómo es esto? es dia de huelga?
parece que hoi no trabaja.

Mar. Que trabajar, si mi suegra,
mi muger, esos demonios
con naguas, me tienen vuelta
la cabeza.

Hern. Pues qué ha habido?

Marc. Que ha de haber, que se halla enferma
de deseos, i me pide
un manton, cuando la perra
sabe, que para comer
apenas me dà la lezna.

Hern. No comprárselo.

Mar. Usted sabe
quien es la niña? Ahora queda
casi espirando, porque
yo no bajo la cabeza.

Hern, Quiere uste hacer un remedio?

Mar. Se compone de trompetas,
tambores, trompas, platillos?

Hern. Usté es loco ó se chancea?
No es eso: vóilo á traer:
al instante doi la vuelta. *(vase)*

Mar. Si irà á traer mi vecino
cuatrocientas castañuelas?
Yo entre música i deseos
voi perdiendo la chaveta.
Ah modistas! vuestros moños
son la causa de que tengan
mil inocentes maridos,
calentura en la cabeza.

Sale Hernando con un mazo de varas, i en la punta de cada una, una cedulilla pegada ó atada.

Hern. Vecinito, aqui le traigo,
en este mazo la prenda,
la receta, ó el remedio

con que curar la dolencia
de su muger.

Mar. Es acaso
zarzaparrilla?

Hern. Son ciertas
varas, que tienen, amigo,
mil virtudes estupendas.
Leamos la cedulilla,
para ver cual le aprovecha.

Lee Hern. Vara para las mugeres
que tan solamente piensan
en diversiones.

Marc. Que vara
tan socorrida! Una de estas
debe haber en cada casa.

Lee Hern. Vara para las soberbias
que en su casa llevar quieren
los calzones.

Mar. Que gran pieza!
I que nudillos que tiene!
Ya si es medicina recia.

Lee Hern. Para las que siempre están,
con patatus ò jaqueca.

Mar. Que linda vara! Me acuerdo
que mi madre estaba enferma,
mas mi padre le tendiò
una vara como esta,
desde el cogote á las ancas,
i asi se puso tan buena,
que trabajaba despues
como una mula gallega.

Lee Hern. Para las que son amigas
de cortejos.

Mar. Brava pieza!
Esta debiera ir encima
de las damas. Dos talegas
dieran muchos por tal vara,

Lee Hern. Para las largas de lengua.

Mar. A esas, sino se las cortan
otra cura serà eterna.
Lee Hern. Para las que son mui vanas
i tienen deseos.
Mar. Esta
esta es la que necesito:
pero como se usa de ella?
Se debe aplicar al vientre,
al pecho ó à la cabeza?
Hern. Nada de eso. Mire usted
cuando mi vecina tenga
algun deseo, al instante
segun las horas que sean
dele usted tantos varazos
en los lomos con gran fuerza:
verá como de rodillas
le agradece la fineza.
Mar. Mas diga usted le parece
que en dando las doce i media,
le haga la primera cura?
Hern. Mientras mas las horas sean,
mejor.
Mar. I si tiene cuartos
el reloj, entran en cuenta?
Hern. Mucho: vecino hasta luego:
apriete uste i nada tema. (*vase.*)
Mar. Seguro está; yo temer,
cuando la salud se arriesga.
Nada de eso. Pero ya
mi muger aqui se acerca.
San Marcos haga este dia
que la vara no se tuerza.
Sale Rosa. Por fin, hombre, qué resuelves?
Qué determinas? Esperas
á que me dé otro accidente?
Vaya, respóndeme, bestia.
No te he dicho que deseo
un buen manton?

Mar. Lo deseas?
pues toma deseos, toma. (*le pega.*)
Rosa. Que me matas, cesa, cesa,
no mas. (*de rodillas.*)
Mar. No quieres manton?
Rosa. Ni mantilla de bayeta.
Mar. Con que no tienes deseos?
Rosa. No; desecha esta cadera.
Marc. Serás soberbia?
Rosa. Tampoco.
seré como una cordera.
Mar. Me alegro: besa la vara;
vete ahora à tus haciendas,
i cuenta porque esta vara
cura tambien la pereza.
Ros. Ya lo sé. Adios, dueño mio
maldita tu vara sea;
de nada valdrán mis gritos
en dándome estas respuestas. (*vase.*)
Mar. Válgame Dios! Quien creeria
que hubiese tales maderas
en el mundo! He de colgarla
con una colonia inglesa.
Sale Seb. Por qué está llorando Rosa?
Tu no haces la diligencia
del manton? Menea los pies:
sal á la calle, trampea,
que deseo verla alegre.
Mar. Deseos! pues toma suegra:
toma los deseos, toma.
Seb. Yerno mio, ten clemencia.
Mar. No tener deseos.
Seb. Hijo,
repara que soi tu suegra.
Mar. Buen reparo, por lo mismo
debo apretar las muñecas.
Seb. Ai que me mata Dios mio. (*vase.*)
Mar. Ojalá fuera de veras.

Un prodigio es la varita:
en una bolsa de tela
ò tisú la guardaré
como reliquia estupenda.
Si será de palo santo?
Jesus que bella madera.

Sale Teodor. Lan, laran... I la señora?

Mar. Adentro està.

Teo. Voi á verla,
porque el mal es de cuidado.
Qué tal probò la receta
de la música, del bombo,
platillos i pandereta ?
porque deseo...

Mar. Deseo?
Vaya contra esa epidemia.

Teo. Qué haces, pícaro bribon?

Marc. Qué? Tocarle la retreta
para curarle el deseo.

Teod. Preciso es tomar la puerta:
infame, ya lo veràs. (*vase.*)

Mar. Seguro está que acá vuelva,
aunque por cada visita
una onza se le diera.

Sale D. Ped. Aqui están estos zapatos.

Marc. Está bien.

Ped. I la maestra?

Mar. Algo mala.

Ped. Dígale
que deseo socorrerla.

Marc. Conque deseos?

Ped. Lo he dicho,
i lo deseo de veras.

Marc. Pues tome usted contra todos
esos deseos.

Ped. Qué intentas?
asi me pagas infame,
la caridad...

Marc. Si son friegas
para curarle el deseo.
Ped. Si no corro me derrenga. (*vase.*)
Marc. Vaya es un gusto curar
á estas gentes. Que comedia!
Sale Hern. Vecinito, como va
de medicina? Aprovecha?
porque yo deseo, amigo...
Marc. Deseos? pues con madera
se curan.
Hern. Que soi yo, Marcos.
Marc. Está uste enfermo, i es fuerza.
Hern. Que se le ha vuelto el juicio. (*vase.*)
Marc. Todos sin deseos quedan.
Si alguien de los que me escuchan
necesitaren de aquesta
varita, para curar
à sus mugeres, que vengan
à mi casa, i prestarè
por caridad esta prenda;
pues como sepan usarla,
la muger mas altanera,
aunque se le salte un ojo
no deseará una camuesa;
con que asi el que la quisiere
dé dos palmadas en muestra,
ínterin que pido á todos
perdon de las faltas nuestras.

FIN.

LA GALIADA

ó

FRANCIA REVUELTA.

POEMA.

LA GALIADA.

Hai en Italia un sitio (segun dicen)
que los griegos llamaban el *Averno*,
porque es un negro lago, que aun las aves
no pueden transitar. Del hondo *seno*
siempre está respirando densas nubes
de vapores mefíticos. Un cerco
de inaccesibles riscos, donde apenas
nace el punzante abrojo, tiene opreso
aquel corrupto estanque solapado
de pardos juncos, i asqueroso cieno.
Bajo una corba peña está una gruta
sembrada de cambrones, cuyo centro
es el obscuro asilo de lás sombras
cuando el Sol las auyenta. Mil estrechos
caminos se desprenden de su boca,
que girando con vueltas i rodeos
por las negras entrañas de la tierra

llegan á terminar en el Infierno
Por ella (segun fama) de repente
de sus profundas cárceles salieron
cuantas Furias habitan las sombrias
mansiones del Cocito, con deseo
de ver la claridad, i en aquel sitio
gozar de sus nefarios pasatiempos.
Viendo á las serpentíferas hermanas,
el lago se conmueve, los horrendos
peñascos titubean, el Vesubio
vomita entonces con tremendos truenos
torrentes de betun, i nitro ardiente:
vuelan à gran distancia por el viento
las humosas cenizas, empañando
los claros rayos del purpúreo Febo.
En este sitio, pues, las crueles Furias,
despues que demostraron su contento,
(ó Dios! i que contento es el que puede
disfrutar, por ventura aquellos pechos
roidos del furor!) sobre las peñas
se sentaron. Sus tétricos aspectos
se enardecen: las vívoras se erizan,
se ensortijan, se enredan al cabello:
sus afiladas lenguas se revuelven
por los aires: enróscanse los cuellos
silvadores; respiran por las fauces
una nube de humo en cada aliento,
cuyos hediondos hálitos corrompen
el céfiro sutil: braman á un tiempo
desencajando los hundidos ojos,
i arrugando las frentes al esfuerzo
de los tristes clamores, salpicados
de ferviente alquitran, i azufre ardiendo.
En tanto que del ocio disfrutaban
las Euménides, sale con estruendo
de la cueva fatal la insana Erinnis:
atravesando el lago, salta en medio
de la horrible asamblea, i despechada

habla á todas asi con roncos écos:
Qué es esto, compañeras ¿cómo torpes
os entregais al ocio? Para esto
habeis abandonado las moradas
del llanto i del terror? Qué es del despecho?
Qué del fiero rencor? Qué de la audacia,
con que haceis palpitar el Universo?
Oh furias, sacudid ese letargo,
porque en el triste estado en que nos vemos
es preciso alistar en nuestro auxilio
todos los Manes, i malignos Genios.
Ay ¡cuan ràpidamente se propaga
nuestra ruina! Oh Furias, presto, presto
corramos á las armas: impidamos
del mortífero cáncer los progresos.
Al principio se cura fácilmente
su perniciosa peste; pero luego
que por todas las venas se derrama
no lo ataja ni el arte, ni el *remedio*.
Luego que pronunció la cruel Erinnis
con frenètico gesto estos acentos,
temblando de furor, la crin se arranca,
cruge los negros dientes, i esgrimiendo
las cortadoras uñas, cubre airada
de rojos surcos, el semblante i pecho:
Entonces Tisifone se levanta
herida del terror, i entre funestos
i espantosos gemidos articula
semejante palabras: ¿Que suceso
escita tu temor, sangrienta Erinnis?
Ea pues, habla, amiga: ¿que proyecto
se fragua contra el Orco? Por ventura
¿abandona la tierra el fingimiento?
el terrible homicidio? el torpe engaño?
la insaciable codicia? ¿O se han abierto
las puertas de la paz? Ai! que este solo
infortunio, este solo contratiempo
convirtiera en escombros i ruinas

el palacio infernal! Yo me estremezco!
Acaba pues, hermana: di si acaso
se engaña mi temor. Oh! quiera el negro
Estigio que se engañe! Cuan amable
nos seria este error! Cuau halagüeño!
Entonces arrancando del ardiente
corazon un suspiro en humo envuelto:
no te engañas, hermana, dijo Erinnis,
la paz, nuestra enemiga, descendiendo
en su triunfante carro por lor aires
pisa ya los umbrales de su templo.
Todo, todo à su influjo se ha mudado.
El britano poder, que en otro tiempo
abrumó con armadas numerosas
la espalda de los mares, ya ha depuesto
su natural orgullo. España, España,
esa nacion robusta, cuyo esfuerzo
arranca al mismo Marte de las manos
los vengativos rayos, hoi tegiendo
su heróica laureola se reclina
sobre la multitud de sus trofeos.
Los campos, ai de mi! que fueron antes
depósitos de podre, i monumentos
de furibundos héroes, hoi se cubren
de simples labradores, que cogiendo
con sus manos sudosas las espigas
alzan los ojos adorando al Cielo.
El gozo i la abundancia han penetrado
los mas pobres hogares: ni un lamento,
ni una queja se escucha: todos, todos,
se llaman venturosos, i corriendo
coronados de olivas i laureles
al templo de la Paz, queman inciensos,
cantan himnos, i ofrecen de sus frutos
las feraces primicias al Eterno.
Estas voces despiertan los furores
de las terribles Furias, cual los frescos
cefirillos escitan lenta llama.

Grita la fiera turba con horrendos
alaridos: resuenan las cavernas:
la tierra se conmueve: el humo denso
puebla el aire, i el lago, i el Vesubio
comenzaron á arder. Crece el estruendo
asi como en las graves tempestades
quebrantando sus cárceles los vientos
combaten con furor: resuena entonces
con formidable son el hondo reino
de Neptuno, responden las riberas:
ora braman las olas en el centro
de las marinas grutas, ora chocan
en los fuertes escollos, escupiendo
amarguísima espuma, i rociando
las altas nubes con cristal desecho.
Luego que la algazara de las Furias
se sosegó un instante, saltó en medio
del congreso feroz la cruel Megera:
brillaba en sus pupilas el incendio
del corazon: rodaban sobre el vientre
á cualquier ademan los secos pechos,
i por la inmunda piel aparecia
la varia trabazon del esqueleto.
Así que la frenética asamblea
respetando su voz, prestó silencio,
no esteis dudando, dijo, compañeras,
de un éxito feliz. Como los genios
del pavoroso Estigio, i las fatales
Parcas nos den socorro, me prometo
que la sangrienta empresa que medito
disipe nuestros males i recelos.
Estas voces infunden nuevos brios
en las fieras Euménides: sus negros
corazones palpitan con el ansia
de saber de Megera el pensamiento;
mas la Furia clavando en sus hermanas
la torba vista prosiguió diciendo:

Desde que el gran Voltaire... ¡Ah quién pudiera
hacer el justo elogio del proteo
de la impiedad, del Sumo Patriarca
de la disolucion i el sacrilegio!
Pero son mui preciosos los instantes...
Vosotras tristes almas, negros Genios
del Tàrtaro, bajad á su morada,
i hacerle por Erinnis los obsequios
Desde que el Gran Voltaire, como decia,
empapado en mis máximas i ejemplos
tomó la pluma en Francia, me animaron
las esperanzas de un feliz suceso.
Esta altiva nacion, cuya inconstancia
es quizá el atributo mas sincero,
de su vano carácter, revolando
como la leve pluma entre los vientos,
por las artes i ciencias, discurria
que solo á sus tareas i desvelos
lograba levantar naturaleza
el velo celestial de sus misterios.
Su natural orgullo suspiraba,
viéndose reducida à los estrechos
límites de la humana inteligencia,
é intentando elevar mas alto el vuelo,
como nocturno Buho que á los golpes
del rudo leñador, sale del centro
del tenebroso nido, dando vueltas
sin tino por las auras, así ciego
chocaba con mil falsas opiniones
hasta hundirse en la cima de sus yerros.
Halló en Voltaire un padre i un caudillo
conforme á sus ideas, i siguiendo
sus atrevidas huellas penetraron
los mas remotos ángulos del reino.
Desde entonces ¡qué triunfos, qué victorias
no debe la impiedad á sus desvelos!
La religion vacila á los impulsos
de la incredulidad: cualquier esceso

debajo de las prensas luego encuentra
un favorable asilo: el desenfreno
contamina las aulas i academias:
los vicios como pàlidos espectros
salen de los profundos subterráneos
donde los oprimió tan largo tiempo
la terrible virtud i se coronan
entre el comun aplauso de los pueblos.
Francia perece, èn fin; sus convulsiones
son mortales: no puede haber remedio
que reanime un cadáver. Yo, yo, Furias,
lo aseguro. ¿I quién duda que este fuego
que tiempo, impunidad i error fomentan
no se convierta á un soplo en Mongibelo
que terrores aborte? Bien lo temen
las potencias vecinas advirtiendo
la multitud de chispas que acarrea
el soplo del error hasta sus senos.
Si esto es así, decidme, á qué aguardamos?
¿por qué no arrebatamos con denuedo
el pendon infernal, i dando auxilio
á nuestro bando impio, no envolvemos
á esa altiva nacion en sus ruinas?
¿Cómo no derribamos por los suelos
al templo de la Fé, que ha tantos años
edificó el ilustre Clodoveo?
Ea pues, qué temeis? Yo voi delante.
Caiga Francia, i arrastre su despeño
el resto de la Europa, compañeras.
Volemos á Paris i coloquemos
la impiedad en sus aras, i entre el vicio,
la confusion, los llantos, los lamentos,
las heridas, la sangre, las rapiñas,
homicidios, escàndalos, incendios,
guerra, profanacion i cuanto ofrecen
semejantes escenas, disfrutemos
de un placer mas amable que el que os brindan
las opacas orillas del Averno.

Esto dijo Megera poseida
de un júbilo infernal: todo el congreso
aplaude con horrísonos clamores
la deleznable empresa: dan tremendos
saltos por los peñascos; cantan himnos
al cavernoso Abismo, y á sus écos
hierve el lago, claudican los collados,
i se asustan los Manes del Infierno.
Despues de este placer, cortan en tropa
con negras alas los sutiles vientos,
i à Francia se dirigen. Van delante
Megera, Erinnis i la horrible Athleto.
Por donde pasan queman, i destruyen
con formidable estrépito los pueblos
i heredades, asi como en diciembre
la opaca tempestad, rasgando el seno
de las nubes, inunda las campiñas:
crugen los polos, i entre roncos truenos
culebrean los rayos estallando
ya en la escelsa ciudad, ya en el otero:
el huracan á un tiempo con bramidos
cimbra la dura encina, i al violento
impulso se desgajan los arbustos
i vuelan hojas, ramas i renuevos.
Era la media noche, cuando el Orbe
envuelto en pardas sombras es bosquejo
del tenebroso caos. Tal cual astro
trepidante brillaba: el blando sueño
volando por los pueblos i las seivas
derramaba su plácido beleño
en los cansados ojos: los cuidados
rodeaban inmòviles los lechos
aguardando á la Aurora que ahuyentase
en los humanos pechos el sosiego.
Tan solo Mirabeau junto al bufete
en su agitada mente revolviendo
tumultos i desórdenes, velaba:
abrasado del rápido veneno

que gustó incautamente en los escritos
del malvado Voltaire, buscaba ciego
el antídoto en medio del destrozo,
i en los comunes males el remedio
Fatigado algun tanto su discurso,
dormitaba en la silla, sosteniendo
la frente delirante con la diestra,
cuando empieza á temblar el pavimento,
i á crugir las paredes i los quicios
al violento vaiven. Ahuyenta el miedo
el pesado letargo que oprimia
sus soñolientos párpados, i en medio
de la estancia descubre á la iracunda
Megera. Queda al punto sin aliento:
hiélansele los huesos, se estremece,
i el espanto le eriza los cabellos.
La Furia entonces con terribles voces
no te asustes, le dice: yo aqui vengo
á proteger tus máximas: respira:
el abismo promete á tus desvelos
un gran premio, su influjo i tu cautela.
Voltaire por mi te intima que en obsequio
de sus egregios Manes establezcas
i esparzas su doctrina. Bien advierto
que el aspecto del plan es formidable;
pero no hai que temer, pues en inmenso
clamoroso tropel toda la plebe
tus huellas seguirá, su atrevimiento
ya sabe conspirar contra la vida
de los reyes. Suspira con deseo
de sacudir el yugo de la lei,
i abrir del corazon los hondos senos
para dar libertad á las pasiones
que braman despecha las cual soberbio
toro en cerrado circo. I así parte,
concita sus furores sin recelo,
que yo te asistiré: mas por si acaso
entre la confusion se aumenta el riesgo

esta escamosa sierpe sabrà darte
en los lances valor, arte i consejo.
Así dijo, i al punto se desprende
una vívora parda del cabello:
á Mirabeau la entrega i desparece.
El frances la recibe, i al momento
el monstruo ponzoñoso se introduce
con horrísonos silvos en su pecho.
Levántase agitado: su fogosa
fantasia concibe los mas negros
horrores i delitos: iracundo
discurre por la estancia hiriendo el suelo
con los malvados pies: no de otra suerte
delirante ministro de Lieo
sube al nevado Ródope vibrando
el serpentino Tirso: azota el viento
su esparcida melena: desparrama
feroces ojeadas: i torciendo
los espumosos labios de mil modos
pronuncia el evan con terrible acento.
Ya por las altas cumbres de los montes
iba la clara luz desvaneciendo
las espesas tinieblas, i ya el dolo,
i la ambicion volaban por los pueblos,
despertando á los míseros mortales,
cuando llegó á Paris la cruel Athleto
delante de la horrible comitiva
de truculentas Furias: suben luego
á las erguidas torres, de dó sueltan
à la infausta Discordia; i al momento
el implacable monstruo, como un rayo
vuela por todas partes esparciendo
un humor sanguinario que destila
de las terribles fauces. El veneno
penetra las entrañas de la plebe,
que ciega de furor deja los lechos,
i en corros se reune. Despues llega
el falso Mirabeau, quien puesto en medio

de: concurso feroz, con voz vehemente
comienza este fatal razonamiento:
Hasta cuando, franceses, la cadena
de tan duro i tan largo cautiverio
arrastrareis cobardes? cuando, cuando
sacudireis el yugo que os ha impuesto
la injusta tirania? Será dable
que el clamor incesante de un inmenso
número de filósofos no arroje
la indigna timidez de vuestros pechos?
¿Cómo podeis mirar sin triste llanto
gemir la libertad, i los derechos
de la patria, debajo de la planta
del depotismo impio! Si el ejemplo
de las demas naciones os contiene,
si la voz indeleble de los tiempos
clamando que hubo siempre soberanos
que oprimiesen los vicios sobre el peso
de las sagradas leyes, os obliga
à llevar estampado el torpe sello
de la desgracia, i à vivir tranquilos
en el seno fatal del vilipendio;
¿por qué no abrís los fastos, i observais
á la invencible Roma construyendo
columnas á sus triunfos? ¿A Carthâgo
demarcando los mares con su imperio?
¿A la famosa Atenas siempre grande
ya en la arena marcial, ya en el Liceo?
¿A la rígida Esparta eternizando
con su nombre sus leyes? ¿i á otros pueblos
que amaron la virtud bajo el auspicio
de aquella libertad que pretendemos?
Ni escucheis á esos sabios que critican
la corta duracion, i los defectos
de estas mismas repúblicas. Si todas
dieron las manos á dorados hierros:
si contínuas é internas disensiones
rasgaron sus entrañas: si gimieron

su temprano trastorno, ó su ruina
casi en la rapidez de sus trofeos;
fué por no conocer los intereses
de la patria, i la ciencia del gobierno
A Francia solamente se reserva
el especioso hallazgo, el gran secreto
de existir como iguales espartanos
en el seno del oro: el árduo empeño
de trastornar el Globo, demostrando
lo que cincuenta siglos no advirtieron.
Oh dulce libertad! Pueblos dichosos
donde la voz del rudo, del ateo,
del èbrio, del infame, del vicioso
es parte de la lei. Donde el esceso
cometido en tumulto se indemniza!
En vosotros se goza sin recelos
del nativo albedrio!... Mas ó tristes
monarquias! Oh míseros imperios!
Qué escena me ofreceis? El noble! el grande!
Por qué tal distincion, tal privilegio!
En nacer i morir fuertes franceses,
no son todos iguales? Pues qué fuero,
ó que escepcion es esta? El patriotismo
debe igualar los nobles i plebeyos,
oh abusos! oh costumbres corrompidas!
no puedo meditarlas sin que el pecho
lastimado palpite! reyes, papas,
próceres: quién podrá tasear el freno
de tanta sugecion? Qué, los franceses
carecen por ventura de talentos
para seguir la senda de lo justo
dictar su religion, i sus derechos!
No permitamos, no, fieles amigos,
que se confunda Francia entre los reinos
opresos de la bárbara ignorancia.
Ea pues, ¿què aguardamos? No el aspecto
de tan gigante empresa os intimide.
¿Quién podrá resistir nuestro denuedo

si unimos nuestros brazos? Ni la Europa,
ni el mundo son bastantes à ponernos
el yugo sacudido... Sí, no hai duda,
solo basta lleguemos á creerlo.
A las armas, i viva siempre en Francia
la libertad: rompamos, arruinémos
cuanto se nos oponga: al arma, amigos,
seguid mis pasos, imitad mi ejemplo.
Dijo; i la plebe entonces despechada
discurre por la calles previniendo
el incendio i las armas. Luego unidos
asaltan los palacios con tremendos
alaridos: resuenan con el llanto
de las matronas los dorados techos;
i la rápida llama se apodera
de las sagradas cúpulas: al suelo
se desploman las lámparas, i el oro,
la plata i el laton forman diversos
arroyos rechinando por las losas.
Hieren con triste son el blando viento
las trémulas campanas. Ya los nobles
se ponen en defensa: chocan fieros
ambos bandos, i al golpe de la espada
comienzan á exhalarse los alientos.
La truculenta guerra desde el aire
vibra la aguda lanza: el terso peto,
el yelmo i el escudo centellean,
así como en el piélago sereno
del Sol heridas las temblantes olas;
parecen dos ardientes Mongibelos
sus furibundos ojos; i espumando
negra cólera, anima los sangrientos
corazones con voz desentonada.
Vuelan las furias respirando fuego
por el duro combate. Llega entonces
una caterva de infernales Genios
convoyando á la muerte. Este atroz monstruo
que por mas que devora humanos cuerpos

aun carece (que horror!) de una tez débil
conque poder cubrir sus secos huesos,
se lanza como un rayo fulminado
en medio de la lid. Crece el estruendo,
el furor i el destrozo. Aqui se rinde
un combatiente herido al mismo tiempo
que le oprime una huella fugitiva,
i acaba de espirar: allí el acero
postran con mútuos golpes dos rivales;
i asidos ruedan por el pardo suelo.
Aturden las contínuas esplosiones
de la ruidosa pólvora; al violento
impulso de las balas titubean
los altos edificios: caen los techos
con desusado estrépito; i debajo
de los rudos escombros i fragmentos
gimen niños i ancianos oprimidos.
Humo i polvo mezclándose en el viento
arrebatan el dia: cada instante
eructa nuevas furias el Infierno.
Los helados cadáveres ya impiden
el paso al combatiente. Tristes écos,
suspiros moribundos, ansias, lloros,
blasfemias, amenazas i despechos
son las sombras del cuadro: crueles Parcas,
vosotras retocad este bosquejo,

Ya el rumor espantoso del combate
ocupaba las bóvedas del Templo
de la sagrada Paz. Al punto deja
el camarin la Diosa: eleva el vuelo
i desde el gran pináculo descubre
el formidable choque: un llanto tierno
humedece sus párpados: el susto
apaga el colorido de su bello
semblante: en él se estampa la funesta
imágen del dolor, i retorciendo
sus tremebundas manos, tales voces
sollozando articula: Santos cielos

¡qué espectàculo triste ven mis ojos!
¿Muerte, sangre i furor son los inciensos
que me ofreceis, franceses? Cuando, cuando
llegareis á mis aras con modesto
i puro corazon! Oh Dios! mostradles
á estos desatinados el sendero
de la justicia: observen vuestras leyes,
i no corran dementes al despeño.
Asi, decia llorando, i de improviso
interrumpe su voz un lastimero
delicado suspiro: vuelve el rostro,
i vè á la Religion cortar el viento
con sus brillantes alas. Ondeaba
en el aire sin òrden el cabello;
el ropage talar aparecia
rasgado por mil partes: en el pechò
se perdian las lágrimas: los labios
càrdenos, abatidos i entreabiertos
articulaban lánguidos suspiros;
mas nada en su semblante era grosero,
nada vulgar; sublime era su pena,
magestad respiraban sus afectos.
Ambas Diosas se abrazan sin que el llanto
dé permiso á la voz. De allí á un momento,
arrancando del pecho tristes ayes
la Religion pronuncia estos acentos:
huye, adorable Paz, huye la vista
de este malvado clima: sal del seno
del horrible delito, i no veámos
libremente triunfar al sacrilegio.
Ya no queda esperanza. La Justicia
palpita moribunda entre funestos
montones de cadáveres: la Regia
Autoridad privada ya del cetro,
profanada la púrpura, abollada
la sagrada diadema, bajo el peso
de una infame cadena se lamenta.
Yacen los santuarios por el suelo,

las aras destrozadas, i el impio
hollando sus ruinas con imperio,
brinda en los sacros vasos el insulto
á sus secuaces, claman á los Cielos
mis leales ministros, i una tropa
de intrusos i frenéticos vistiendo
las consagradas túnicas se abrogan
un ilusorio i falso privilegio.
Todo en fin se trastorna: aun la Tiara
del sabio sucesor del Justo Pedro
rueda en la inmunda tierra... ¡Infieles pueblos,
* * * (1)
hijos del entusiasmo, triste presa
de vuestra libertad, temed el recto
castigo del airado Omnipotente!
Desde el trono sembrado de luceros
verterá sobre todas vuestras culpas
la copa del rigor. El Universo
os mirará al soslayo, i con sorpresa
lanzará la cadena á vuestros cuellos.
Dias de oprobio, sí, dias de horrores
labrarán vuestros años. El Eterno
les negará la lluvia á vuestros campos
i dando la aridez negros bostezos
brotarán en lugar de rubia espiga
el abrojo mordaz, i el cardo seco.
Así dijo, i la Paz en sus megillas
dos ósculos imprime, un grupo bello
de nubes las rodea, i cual ligera
exhalacion se esconden en el Cielo.

FIN.

---

(1) En la edicion que hizo de la Galiada don Juan del Castillo se halla de menos en este lugar un verso.

HANNIBAL.

Escena lírica.

Quam «vitam» ne alieno arbitrio dimitteret, memor pristinarum virtutum, venenum, quod semper secum habere consueverat, sumsit.

Cornel. Nepos. de vita Exel. Imp.

ARGUMENTO.

Hannibal, natural de Carthágo, fué uno de los grandes capitanes, que abatieron el orgullo de la ambiciosa Roma, como refiere Cornelio Nepote, en el breve epítome de la vida i hechos de este insigne varon, Tito Livio en su Historia Romana, i otros comentadores de las guerras Púnicas. Despues que Hannibal fué derrotado en Africa por P. Cornelio Scipion, se convinieron las dos repúblicas á establecer la paz, que efectuaron felizmente. Pero como llegasen á Carthágo embajadores de Roma, á impetrar el destierro de Hannibal, con el fin de que fuese depuesto de todos los cargos que obtenia en la milicia, este, receloso de que su patria intentase sacrificar su honor i vida á la tranquilidad de las armas i del pueblo, se ausentó secretamente; i peregrinando de un reino en otro, no hallándose en alguna parte seguro de las solicitudes del Senado Romano, llegó á Bithinia cuyo monarca le ofreció su favor, i señaló hospedage. Pero no tardó en quebrantar la prometida fé, cediendo á las ins-

tancias de los enemigos de Hannibal, que marchando orgullosos á prenderle, le hallaron ya cadáver á la violencia de un veneno que acostumbraba á llevar siempre consigo.

Esta es la accion que contiene el siguiente dramaunipersonal.

Hannibal.

Representa el teatro la estancia, ó habitacion de Hannibal, con una ventana á cada lado que figuren estar cerradas con fuertes aldabas, i cerrojos, exento los pequeños postigos que serán movibles: retrato de Amilcar Africano á un lado: mesa con un jarro de agua: estoque, celada, capacete, i demas armas de acero, puestas en una especie de armero: silla; i estruendo marcial retirado.

Hannibal agitado de una turbacion vehemente se conduce á la ventana del lado izquierdo: observa por el postigo con recato; cierra i oprimiendo la frente con ambas manos, se suspende algun tanto. Corre á la otra ventana; acecha del mismo modo: se sobresalta, i despues de una pausa instantánea, comienza la representacion.

Mi mal es cierto ... si.... yo soi perdido...
Terrible multitud de gente i armas
se conduce á este sitio.... No me engaño...
Entre la parda nube que levanta,
de polvo denso, la confusa tropa

brutos relichan i los frenos tascan:
los petos centellean con los rayos
del Sol heridos; las agudas astas
activamente brillan: i las plumas
arden en las cimeras aceradas...
¿Mas qué digo?.... Yo sueño.. No es posible ...
Los ojos son falaces. Esas guardias
serán para otro fin... Distante rumbo
sin duda siguen... No, no temo nada...
¡Pero triste de mi! Ya ha mucho tiempo
que los hados terribles, las sagradas
deidades, toda la naturaleza,
conspiran contra mi... si, me amenazan,
me oprimen, me persiguen de mil modos!...
Volvamos otra vez, desconfianza,
á observar el dudoso airado golpe
que al corazon abate, i sobresalta.

Se acerca con temor: observa por una ventana, i cierra violentamente el postigo: vase para la silla con las mas vivas espresiones de sentimiento i dejándose caer en ella, dice agitado.

¡Ah! ¡destino cruel! ¡ya te has vengado!....
He visto entre el tropel de esas escuadras
dos cónsules romanos: sus escudos,
mantos i capacetes los declaran...
Ya dí en manos de Roma... ¡Oh infame Prusias!
tu favor inconstante, tu falsaria
fé me ha vendido.... Infiel!... has quebrantado
los derechos de hospicio, la alianza,
i amistad que juraste: sacrificas
con veleidad tiránica, en las aras
de tu cautela, tu infidencia, i trato,
mi vida, mi valor, i confianza...
¡Vosotras, oh deidades inmortales!
Vosotras sois testigos de esta ingrata
pérfida accion, de este hecho, de este crimen,

el mas fiero, el mas bárbaro, i que espanta
á la sincera i fiel naturaleza.
Vosotras advertis esta tirana
culpa, presenciais este delito,
i él al fin se comete, sin que haga
la espada del castigo movimiento...
¿Dónde està la justicia? Dónde?... ¡oh Sacras
Deidades! ó es acaso vuestra esencia
de crimen i maldad originaria,
ó vuestro brazo obtiene ciertamente
débil poder ò fuerzas limitadas?

Se levanta de la silla; i demostrando variedad de pensamientos, unas veces intenta volver á observar: otras dirigirse á la puerta; pero á nada se determina, i dice con impulso.

Ea, pues, alma mia, qué resuelves?..
¿Qué determinas?... ¡Ah! que mi desgracia
no halla remedio.. no.. la medicina
dista del mal; i ya la muerte airada
desde la puerta del umbroso Averno
con su pálida mano me señala...
¡Hannibal infeliz! ¡Qué imágen triste
se te presenta!... Oh! cielos! . Subyugada..
al triunfal carro la cerviz altiva
entras ya por las calles i las plazas
de la orgullosa Roma: todo el pueblo
te rodea; i aquel que antes temblaba
al éco de tu nombre, ahora corre
intrépido á insultarte: ya con ansias
al Capitolio llegas, i en sus losas
el labio triste con rubor estampas...
El cónsul... Ai! el cónsul que venciste
rubrica tu ruina; i las tiranas
legiones, que en mas gloriosos tiempos
respetaron tu sombra en la campaña,

con bárbara impiedad tu yerto cuerpo
hasta la cumbre del suplicio arrastran.
¡Oh mísero!... Qué digo!... Yo soi ese?...
Ese despojo infausto... esa humillada
pompa, ese padron de la fortuna,
es Hannibal acaso?... Ah! soberanas
influencias!... Yo existo por ventura?...
Yo aliento?... Yo respiro?... Oh duda vana!
¡Yo existo, si! yo animo: aun no fallezco!
i, á pesar de mi honor, i mi arrogancia,
soi despojo de Roma: soi objeto
de sus iras despechos i venganzas.

Queda en un profundo abatimiento, i vuelve con mas serenidad, aunque con éco sentido.

Pero á esa república ambiciosa
no culpa mi dolor: ella se arma
contra un fiero rival que la intimida,
que ha doblegado su cervíz tirana....
de tí, si, patria injusta, me lamento...
tu emulacion i envidia me preparan
esta afrenta, me arrastran á este trance,
á tanta pena, i á desdicha tanta...
sí, inhumana, conspiras ciertamente
contra mi vida con mayores ansias,
con mayor interés, afan mas grande
que la sangrienta Roma... ¿Mas qué causa
origina tu odio? Qué motivo
escita tu rigor? ¿Por qué asi clamas,
i solicitas mi fatal ruina?
Acaso ¿porque el éco de tu fama
he dilatado desde el medio dia
al frio Septentrion: de la escarchada
cabeza de los Alpes al undoso
reflujo de las playas Gaditanas;
i de el fluido Tiber á los secos

i arenosos desiertos de la Arabia?
¿Por qué arranqué animoso de las manos
de tu rival tremendo, la pesada
servil cadena que en tu cuello dócil
imponer pretendia su arrogancia?
¿Por qué daba á tu frente á cada instante
repetido laurel, nueva guirnalda,
nuevos trofeos?... Ah! Yo no lo diga:
hablad vosotras, si, selvas Hispanas,
Itálicas florestas: Tú, profundo
Ródano, numérale á mi patria
las veces que gloriosas sus banderas
retrataron mis triunfos en tus aguas...
Vosotros, ó recintos de Venusia,
del Po, del Trasimeno frescas playas,
mostrad esos funestos obeliscos
de cadáveres: dad en viva estampa
esos cónsules, Rufo, Tito Gracho,
fugitivos correr à las montañas
esplorando un asilo. Los Servilios,
los Lelios, los Marcelos entre ansias
exhalando suspiros moribundos.
Esos carros, banderas, petos, astas,
capacetes de tantos capitanes,
en desórden sembrados por la parda
sangrienta tierra... Alzad tambien el éco,
ruinas de Sagunto, cumbres altas
de los Alpes, fragosos Pirineos...
Mas no; callad... cesad... pretension vana!
inútiles clamores! La terrible
Cartágo sabe bien, que con mi espada
he tenido suspensa á la fortuna,
sabe que sobre el plan de mis hazañas
los hados i el destino no han tenido
poder alguno: que su nombre i fama
son hijos de mis hechos, mas con todo
mi vida le fastidia: piensa i traza

de Hannibal la ruina... Oh infidencia!
¿De qué nacion se cuenta tan tirana
ingratitud?... venid, venid, feroces
moradores de Scitia, almas criadas
en las hórridas grutas donde ruge
el furioso leon, el tigre brama;
venid i si aprender quereis crueldades,
mirad mi situacion, ved à mi patria.

Permanece suspenso en ademan de un sentimiento penetrante, i repentinamente vuelve en sí sobresaltado, unas veces en accion de atender, i otras con inquietud estraña.

¿Qué podré hacer?... oh pena!... Ya el estruendo
se percibe mas cerca.. ¡Qué inmediata
advierto mi desdicha!... Ai de mi triste!
Los inhumanos llegarán con rabia
infernal, i rompiendo los cerrojos,
abatiendo los quicios, i las altas
robustas puertas, con impias manos
me arrastraran, cual presa que á la saña
de los fieros lebreles va cediendo
de diente en diente ya despedazada.

Con mayor sobresalto, i confusion.

¡Qué confusion me cerca!... ¡Qué terribles
sobresaltos! ¡Qué ideas tan infaustas!
Parece que no soi aquel caudillo
que hizo temblar al Orbe con su espada.
¡Qué pánico terror!... Ya me imagino
sepultado en las pàlidas entrañas
del abismo, cercado de mil sombras,
i suspensa la máquina agitada:
es mi ser, en un frágil equilibrio,
éxtasis doloroso, que la embarga,

i confunde en las tristes frigideces
del Caos, i de la noche... Pena amarga!
dolor agudo!... Ah! ¿quién entre tantos
horrores, i tinieblas, una clara
antorcha me dará, que sea mi norte?...
¿A dónde os ocultais, deidades santas,
protectora de míseros?... vosotras,
que consolais las almas perturbadas,
que socorreis al infeliz, i al triste?...
Pero no.. no os invoco... Ya no clama
mi corazon auxilios inflexibles
A vosotros dirijo mis postradas
ansiosas voces. Genios horrorosos,
Dioses del lago Stigio, negras almas
del Tártaro profundo, sed clementes...
rasgad ya vuestras hórridas entrañas,
abrid vuestras mansiones pavorosas,
i envolved entre pasmos, penas, ansias,
mi yerto corazon; pues no hai deidades
que me escuchen; no envian ya su gracia
los Cielos: no descienden las piedades:
cesó la proteccion; justicia falta...
i los orbes del Cielo, i de la tierra
el órden pierden, su belleza empañan ..
Padre! Padre!

Con acciones que indiquen una mortal desesperacion se conduce, i apoya la cabeza en un estremo de la escena pero de repente vuelve á los mismos estremos, i yendo ácia el lado donde está pendiente el retrato de Amilcar, alza la vista á él, i con un grito retrocede de espaldas hasta caer en la silla.

Oh! Amilcar fortunado!...
para que te presentas en la amarga
situacion que consterna á tu hijo triste?...
No me acordeis señor, vuestras palabras...

mi juramento .. el Cielo... vuestros ruegos...
Ai triste!... nuestros votos... mi desgracia.

Despues de un transporte vehemente, prosigue con animosidad.

Pero tu, Padre mio, en este instante
á mi débil memoria trastornada
con tal pena, presentas los retratos
de mi honor, tu virtud i tu enseñanza.
Y siento ya un valor, un brio heróico,
que cual jugo nutricio por las ramas
del sauce corre, me penetra activo
del corazon las partes desmayadas:
ya vuestras nobles voces en mi oido
vuelven á resonar: voces que el alma
indelebles conserva. Ante el gran Jove
en su templo en su altar, ante sus aras;
la cabeza inclinada, i ambas manos
puestas sobre la losa sacrosanta,
me mandaste jurar para con Roma
de un implacable odio la observancia.
Desde entonces, señor, respiro solo
los mas vivos deseos de arruinarla.
He roto sus legiones; he asolado
sus pueblos; han huido de mi espada
sus cònsules... Mas ya se han trastornado
el carro que mis triunfos arrastraba...
se cansò la fortuna: el mismo Marte
receló que su imperio le usurpara;
i todos contra mi se conjuraron...
Si, padre mio, escucha: Nuestra patria
fué la primera que aguzó el cuchillo
sangriento: fugitivo de su saña,
huyendo sus rigores, mendigando
por diversos imperios i comarcas
un estraño favor, llego á Bithinia:

me recibe su rei, i me afianza
su proteccion... mas ai! que es por venderme
por ponerme en las manos sanguinarias
de mis rivales... Ya, ya como hambrientos
hircanos tigres, que en las escarpadas
cavernas del Caucaso, el arte aprenden
de devorar, se acercan con el ansia
de asirme,.. Oh infelice!... las escelsas
victorias, los blasones, i la fama
de que hiciste mi rico Patrimonio,
mi herencia i mi tulela, ahora acaban...
ya van á fenecer... Oh! dia aciago!...
dia funesto!... lleno de desgracia!
lleno de horrores! lleno de amargura!
No siento, no la muerte que amenaza
mis alientos: los héroes generosos
triunfan de su furor con la constancia...
la injuria si, la afrenta, el vilipendio
que en tan dura ocasion mi pecho aguarda,
es la sierpe inhumana que me roe
el negro corazon; la Hidra insana
que envenena mi sangre; la cruel furia
que despedaza i muerde mi entrañas,
siendo mis venas, nervios, i medulas,
hogueras de dolor, de angustia, i rabia.

Vuelve del transporte con serenidad.

¿Mas qué digo?. . insensato!... ¿Llamas dia
terrible, al que ha nacido para tanta
gloria, i esplendor tuyo?... Qué delirio...
A tus pies, padre mio, rindo gracias
por esa heroicidad con que me influyes.
Me inspiras una muerte acrisolada
con los rasgos de noble, i generosa;
i voi à obedecerte... En esta caja
el veneno conservo mas violento,

INDICE.

Los literatos. 11
El aprendiz de torero. 29
Los majos envidiosos 49
La casa de vecindad 71
Los zapatos. 93
La inocente Dorotea. 111
El médico poeta. 139
El letrado desengañado. 157
El dia de toros en Cádiz. 175
La feria del Puerto. 197
El soldado Traga-balas. 223
La cura de los deseos, i varita de virtud. 245
La Galiada, ó Francia revuelta. . . . 265
Hannibal, unipersonal. 283

LS.
C352Ss
162470
Author Castillo, Juan del
Title Sainetes. Vol.2

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU